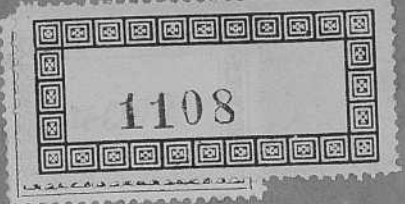




9

WIND
WIND



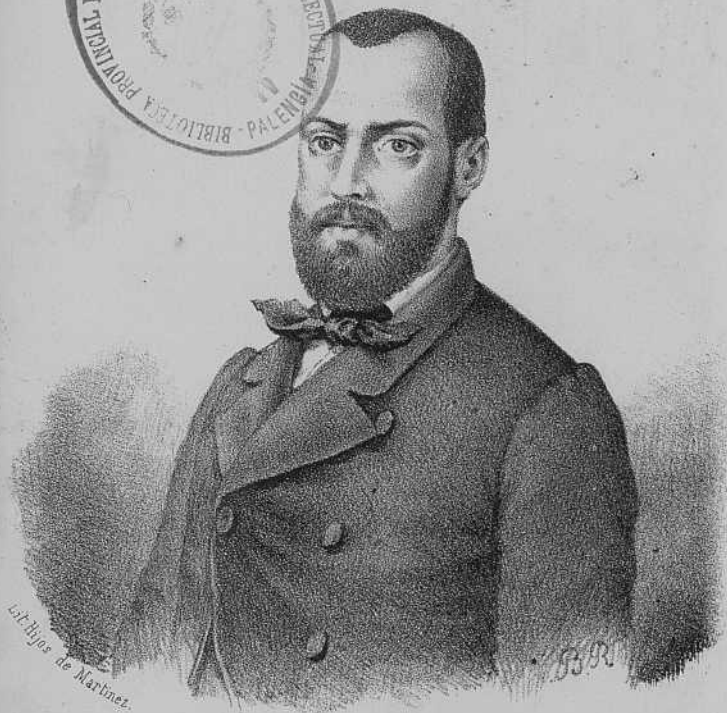
1108

4.299

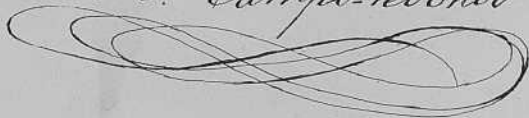
ECOS DE LA MONTAÑA.

1917年11月20日





Calisto J. Campo-redondo



ECOS DE LA MONTAÑA.

COLECCION DE POESÍAS

DE

D. CALISTO F. CAMPO-REDONDO.



SANTANDER:

IMPRESA, LIT. Y LIB. DE HIJOS DE MARTINEZ, PLAZA VIEJA.

1862.

ECOS DE LA MONTAÑA

COLECCIÓN DE POESÍAS

DE CALIBRO DE CAMPO-REDONDO

Es propiedad de Doña Luisa de Trabanco,
Viuda de Campo-redondo.

SANTABRIBA:

IMPRESA DE LA VIUDA DE CAMPO-REDONDO, CALLE DEL

1881

PRÓLOGO.

I.

Los grandes pueblos tienen dos fases principales por las que se aprecia el grado que miden en la escala de la civilización. Estos dos reguladores, si se nos permite la palabra, son: el desarrollo de la riqueza material y la propagación por todas las regiones de la esfera social de las eternas verdades de la ciencia.

Hijos los dos de un mismo origen, de la actividad de la inteligencia, no es lógico que vivan separados por largas distancias, aunque los divorcien en cierto modo las tendencias que aquella presenta en cada individuo.

La del hombre de negocios obra en muy distinto círculo que la del filósofo, ó que la del poeta. El primero repudia con frecuencia, como nocivo á su interés particular, lo que los segundos adoptan como necesario para apoyar sus principios, ó embellecer su inspiración; y vice-versa.

Pero estos mismos hombres, al estenderse dentro de sus respectivos círculos, penetran en los límites de los inmediatos; y de aquí el enlace que tienen entre sí las dos grandes ramas que en tan opuestas direcciones parece desenvolverse y crecer; enlace tanto más íntimo, cuanto mayor sea la actividad especulativa, cuanto más en contacto se pongan las más opuestas ideas.

Así se comprende que en la marcha de los grandes pueblos por la senda de los adelantos progresen en el mismo sentido las ciencias,

(II)

las artes, las letras, la industria y todos los demás ramos del dominio del hombre y del patrimonio de su inteligencia; así se comprende que, mientras el vapor acorta las distancias y desarrolla la riqueza multiplicando los recursos, se abran nuevas cátedras, y se anhele más el estudio y se roben á la ciencia nuevos secretos, y la imprenta derrame más y más sus ricos dones llevándolos hasta los más oscuros confines de tan privilegiadas regiones.

¡Triste paralelo el que con ellas forman estas pequeñas sociedades donde uno de los dos grandes elementos de prosperidad, el primero siempre, no puede vivir sin la ruina del otro.

El país en que escribimos es uno de los castigados con tan triste privilegio. El germen vivificador no alcanza á llenar las exigencias de todos los hombres que con él se nutren; y el espíritu de los más arrastra á los menos entre el torbellino de sus aspiraciones.

Por eso, cuando entre nosotros existen tronos para la riqueza, los débiles cimientos del templo de las ciencias se derrumban; y el filósofo y el poeta, sin más estímulo que el culto que en sus pechos tributan á sus ideas, mueren con ellas en el desaliento, ó truecan su noble ministerio por el positivismo de los números.

Tan distintos sacerdocios se repelen en el ejercicio público, digámonlo así, de sus respectivas atribuciones.

Y es lo más notable que entre las individualidades de estos pequeños círculos de civilización se le rinde culto también; pero este es de tal naturaleza que si satisface al nombre no vindica á la sociedad. Es un culto clandestino, vergonzante, y no enseña á la ignorancia, ni levanta un grado sobre su postración el abatido monumento que debiera mostrar á la generación que llega el sendero por donde camina la humanidad buscando su regeneración en las fuentes de la ciencia. Esta es quizá un delito, cuando pugna por aclimatarsé bajo la atmósfera del egoísmo, para los que, con él por único norte, abarcan el dominio de la sociedad; de la misma que espera, olvidando el absurdo que adopta por base de su teoría, ilustrarse á la altura de su riqueza con la simple marcha de sus naturales condiciones. ¡Vana ilusión! porque su propia historia demuestra lo contrario.

El angosto espacio que las letras ocupan hoy dentro de este recinto le adquirieron *por conquista*; y en él, verdaderos conquistadores, espian su atrevimiento defendiendo palmo á palmo la débil posición, y en guardia siempre contra todo género de peligros. Porque nada es más difícil de desarraigar en los pueblos que sus preocu-

paciones, tanto mas indestructibles, cuanto mas mezquinas son y mas añejas.

Por eso no nos admira que ciertos paises tengan el privilegio de producir grandes capacidades al paso que otros se vean condenados à una perpétua y bochornosa esterilidad, porque no consiste esta diferencia en la que pueda haber entre las condiciones geográficas de cada uno de ellos, creencia solo admisible tratándose de dos polos opuestos de la tierra, y en manera alguna de dos regiones de un mismo Estado.

Es que el hombre es susceptible de contagiarse del espíritu preponderante en el punto donde nace. Si este es pródigo en industriales y mercaderes; si el tecnicismo de la banca resuena dominando en calles y salones, no se busque en ellos al poeta, no se pregunte por el literato; faltos de un santuario para sus ideas, han muerto con sus primeras ilusiones. Una educacion inexorable doblega y desarraiga los mas pronunciados instintos de la niñez. ¡Cuántos poetas sin darse cuenta de que lo fueron habran vivido resignados industriales entre el ruidoso tráfago de un pueblo mercantil!

Eduquemos su imaginacion, ilustremos la inteligencia conforme à los instintos de cada uno, y la patria de tanto mercader acaudalado podrá honrarse otra vez con los lauros de sus hijos. Los troncos que produjeron vástagos como *Lope de Vega*, *Juan de Herrera*, *Don Francisco de Quevedo* y algunos otros, aunque escasos, varones de tan alta prez, no se secaron sin dejar semillas sobre el suelo que nutrió sus raices; ni ellos fueron los únicos capaces, como vamos à demostrarlo, de enriquecer los pobres fastos de los amenos valles montañoses con la gloria de sus nombres.

Pero ¿quién sabe los frutos de que es capaz el árbol que, apenas nacido, doblega su tallo bajo la mano del jardinero que le va tronchando las ramas y fijando los limites de su desarrollo?

Si quereis poetas y literatos, proteged la literatura y erigidle un templo donde le rindan culto los que perciben en la mente algo mas que cálculo aritmético y fórmula mercantil.

Bajo el peso de esta sola atmósfera no hay flor que no se marchite, fantasia que no se duerma, inspiracion que no se apague, ni entusiasmo que no se debilite.

Hé aqui en esta sola consideracion lo que mas publica y atestigüa el mérito de nuestro querido é inolvidable poeta montaños D. CALISTO FERNANDEZ CAMPO-REDONDO.

II.

Este nunca bastante llorado ingenio nació en la Montaña; aquí sintió su primera inspiración, aquí lanzó de su arpa divina los mejores ecos, y lo que es mas notable, aquí popularizó su nombre y sus poesías. ¡También la Montaña recogió sus mortales restos cuando, aun á la mitad de su carrera, le habian adoptado las letras como á uno de sus mas esclarecidos hijos.

Peregrina flor nacida entre los escombros de un abandonado jardín, abrió su corola á los rayos del sol, derramó su rico manantial de aromas, purificó con ellos el letal ambiente que la ofendía, y en su misma cuna halló la tumba que recibió sus marchitas galas.

Pero, afortunadamente, de nuestro poeta nos queda algo mas que de la flor, cuyo aroma se pierde en el espacio antes aun que sus despojos entre el grosero polvo.

Campo-redondo dejó, al morir, una preciosa colección de sus mejores cantos, que, aunque escasos en número, harán imperecedero su nombre en la historia de las bellas letras españolas, ya que la fragilidad humana, siguiendo su costumbre, le borre pronto del corazón de nuestra materializada y egoísta sociedad.

Estas poesías, legado selecto de tan distinguido montañés, son las que presentamos al público en nombre de las almas que aun lloran la muerte del poeta.

La misión con que hemos sido honrados es tal vez superior á nuestras fuerzas: voces mas autorizadas que la nuestra eran en este caso mas oportunas para escitar el interés del público. — No obstante, nos tranquiliza en el cargo que desempeñamos la consideración de que las obras de Campo-redondo se recomiendan por sí solas, porque al mérito intrínseco de cada una de ellas reunen en conjunto la amenidad mas esquisita por los diversos géneros que abarcan.

Y esta es una circunstancia en que debemos fijar con preferencia nuestra atención.

Campo-redondo cultivó casi todos los géneros de la poesía castellana, siéndole todos igualmente familiares, y los *ECOS DE LA MONTAÑA* son el mejor testimonio de nuestro aserto.

Abranse las páginas de este libro, y se encontrará al poeta tan pronto cantor sublime de las glorias de su patria, severo juez de sus

iniquidades, inspirado augur de crueles desventuras, consuelo dulce de ajenas pesadumbres, ó llorando sensible en tiernas elegias; como discurrendo alegre y bullicioso entre las sencillas costumbres populares, ó castigando las flaquezas de la sociedad donde vivia y derramando en ella á raudales el gracejo entre los mas delicados chistes en un estro fácil, culto y armonioso.

Pocos poetas habran sido mas acreedores que Campo-redondo á apropiarse esta opinion del inmortal Boileau.

»*Heureux qui dans ses vers, sait de une voix légère
Passer du grave au doux, du plaisant au sévère!*»

Porque su musa se acomodaba á todo, y su estilo era propio y delicado donde quiera que le busquemos, desde el poema heróico hasta el sencillísimo romance de costumbres, desde la triste elegia hasta el cáustico epigrama. Y seguramente hubiera podido figurar en la república de las letras como uno de los mas festivos, delicados y nobles satíricos españoles; pero las circunstancias que le rodeaban fueron las menos á propósito para ello.

En medio de una sociedad harto reducida y sin peripecias que por sus formas notables pudiesen estimular la fantasia del poeta; y en la necesidad de ponerse siempre en relacion inmediata con esta misma sociedad, tuvo que fijarse en sus costumbres y tipos mas populares, en los que, á falta de otros asuntos mas dignos, derramó la sal de su gracejo. Ejemplos de esta verdad sus dos composiciones á *Juan Callejo*, que van en este tomo, y otras escluidas de él, á *Mingo*, á *Sandalia*, etc., grotescas celebridades que, como la primera, desde la podredumbre de los basureros donde habitaban en Santander llegaron con la fama de sus raras cataduras bastante mas adentro, en los alfombrados gabinetes, que el nombre del poeta cuando las honraba con sus cantos.

De esta manera existe un gran número de composiciones de no escaso mérito para cuantos esten en los pormenores á que hacen referencia, pero de poquisimo interés para la mayoría de los lectores. Tan localizado, tan reducido está su asunto, que nosotros mismos desconocemos con frecuencia el valor de algunas espresiones, ignorando la verdadera intencion del poeta. Tal nos sucede con su famosa correspondencia con el archicélebre *Indiano de Bendejo* á quien acabó su traviesa y jugetona musa de derretir el poco seso que tenia.

En la misma razon debió fundarse Campo-redondo para excluirlas de este tomo.

Igual suerte han merecido algunas composiciones en latin macarrónico, género en el que el autor fué una especialidad. Conocemos suyas una «*Ad Pepam Corsariam*,» heroína de la calaña de *Mingo, Gerónimo*, etc., unos chistosísimos exámetros al Indiano de Bendejo,

«*Inclitus, ægregius, altus plusquam Megaterius.*»

y algunas églogas, cuyo interés consiste en el juego de ciertas palabras alusivas á la construccion de una monstruosa fuente que posteriormente ha desaparecido hasta de la memoria de este vecindario. Así es que apesar de haber sido publicadas todas estas composiciones por la prensa de Santander, han quedado la mayor parte en completo olvido, olvidadas tambien las circunstancias que las motivaron.

Algunas otras poesías de general interés, como *Los albums* y *las cocas*, y otras, aunque de localidad, pero de tan chispeante gracejo como el *Bando sobre locucion*, merecieron la justicia de ser reproducidas en muchos periódicos de provincias, y aun de la corte, dando lugar algunas, como la primera de las citadas, á interesantes comentarios de otros ingenios que pública y privadamente replicaron á Campo-redondo, siempre en los términos mas lisonjeros para él.

Por estas dos composiciones y algunas otras de su género, incluidas en esta coleccion, podrá juzgarse con facilidad de las excelentes condiciones que poseía Campo-redondo para la sátira, pero en el sentido mas noble y mas delicado de ella. Sensible es por cierto que no conozca el público toda su interesantísima correspondencia con algunos notables ingenios españoles, despues que *El Despertador Montañés* publicó su retrato «para que las bellas lectoras, á falta del original, saciáran en él su sed de venganza por las ofensas supuestas en la composicion *Contra los albums* y *las cocas.*» En ella se verían, como hemos visto nosotros, el mas depurado gusto y la travesura mas ingeniosa para el género satírico, y sobre todo, una prueba de que el relevante mérito del poeta se traslucía desde lejos á pesar de los prosaicos inconvenientes que paralizaban los bríos de su pluma. Mas al publicar esta série de composiciones Campo-redondo creía comprometer su modestia con los delicados y merecidos elogios de sus contrincantes, elogios que no podían eliminarse de sus réplicas sin mutilarlas; y de esta manera, huyendo de un imaginario peligro, privó á los ÉCOS DE LA MONTAÑA de algunas páginas que, tal vez, en el género á que pertenecen, le hubieran dado la universal popularidad que le quitára el fantasma del público, cuyo contacto le impidió escribir cuanto abarcaba su rica fantasia.

Empero, afortunadamente, nuestro insigne paisano no necesitaba de este desdeñado recurso para eternizar su memoria entre los verdaderos amantes de la patria literatura. Campo-redondo estaba llamado á mas altos destinos, y en mas elevadas esferas debemos buscarle en la poesía.

Su musa, que, como hemos dicho, se acomodaba á todos los géneros, era, no obstante, mas rica, mas pródiga cuanto mas dignos y elevados eran los asuntos que cantaba; porque á su dócil y variada fantasía reunió el bardo montañés una erudicion tan rica como escogida, y un estilo sóbrio, correcto, castizo, formado con la lectura de los clásicos antiguos y modernos, á los que profesó desde niño una decidida inclinacion.

Su terreno, pues, los géneros donde mas se esplayaba su inspiracion, donde mas en conjunto se admiran sus ricas dotes de poeta, són el elevado de la epopeya, y el severo y profundo de la oda en su mas pura acepcion; y en este terreno es donde adquirió lauros de envidiable gloria, rayando tan alto en lo poco que hizo, como los mejores épicos y liricos españoles.

Como una prueba de ello recomendamos al público el poema *Las armas de Aragon en Oriente*, que va al frente de este libro.

Escrita esta composicion bajo las apuradas circunstancias que el autor explica en la advertencia que la precede; primera obra sería de un joven inesperto y lejos de todo consejo autorizado y hasta de los libros mas indispensables de consulta, fué presentada á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, en cuyo país no tenia el poeta ni la mas leve recomendacion, y alcanzó, no obstante, el segundo premio de los señalados en el certámen allí habido, siendo de notar que la composicion preferida á la de Campo-redondo estaba escrita en dialecto catalán, lo cual incita á creer que ante la verdadera poesía castellana y conforme á las condiciones del idioma nacional, único, en nuestro concepto, admisible y *tolerable* en semejantes solemnidades, el poema de nuestro paisano fué el primero en aquella lid, supuesto que se prefirió á todos los demás escritos en el bello, digno y sonoro lenguaje de Cervantes.

Para conseguir tan notable triunfo preciso era que la obra encerrase mucho mérito.

Y así es en efecto:

Las armas de Aragon en Oriente no es una mera relacion de acotécimientos de mas ó menos talla, y en un estilo mas ó menos elevado; no es una recopilacion de datos de tal ó cual historiador

acerca de un hecho tan colosal y tan glorioso para los intrépidos españoles que le consumaron; hay dentro de sus pequeñas dimensiones lo bastante para justificar su título de poema, para hacerle digno del motivo á que se consagra, ya que, segun Horacio:

»*Non satis est pulchra esse poemata, dulcia suntu,*
Et quocumque volent animum auditores agunto»

No basta en un poema la belleza de su estilo; es necesario que el poeta mände sobre el ánimo de su auditorio, que le presente algo de grandioso que le conmueva. Y esto es precisamente lo que ha conseguido Campo-redondo en su canto épico; porque ha sabido, al reducir á formas tan pequeñas un asunto tan colosal, conservar en toda su pureza el interés de los hechos mas importantes y dejárselos al lector claros y perceptibles.

Sucede en este poema lo que en esos bosquejos de grandes asuntos y de mano maestra; en ellos no hay detalles, no hay ninguna figura terminada ni enlace perceptible entre todos los permenores á la vista del curioso que observa de cerca; pero están los toques dados con tal acierto, hay en el colorido tanta armonia y tanta verdad, que se adivinan los contornos y se ven las fisonomias y se transparenta la intencion del pintor al través del artístico conjunto: entonces no se admira el cuadro tanto por la verdad que encierra, como por la habilidad del pincel que le ha trazado; no tanto por las bellezas que contiene cuanto por las inmensamente mayores que reserva el ingenio que le ha creado. Es el aroma, digámoslo asi, la desprendida flor que anuncia el ameno jardin que está cercano.

Así *Las Armas de Aragon en Oriente*, despues de interesarnos á la simple lectura de sus páginas, adquiere mayores títulos de aprecio cuando se examinan detenidamente sus bellezas, pues una por una revelan todas en el poeta un tesoro de facultades para llevar á cabo empresas de mayores proporciones.

El pequeño poema con la riqueza del lenguaje, la elevacion de los pensamientos, la elocuencia y valentia de la frase, la animacion, la frescura de las descripciones y la hermosura de las imágenes, y con el fuego que anima todas sus escenas, no es el esfuerzo de una fantasia vulgar que anhela remontarse á grande altura; es mas bien el sacrificio, la violencia del genio que necesita dilatados espacios para sus creaciones y tiene que limitarlas á tan mezquinos términos.

Y eso que el poeta no abusa una sola vez de los recursos de invencion que estan admitidos en la epopeya: el asunto rueda sobre

(IX)

los descarnados hechos de la historia, y todo su encanto emana de la sencilla é inteligente distribucion del plan, que hace que los acontecimientos mas importantes se destaquen fácilmente sin mas auxilio que la precision y la majestad de la frase.

Campo-redondo comprendió perfectamente que para intercalar estraños episodios en tan pequeño espacio tenia que debilitar la accion principal, y entonces, en vez de presentar un cuadro histórico de respetable y glorioso recuerdo, iba á escribir una frívola leyenda caballescica de escasísimo interés en aquellas circunstancias. Por eso, y siempre en la necesidad de limitarse, se esmera en preparar las situaciones por medio del contraste, dándoles con su ardiente imaginacion el interesante colorido que otro poeta menos rico en génio no les prestaría sino en fuerza de pormenores y de aglomerar incidentes.

Descrita en muy pocas, pero elocuentes palabras, la degradante postracion del imperio griego, presenta en belicoso grupo en medio de un pueblo enervado y débil los bizarros espedicionarios que han de vencer, esterminándolos, á sus crueles enemigos, á quienes envalentona cada vez mas la impotencia de los griegos. Y esta ocasion es una de las en que su pluma está mas gráficamente feliz.

Hé aquí cómo pinta á Roger de Flor, el primero entre todos aquellos valientes capitanes:

«Allí á la vista ofrécese primero
En armas, dignidad y gentileza
Roger de Flor, el inclito guerrero,
Sin pár en el valor y fortaleza.
En Brindis vió la luz, y, aunque extranjero,
Fué nombrado entre toda la nobleza,
Por su marcial pericia y por lo bravo,
De aquesta espedicion supremo cabo.»

«Miradle qué galan! Rica armadura,
Por milanés artifice forjada,
Cubre su cuerpo; nieve en la blancura
Es el airon que ondea en su celada;
Roja la sobreveste; á la cintura
La deslumbrante y cortadora espada,
De preciosos diamantes guarnecida,
De bordado tahali lleva prendida.»

«Sujeta al pomo con dorada hebilla,
Y del mismo metal que la coraza,
Lleva tambien pendiente de la silla
Una fornida y ponderosa maza:
Gruesa lanza con roja banderilla
La diestra mano empuña, la otra embraza
Ancho escudo de acero tresdoblado
Con láminas de oro reforzado.»

«Grabado en él había por blasones
Con maestro buril mano divina,
En campo azul, los fuertes eslabones
De la cadena que cerró á Mesina;
Dos naves con forrados espolones,
Del mar cortando el agua cristalina,
La rompian, y el puerto decercaban
Y enemigas galeras ahuyentaban.»

Dice á continuacion cómo este escudo le fué regalado por el rey don Fadrique

«Cuando por él del yugo aborrecido
Libre se viera el mecínense hambriento»

y retrata de este modo el corcel que montaba, presente magnifico tambien de aquel monarca:

«Vedle piafar, de acero encubertado,
Erguido el cuello, la mirada ardiente,
En su ademan feroz y arrebatado
De cruda lid mostrándose impaciente:
Inquieto y bullidor tasca el bocado
Que sus impetus doma, y del fluyente
Humor, en leve espuma convertido,
Copos arroja en cada resoplido.»

¿Puede representarse en menos detalles guerrero mas gentil que Rojer de Flor?

Basta la lectura de estas octavas para que cualquiera se identifique con las condiciones de marcialidad, hermosura y valentia del héroe de una epopeya.

Con la misma aureola de poético interés describe luego varios de los restantes capitanes cuyas legiones han devuelto la esperanza y el aliento al abatido Andrónico, hasta que, siempre creciendo en vigor el lenguaje y dando á las escenas mayor vida y movimiento, llega la valiente expedicion á descubrir las enemigas huestes, cuya fabulosa estension enumera para enaltecer el arrojo de los invictos españoles.

Imposible es describir el momento del choque de los dos ejércitos con mas bellas imágenes que las que usa Campo-redondo en este pasaje: el guerrero de Arauco no hubiera desdeñado para su poema, en idéntica situacion, estas dos octavas:

¿Vióse tal vez del uno y otro polo
Lanzarse, quebrantadas sus cadenas,
Al Austro y Aquilon, y opuesto Eolo,
Remolinar las líbicas arenas?
No de otra suerte agrúpanse en un solo
Campo cristiano haces agarenas
Del rencor y la cólera azotadas,
Confundidos turbantes y celadas.

(XI)

Jamás combate igual vió de la guerra
El Dios horrendo en siglos trascurridos,
Ni el huracan que robles mil atierra
Resonó mas terrible en sus oídos:
Al rudo choque retemblo la tierra,
Fueron montes y valles confundidos,
Estremeciése el mar y, rebramando,
Límites mas estensos fué ganando.

Pero el público va á leer este magnífico canto épico, y su imparcial y buen criterio ha de hacer inútiles nuestros elogios, en apoyo de los cuales citaremos estas palabras que un distinguido literato escribió entre algunas pocas, pero delicadas líneas, consagradas á la muerte del poeta:

«Las estrofas épicas de Campo-redondo en su canto LAS ARMAS DE ARAGON EN ORIENTE, con la brillantez de las imágenes, la valentía de la espresion, el tono y el estilo castizo, puro, digno y elevado, son un gran monumento de nuestra literatura.»

Por último, y como la mayor alabanza que se puede tributar al poema, basta saber que poco despues de premiado se publicó entre el *Tesoro de autores ilustres*, donde hoy figura y puede verse en el tomo 3.º, junto á las obras del insigne D. Francisco de Moncada.

Allí está precedido de tan halagüeñas frases como las siguientes que trascribimos:

«Hacer su elogio fuera un despropósito aquí, cuando no hay mas que leerle para admirarle... Tenemos el gusto de publicarle por primera vez y de hacerlo en el *Tesoro de autores ilustres* ENTRE LOS CUALES PUEDE CONTARSE YA D. CALISTO FERNANDEZ CAMPO-REDONDO.»

Sin embargo de todo lo espuesto acerca de su canto épico, no nos atrevemos á asegurar que esta sea su mejor obra; y el público ha de opinar lo mismo cuando haya leído sus Odas: *A mi Patria*, *A España*, *A la primera defensa de Zaragoza* y *A los antiguos Cántabros*.

Bien sea porque la índole de la composición lo permite, ó porque él la cultivó con especial predileccion, es lo cierto que en ningun otro género aparece su frase mas poética y grandilocuente, ni su inspiracion mas feliz.

Su imaginacion es entonces un águila atrevida que se remonta en el espacio. Su mirada sutil todo lo abarca: glorias que fueron, desastres que amenazan; poder, miserias que luchan y se agitan disputándose la presa del preclaro solar de tantos héroes.

¡Qué valentia en sus conceptos y qué noble indignacion al arrojar á la faz de España, como un crimen, su humillante decadencia!

¡Qué contraste tan magnífico el que con tan lúgubre cuadro viene á formar despues su entusiasta invocacion á la invicta y preclara raza de los primitivos cántabros!

No parece sino que el poeta, simbolizando en estos inclitos guerreros todo lo mas sublime de nuestro antiguo poderío, presentia el gran sacudimiento que mas tarde, estremeciendo los ámbitos de España, llegó á despertar de su letargo al Leon de otras edades!

Traslúcese en la elegancia de su espresion y energia de los adjetivos su aficion al estudio de modelos tan delicados como el cantor de la Imprenta, Lista y Gallego.

Como ellos engrandecía cuanto cantaba; y hasta para los sucesos mas prosáicos tenia en su inspiracion cantos sublimes.

Recordamos á este propósito una oda que publicó en un periódico de esta capital con motivo de haberse inaugurado una fábrica de tejidos en estas inmediaciones; composicion muy digna de figurar en este tomo, pero separada de él, asi como otras varias de igual género, por la estremada escrupulosidad de su mismo autor.

Otra vez, cuando Santander se preparó á taladrar sus montañas para dar entrada al gigante de la civilizacion, que mucho tiempo hacia demandaba su hospitalidad, mientras todo el pueblo se regocijaba entre peregrinos cálculos, la mayor parte hijos del interés privado, Campo-redondo mirando el suceso desde mayor altura y registrando el polvo de otras edades á la vez que rasgaba el velo del porvenir de su pátria, buscó en su lira las cuerdas mas sublimes para ensalzar la ciencia de la generacion presente, cantando sobre el funesto recuerdo de sangrientas y ominosas glorias:

«Del beligeró dios, del Marte fiero
Pasó el imperio ya; pasó dejando
Charcas sangrientas tras su carro infando;
Luto, devastacion! Roto el acero
Que yermára inclemente
Por tantos siglos la asombrada tierra,
Con su carro erujente,
Despéñase el tirano de la guerra,
Y al bajar al profundo
Torna la paz á repoblar el mundo.»

Esta bellísima estrofa la hallará el lector en la Oda *A la solemne inauguracion del Ferro-carril de Isabel II*, oda que no es la mas débil prueba de las facultades de Campo-redondo para cantar hechos nada poéticos con el númen de Herrera y de Quintana.

Para quien le haya conocido en el mundo es fácil la esplicacion de esta cualidad.

Campo-redondo poseía tan grandes como su inteligencia su corazón y su patriotismo.

Como marcial, sonoro y grandilocuente en los géneros épico y lírico, era de tierno, sensible y cariñoso en la poesía elegiaca y amorosa; y si en el primer caso su estro magnífico recuerda el fuego de la inspiración y la amenidad de Quintana y de Ercilla, en el segundo parece identificado con la blanda, apacible y dulce musa de Garcilaso, Melendez y Cadahalso.

Su bello romance *A la Señora Doña Jesusa Mier y Teran de Carrias* es un modelo de consoladora y poética filosofía. Y si se quiere contemplar un corazón desgarrado por honda pena; si se quiere ver la imagen de la fidelidad llorando sobre la tumba de un amigo, léase su elegía *A la muerte de D. Gerardo de la Pedraja y Cuesta...* ¡Acerbo dolor que arranca del pecho del poeta funesta profecía!

«Adios, Gerardo, adios! Quizás no tarde
El ángel de esterminio
En cerner sobre mí sus negras alas;
Mientras al cielo subo donde habitas
El adios postrimero
Recibe en este canto lastimero!»

Tales fueron sus últimas palabras sobre la tumba de su querido amigo; y bien pronto, presa de fatal enfermedad, comenzó á languidecer y arrancar de su arpa las mas alegres cuerdas, pulsando solo y muy de tarde en tarde, hasta su muerte, las mas tristes y melancólicas, siendo de sus últimos sonidos, verdaderos ayes de un alma triste, el canto *Al Sol*, una de sus mas bellas composiciones poéticas.

Todo lo que entonces escribió en otro género mas festivo, sobre ser muy escaso, adolece de cierta violencia, hija de la situación moral del poeta; y sus chistes son esfuerzos de la imaginación por aliviar sus pesares. ¡Con la sensibilidad de Campo-redondo era imposible seducir al corazón!

De este último período de su vida contiene muy pocas obras este tomo: dos ó tres, á lo sumo, incluso su canto *Al sol*.

El otro en versos sáficos *Al amor* es de los mas cercanos á dicha época. Por cierto que al leerle se recuerdan las palabras de un insigne crítico:

«Para expresar bien, dice, estos bellos caprichos se necesita estar enamorado.»

Y nuestro poeta lo estaba entonces.

Tambien es cierto que sino no hubiera cantado al amor, pues profesando sin duda en la materia la misma teoría de aquel autor,

nunca, que nosotros sepamos, se ocupó del rapazuelo de Chipre hasta que sintió sus dardos en el corazón.

Coincidiendo esta circunstancia con la de formar parte de la redacción de un periódico de esta ciudad, esa época fué de las de su vida de literato la en que mas escribió y cuando sus composiciones se llegaron á popularizar aquí á despecho del espíritu público tan poco aficionado á los trabajos del ingenio.

III.

En la imposibilidad de examinar una por una todas sus obras, ó á lo menos las muchas que de ellas lo merecen, por no separarnos demasiado del plan que nos hemos propuesto en este sitio, vamos á señalar, siquiera sea rápidamente, algunos defectos que en el poeta advertimos, obligándonos á ello, á fuer de imparciales, la enumeración, aunque sucinta, que de sus méritos relevantes dejemos hecha.

Todo lo sacrificaba Campo-redondo á la integridad y pureza del lenguaje castellano; y por un giro que pareciese un tanto libre á su estremada escrupulosidad; por una palabra de no muy marcada aceptación, siquiera la frecuencia del uso la hubiese ya justificado, violentaba una estrofa limando y acomodando su primitiva estructura á las exigencias de la gramática; ó alteraba un bello pensamiento quitándole la frescura de la inspiración con la intolerancia de las formas.

Por no pecar de metafórico ó de sobrado difuso, se le vé tocar alguna vez en el extremo contrario, que es, en nuestro concepto, peor tratándose de la elevada poesía.

En un período elegante y majestuoso es de peor efecto una sola palabra vulgar y demasiado prosáica que una frase hinchada y ampulosa.

En su oda al Ferro-carril de Isabel II se encuentra dos veces la palabra *via*, que no puede ser mas antipoética, sobre todo despues de oír los elevados períodos que la anteceden; es un obstáculo de hierro hallado en una senda de flores.

Tambien es cierto que cuando se considera el objeto de la oda y las circunstancias que acompañaron á aquel acontecimiento, lo que mas sorprende en él es la facilidad con que prescinde de la solem-

nidad material y se evade del duro y mecánico tecnicismo que le acosa entre el barullo de la fiesta; pero al propio tiempo considerando esta misma habilidad se hace mas imperdonable la presencia de aquellas dos palabras que pudieran haberse sustituido, siquiera se afectara algo el pasaje.

Tambien en algunos cantos á determinadas personas se encuentran intercalados sus nombres en las estrofas. Esta circunstancia, tratándose de un nombre bello ó de los que tradicionalmente ha adoptado la poesía para sus héroes, no tiene nada de particular; pero sí, y mucho, cuando el nombre es tan prosáico como el de «Alejandra» que se ingiere mas de una vez en la elegía á esta malograda belleza.

En el romance á Doña Jesusa Mier sucede lo propio; y aunque es verdad que el objeto é indole de esta composicion son susceptibles de mas familiaridad que los de la anterior, no por ello deja de vulgarizarla mucho la invocacion y cita de algunos nombres propios.

Dice el poeta:

¿Y quién nos asegura que LAS DULCES
Y MALOGRADAS PRENDAS QUE LLOBANOS
En su virilidad fueran mejores
Que tantos, en verdad, monstruos humanos?
¿Quién puede respondernos, quién, señora,
QUE TU HERMOSO JESUS Y MI ALEJANDRO
De la virtud por la escabrosa senda
Siguieran hasta el fin con firme paso?

Compárense los dos versos que subrayamos: los dos espresan una misma idea; y véase, sin embargo, qué diferente es el colorido que presta cada uno á la situacion.

En el primero se *siente* al poeta buscando el consuelo fuera de las comunes pasiones de la tierra; en el segundo *se vé* al hombre vulgar que llora *en familia*, como quien dice, dolores de comun intensidad.

Estos y otros levisimos lunares son los únicos defectos que hallamos en las poesías de Campo-redondo; defectos que si se contemplan un poco son de facilísimo remedio y nunca revelan en el poeta un vicio esencial, digámoslo así, sino ligeros descuidos que nosotros esplicamos perfectamente sabiendo que escribia sin mas consejo que su instintivo gusto y sin otro móvil que su natural inclinacion á la poesía.

Sabido es lo que influye en el poeta y en el literato hasta la censura del público de sus respectivas obras: el ingenio es tambien elástico cuando el amor propio interviene en sus creaciones; y así como

se crece cuando los consejos, los aplausos y hasta las injurias le escitan, así se enerva y se paraliza cuando la indiferencia y el desden le rodean; cuando no hay para sus obras un lugar preferente en la curiosidad del público. Campo-redondo no tocó este extremo, aunque le anduvo muy cerca; pero no consiguió lo mas indispensable para la vida del hombre de letras; esto es, hallar un círculo de personas competentes donde *hablar*, siquiera, de sus devociones literarias, persuadido de que se le escuchase con gusto.

De esta manera todo cuanto escribió se lo debió á sí mismo, á la acertada direccion que supo dar á sus magníficas disposiciones.

En cuanto á sus defectos... Pero ¿qué poeta, aun educado bajo mejores elementos, no incurrió en deslices tan grandes? Qué obra, por bella que sea, no contiene mayores imperfecciones?

No ha faltado quien se lamente de la escasez de las obras de nuestro paisano, fijándose en su decidida afición á la poesía y en el número de años que la cultivó.

Este cargo es injusto.

Campo-redondo escribió poco, si por escribir mucho se entiende llenar largas cuartillas y aglomerar páginas sobre páginas en escasas horas; pero produjo bastante en el concepto del ilustre clásico á quien recientemente hemos citado, que se jactaba de poder hacer *difícilmente* versos *fáciles* escribiendo «cuatro hemistiquios diarios.»

Así trabajaba Campo-redondo; y solo así se puede escribir libros como el de los ECOS DE LA MONTAÑA.

IV.

Antes de dar por terminada nuestra tarea vamos á citar algunos detalles referentes á la vida del hombre, seguros de que con ellos no han de aparecer menos grandes los merecimientos del poeta.

Campo-redondo nació el 28 de Julio de 1815 en Sobremazas, pequeña aldea de la parte oriental de esta provincia. Muerto su padre D. Francisco Antonio, escribano del partido, cuando él apenas contaba seis años de edad, la buena y honrada viuda, madre á la vez de otros siete hijos, seis de ellos varones, no pudo, á pesar de los mas heróicos esfuerzos, lograr para el jóven Calisto mas educa-

cion literaria que la gramática latina y algunos principios de filosofía en el colegio de Villacarriedo, de donde hubo que retirarle tan prematuramente por la estrechez de recursos pecuniarios, que iba siendo en la familia cada dia mas apremiante. Pero los instintos del jóven estudiante se habian manifestado á prueba de obstáculos; y aunque retirado á su pobre aldea y lejos de todo estímulo, aparte de su inclinacion natural para el estudio, consiguió proveerse de algunos libros en los que adquirió algunas nociones de literatura y halló la manera de dirigir aquellas facultades naturales que en tan tierna edad se revelaron en él para la poesía.

Comenzaba ya á vislumbrarse el poeta, discretamente auxiliado con el estudio que habia hecho tambien de la Historia y de la Geografía, cuando, con motivo de la guerra civil, fué llamado á tomar las armas entre otros jóvenes de la provincia para formar el batallon de *Cántabros*, en el que sirvió en clase de sargento, abandonando, por consiguiente, su hogar, su familia y sus mas caras afecciones para sufrir todas las molestias de la vida militar, tan penosa en aquellas fatales circunstancias.

Así y todo, Campo-redondo no desatendió su devocion favorita; y errante de pueblo en pueblo procuraba en beneficio del cultivo de su inspiracion todos los momentos que le dejaba dueño de sí mismo la severa disciplina militar.

Aunque de complexion fuerte y robusta, las fatigas de la campaña quebrantaron su salud, por lo que, á costa de terribles sacrificios, se decidió la familia á redimirle del servicio de las armas.

Vuelto á su casa, su vocacion adquirió mayores proporciones, pero sus medios materiales para satisfacer sus anhelos eran cada vez mas exiguos. Los esfuerzos que Campo-redondo hizo para adquirir libros con qué escitar su gusto literario y dirigir sus facultades son el mejor testimonio del alto valor de estas, que se sobreponian á todos los mas tenaces obstáculos.

Dado ya á conocer en esta ciudad por algunas de sus producciones, entre ellas el poema semi-burlesco *Espedicion de los trasmeranos á Pando*, escrito en los albores de su juventud, solicitó y obtuvo una plaza de escribiente en este Gobierno civil, donde á fuerza de trabajo, constancia é inteligencia llegó á oficial 3.º, sirviendo este destino hasta que, años despues, fué colocado en el *Ferrocarril de Isabel II*, de oficial de su secretaria, cargo que desempeñó hasta su fallecimiento.

El fué uno de los que mas lucharon en la prensa periódica

para conseguir la construccion de esta via férrea, de tanto porvenir para el comercio y poblacion de la Montaña; fué uno de los iniciadores del pensamiento y de los pocos que se atrevieron á sostenerle hasta su realizacion.

Durante su permanencia en esta capital, que fué la mitad de su vida, formó parte de las redacciones de varios periódicos, entre los cuales recordamos *El Buzon de la Botica*, *El Despertador Montañés* y *El Censor*, mereciéndole especial atencion la amena literatura y consagrándose rara vez, aunque siempre con notable acierto, á las cuestiones de política é intereses materiales.

En esta época conoció á algunos de nuestros primeros literatos de la corte, á quienes no pudieron ocultarse sus excelentes dotes para la literatura; y entre los que mas le admiraron debemos citar á D. Manuel Cañete, quien en una coleccion de sus poesias publicadas en Madrid, le dedica una llamándole *la perla de la Montaña*.

Era de elevada talla, de marcial y varonil apostura. Negra y poblada barba adornaba constantemente su rostro, grave de ordinario y animado por la firme y penetrante mirada de sus grandes ojos; su frente ancha y despejada y un poco angulosa acababa de dar á su fisonomía un sello de distincion que era mas notable durante su reposado y magestuoso andar.

D. Antonio Lopez Bustamante, en un bello artículo necrológico, halla ciertos puntos de semejanza entre Campo-redondo y Garcilaso de la Vega, así en la pureza y sentimiento de la dición y en los detalles de la fisonomía, como en la circunstancia de ser los dos montañeses y los dos soldados á la vez que poetas. Sin combatir ni apoyar estas apreciaciones, las citamos aquí por lo que pueda haber en ellas de cierto y, por lo tanto, de honroso para Campo-redondo.

«Era de claro ingenio (dice el mismo escritor, cuyas palabras respetamos por la íntima amistad que le unió siempre á Campo-redondo y que le permitió estudiarle detenidamente) de fondo bellissimo, callado, modesto, de carácter igual, de voluntad enérgica, consecuente en sus pensamientos políticos, laborioso y muy dado al estudio de las bellas letras.»

Poco tiempo despues de haberse unido, en segundas nupcias, á una bella y candorosa jóven de esta misma ciudad, comenzó á padecer los primeros efectos de una dolencia grave, que minó su existencia hasta que acabó con ella el 28 de Diciembre de 1857.

Su lecho de dolor jamás se vió abandonado del ángel de consuelo que Dios le diera en el último periodo de su vida, y de un círculo de verdaderos amigos que le acompañaron hasta despues de su último suspiro, y de haber enjugado las primeras lágrimas de su angustiada viuda.

Su muerte fué la de un verdadero cristiano y sus últimas palabras, llenas de fé y de resignacion, se dirigieron á su jóven esposa y á sus amigos recomendándoles la suerte de un adolescente, fruto de su primer matrimonio.

Entretanto, el legado que hacia el moribundo á aquella infeliz viuda y al inocente huérfano, ¡ay! era bien escaso ante el mundo entre cuyos escollos iban á caminar los dos desvalidos séres: Campo-redondo, como casi todos los hombres de fé y de inteligencia, murió muy lejos de la fortuna, y solo dejó en el siglo la memoria de sus virtudes, algunos rasgos de su talento y un vacío eterno en su escasa familia y en el círculo de sus buenos amigos.

Un año antes de morir se ocupó en coleccionar algunas de sus poesías; y escritas de su puño y letra, y encuadernadas con el mayor esmero, formó un tomo con el propósito de que se publicara despues de su muerte.

No hay para qué consignar aquí los motivos que impidieron á su familia y alguno de sus amigos realizar inmediatamente uno de los últimos deseos del poeta: no es asunto de la jurisdiccion del público, y solo le citamos para encarecer debidamente los nobles esfuerzos y la constancia de las personas que han allanado tanto obstáculo sin otro fin que la gloria del insigne poeta y la del país en que nació.

El esmero de la edicion que se hace de su libro ECOS DE LA MONTAÑA, habla bien alto en pró de estos esfuerzos, á los que han correspondido dignamente los impresores de la obra renunciando generosamente á todo lucro por su trabajo, despues de haberse provisto nuevas fundiciones al efecto, todo en obsequio á la grata memoria del poeta.

Dudamos mucho, á pesar de estos ejemplos, cuál será la suerte de este libro al aparecer en un mundo donde tan bajo se avalora todo lo que es desconocido ó no lleva el *exequatur* de alguna autoridad de legítimo renombre. De todas maneras, y aunque el polvo del desden llegue á manchar sus bellas páginas en los últimos estantes de una librería, los esfuerzos hechos para su publicacion honrarán siempre á las personas que la llevaron á cabo; pues, cuando

menos, los ECOS DE LA MONTAÑA serán un monumento erigido en este suelo á la memoria de un montañés que tambien honra á su patria.

Santander, Enero de 1862.

J. Paredes.

LAS ARMAS
DE
ARAGON EN ORIENTE.

CANTO ÉPICO.



ADVERTENCIA.

ARAGON EN ORIENTE.

Este canto épico fué hecho sobre asunto dado por la Academia de Buenas-Letras de Barcelona, para concurrir al certámen poético abierto por aquella corporacion en 1841, en la cual obtuvo el 2.º premio. Escrito con precipitacion, por haber llegado con algun retraso á su autor la noticia de dicha justa literaria, y siendo esta una de las primeras composiciones ó ensayos poéticos del mismo, no es de estrañar que adoleciese de muchas incorrecciones. El autor se ha ocupado últimamente en retocarle, aumentando seis octavas á las que tenia en las dos ediciones de Barcelona, con cuyo trabajo cree haberle mejorado alguna cosa, ya que le haya sido imposible corregir todas sus faltas.



ALBANY

ALBANY EN PATENTE

Este es un libro que ha sido escrito para dar a conocer a los lectores de Albany, Nueva York, el estado actual de la industria de la seda en el mundo. El autor, que es un experto en el tema, describe detalladamente el proceso de cultivo de los gusanos de seda, desde la cría de las orugas hasta la recolección de los hilos. También se discuten los métodos de producción de seda y los desafíos que enfrenta la industria. El libro es una valiosa fuente de información para quienes están interesados en la sericultura o en la industria textil.

LAS ARMAS
DE
ARAGON EN ORIENTE.

CANTO ÉPICO.

I.

Canto el arrojó de ínclitos guerreros
Que sujetando reinos y naciones
Llevaron victoriosos sus aceros
A remotas y bárbaras regiones;
Y en mil encuentros y combates fieros
Conquistaron católicos blasones
Inmortales empresas acabando
Y á su patria alta prez asegurando.

II.

Tú, de la celestial caballería
Insigne capitán, Marte cristiano (1)
Cuya fulmínea lanza la osadía
Del infiel humilló; tú, á quien en vano
Jamás invoca contra hueste impía
En las batallas el guerrero hispano;
Patron glorioso que Aragon adora,
Préstame sacro aliento y voz sonora.

III.

Un tiempo allá en las playas del Oriente
El bizantino Imperio enflaquecido
Dormía entre placeres indolente
Un sueño al de la muerte parecido:
Al duelo de la patria indiferente,
Y á la voz del honor sordo el oído,
De su abyección con el castigo amargo
Hallóse al despertar de su letargo.

IV.

Hijos de Ajax, degenerados griegos
Eran de esta region habitadores,
Griegos bastardos que empañaron ciegos
La preclara virtud de sus mayores:
Alevosos y astutos palaciegos,
Cuanto esquivos de Marte á los horrores,
Preferían vivir en torpe holganza
Y morir siervos á vibrar la lanza.

V.

No era ya esta nacion la que formára
Para reina del orbe Constantino,
Ni la que el Gran Teodosio gobernára,
Ni la heredera del poder latino:
La molície sus fuerzas enervára
Y su bélico ardor; ley del destino
Es que el oro, por medios corruptores,
En esclavos convierte á los señores.

VI.

Del hipódromo y circo á las vistosas
Funciones asistir, cismas sin cuento
Promover que á sus lenguas venenosas
E impiedad proporcionan alimento,
Y en torpezas nadar libidinosas,
Esta es la vida, y este el ardimiento
De esos afeminados reformistas,
De esa turba de eunucos y sofistas.

VII.

¡Y esos hijos espúreos de la Grecia,
Sin corazon, sin fé, sin patriotismo
Son de Europa la valla, cuando arrecia
En contra suya el bárbaro islamismo
Sus rudos golpes? ¡Esperanza nécia,
Vana ilusion pensar que al mahometismo
Opongan con gloriosos y altos hechos
Sólido antemural cobardes pechos!

VIII.

¿Cómo podrán, fundando su esperanza
De salvacion en viles mercenarios,
Contrastar de los turcos la pujanza,
Sus fieros y terribles adversarios?
¿Quién de Otoman (2) que victorioso avanza,
No alentando allí ya los Belisarios,
Podrá ahuyentar las hórridas falanjes,
Y al pueblo guarecer de sus alfanjes?

IX.

Nadie; y por eso en desigual peléa
Véñse los griegos rotos y vencidos,
Sin poder á la fuerza jigantéa
Resistir de contrarios aguerridos:
Del hierro musulman que centelléa
Huyen todos dó quier despavoridos,
Y amagado de ruina y cautiverio,
A tierra viene el vacilante Imperio.

X.

Andrónico Paleólogo regia
Sus flojas riendas con caducas manos,
Y Miguel, hijo suyo, compartia
La púrpura y el cetro soberanos:
Ambos arrebataron con falsía,
De libertad privándole inhumanos,
Bien que el castigo su conciencia tema,
A Juan Lascaris la imperial diadema.

XI.

Hora esta rica insignia deslumbrante
 De sus sienes desgájase insegura,
 Y cercada de espinas, en punzante
 Tormento les convierte su dulzura:
 La vista del Imperio agonizante
 Mas y mas acrecienta su tortura,
 Y el general clamor que se levanta
 Es un dogal que oprime su garganta.

XII.

Todo es quebranto ya, miseria y duelo,
 Y no hay que ataje el mal un brazo fuerte;
 Discurre por sus venas frio hielo,
 En sus rostros dibújase la muerte:
 Alzan los ojos al airado cielo,
 Y sordo á sus plegarias se le advierte:
 ¡A quién volvernós, dicen, desdichados,
 Del cielo y de la tierra desechados!

XIII.

¡Qué júbilo no obstante, repentino
 Del afligido pueblo se apodera?
 ¡Qué será, que en confuso remolino
 Acude presuroso á la ribera,
 Y la hermosa ciudad de Constantino
 Ebria de gozo ajítase dó quiera?
 Mil gritos á la vez el aire hienden,
 Todos hablan á un tiempo, y no se entienden.

XIV.

Cesaron los fatídicos clamores,
La desconfianza y triste abatimiento;
Ni temen ya del turco los furoros,
Antes le pronostican escarmiento:
«Venid, gritan, venid libertadores,
Venid, venid...» y prolongado acento
Por calles y palacios va tronando,
Libertad y victoria proclamando.

XV.

«¡Ellos son, ellos!»... Numerosa flota
Del Mármara en las aguas se divisa,
De cuyo mar la superficie inmota
Surca veloz en alas de la brisa:
A la ciudad dirige su derrota,
Y al blando soplo matinal sumisa,
Llega por fin: de mástiles cubierto,
Selva y gigante mies parece el puerto.

XVI.

¡Oh qué trasformacion! A la agonía
Suceden los festines y banquetes;
Oyense ya, y redoblan la alegría,
Las voces de guerreros y grumetes:
La flota empavesada en la bahía
Remeda mil vistosos ramilletes
De diverso color en cada nave
Que el aura mece con su aliento suave.

XVII.

Dime tú, númen santo, ¿quién los mares
 Tan intrépido surca y sin recelo?
 ¿Quiénes son esos bravos auxiliares
 Que así se alejan de su pátrio suelo,
 Y á Bizancio, cual genios tutelares,
 Piadoso envia y compasivo el cielo,
 Para terror del musulman osado
 Y salvacion del griego atribulado?

XVIII.

Esa potente armada que, señora,
 La inmensidad del piélagó domina,
 Salió de Italia, donde el galo llora
 Sus hechos, y la vela dió en Mecina:
 Hispana hueste, siempre vencedora,
 Que la pasion á batallar inclina
 Y viviendo en la paz no está en su centro,
 Con ánimo gallardo viene dentro.

XIX.

Compónese de gente que el tortuoso
 Cinca vido nacer, y la que baña
 Rápido el Llobregat, y el caudaloso
 Ebro en su fertilísima campaña;
 Y de la que el Jalon riega, famoso
 Por sus túrbidas aguas, cuya estraña
 Virtud publica el diamantino acero
 En las armas que forja el celtibero.

XX:

Con ellas esa gente las cadenas
Acaba de romper en que gemía
Sicilia esclava, respirando apenas,
Víctima de alevosa tiranía;
Mas ni el valor ni altísimas almenas
Bastaron al francés que la oprimía:
Quedó vengada, triste Conradino, (3)
La sangre que vertiera el anjoino.

XXI.

No te engañó la présaga esperanza
Al arrojar el guante misterioso,
Reto mortal que demandó venganza
Desde infame patíbulo afrentoso:
Ni tu quedaste, oh padre de Constanza,
Oh Manfredo, de víctimas quejoso;
¡Cuántas, ay! cuántas, de piedad axhausto,
Te ofreciera tu yerno (4) en holocausto.

XXII.

Díganlo de Palermo las cruentas
Vísperas con fatídico gemido,
Y las desiertas tumbas que sustentas,
Oh Trinacria, en tu suelo enrojecido:
Ni mentirán las ondas tremulentas
Del mar Tirreno en púrpura teñido,
Donde al rigor del catalan acero
Sepultado quedó tanto guerrero.

XXIII.

Cayó el orgullo de la altiva Francia
Confundido, y alzarse tentó en vano;
Ni aprovecharon mas que su arrogancia
Los rayos que lanzára el Vaticano:
Pudo mas la justicia, y la constancia,
Y el indómito esfuerzo del hispano.
Triunfastes, Aragon; tuya es la gloria,
Tuya Sicilia, tuya la victoria.

XXIV.

Pero detén el vuelo, musa mia,
Que te remontas ya sobre la esfera
De nuestro intento; templa la osadía
Y los impulsos rápidos modera:
A la imperial Ciudad el rumbo guia
Otra vez, que impaciente nos espera
La católica hueste ya formada
Del mar en la ribera dilatada.

XXV.

Allí á la vista ofrécese el primero
En armas, dignidad y gentileza
Roger de Flor, el ínclito guerrero,
Sin par en el valor y fortaleza:
En Brindis vió la luz, y aunque extranjero,
Fué nombrado entre toda la nobleza,
Por su marcial pericia y por lo bravo,
De aquesta espedicion supremo cabo.

XXVI.

Miradle que galan! Rica armadura
Por milanés artífice forjada
Cubre su cuerpo; nieve en la blancura
Es el airon que ondea en su celada,
Roja la sobreveste; á la cintura
La deslumbrante y cortadora espada,
De preciosos diamantes guarnecida,
De bordado tahalí lleva prendida.

XXVII.

Sujeta al pomo con dorada hebilla
Y del mismo metal que la coraza,
Lleva tambien pendiente de la silla
Una fornida y ponderosa maza:
Gruesa lanza con roja banderilla
La diestra mano empuña, la otra abraza
Ancho escudo de acero tresdoblado
Con láminas de oro reforzado.

XXVIII.

Grabado en él habia por blasones
Con maestro buril mano divina
En campo azul los fuertes eslabones
De la cadena que cerró á Mecina:
Dos naves con ferrados espolones,
Del mar cortando el agua cristalina,
La rompian, y el puerto decercaban,
Y enemigas galeras ahuyentaban.

XXIX.

Diósele el rey Fadrique, agradecido
De su valor é intrépido ardimiento,
Cuando por él de yugo aborrecido
Libre se viera el mecinense hambriento.
Dióle tambien, entre otros escojido,
Un corcel de batalla corpulento
A quien Roger con suma gallardía
Oprime los ijares este dia.

XXX.

Vedle piafar, de acero encubertado,
Erguido el cuello, la mirada ardiente,
En su ademan feroz y arrebatado
De cruda lid mostrándose impaciente:
Inquieto y bullidor, tasca el bocado
Que sus ímpetus doma, y del fluyente
Humor, en leve espuma convertido,
Copos arroja en cada resoplido.

XXXI.

No lejos de Roger se distinguia
El noble y bravo Berenguer de Entenza, (5)
Ilustre catalan, que en bizarría
Y alto valor no hay uno que le venza:
Sus hazañas de eterna nombradía
Nápoles llorará con la Provenza,
Y maldecidas han de ser mas tarde
Tambien del griego pérfido y cobarde.

XXXII.

De punta en blanco armado se aparece
Gobernando un corcel de crin poblada,
De larga cola, que orgulloso mece,
Y pequeña cabeza acarnerada:
Autoriza sus armas y obedece
Su pendon lucidísima mesnada,
Compuesta de mil bravos ballesteros
Infantes, y trescientos caballeros.

XXXIII.

Mas allá grandes hechos meditando
Bernaldo Rocafort, (6) con gesto crudo
Una tropa conduce de su bando
Que á costa de enemigos alzar pudo:
Tambien es catalan, y batallando
Contra Carlos de Nápoles, escudo
Fué de Sicilia, y hora con su gente
Viene contra los turcos impaciente.

XXXIV.

Negras sus armas son, y negro el bruto
Que rije; melancólico y sombrío,
Nuncio parece que el mortal tributo
Viene á pedir inexorable, impío.
Gisbert, su hermano, riguroso luto
Muestra tambien con fúnebre atavío;
No causa mas pavor que su mirada,
Nube de mil relámpagos preñada.

XXXV.

De otra parte con digna compañía
Jimenez de Arenós galan ostenta
Su reluciente arnés, y su hidalguía
Que con nuevos blasones acrecienta:
La gloria de Aragon solo le guia,
Y en esta empresa toma por su cuenta
El honor de su patria, y es seguro
Que ha de dejarle acrisolado y puro.

XXXVI.

Los Perez de Caldés y Perez de Arbe
A su lado en fortísimos bridones
Muéstranse aquí despues que del alarbe
Triunfaron, y en Sicilia las legiones
Francesas arrojaron del adarve
Postrero que ocupaban; campeones
Ambos por sus empresas distinguidos
Y en los campos de Marte encanecidos.

XXXVII.

No callará tu nombre y tu prudencia,
Inclito Montaner, mi toseo lábio,
Pues mereciste aquí por excelencia
El doble lauro de guerrero y sábio:
Ni tu valor, Ahónes, ni tu ciencia
Náutica olvidaría sin agravio
Cuando la fama y mares de Levante
Te proclaman intrépido Almirante.

XXXVIII.

Tampoco vuestros nombres, oh esforzados
 Alquer, Lográn, Orós, Siscar, Alvero,
 Oscuros quedarán de mi olvidados,
 Ni el tuyo, Palacin, noble guerrero:
 Ni tampoco los vuestros, denodados
 Vérgua y Torrellas, que con libre fuero
 La patria y dulces prendas amorosas
 Dejais por las batallas peligrosas.

XXXIX.

Sobre un peceño de veloz carrera
 Muéstrase caballero el mas cumplido
 Berenguer de Roudor, en la ribera
 Del impetuoso Llobregat nacido:
 El fuerte Garcilopez de Lobera,
 Y Tóus el jóven, gloria de Cupido
 Y honor de los donceles catalanes,
 Le siguen en tostados alazanes.

XL.

Cierran el escuadron, gallardeando
 Con marcial apostura en sus corceles,
 Arnaldo Moncortés, Gorí (Ferrando),
 Marquet, Tauste y Copons, que de laureles
 Nuevos sus sienes circundar ansiando
 Y el orgullo abatir de los infieles,
 Vienen á exterminarlos en lid fiera,
 Con otros que nombrar prolijo fuera.

XLI.

¿Y cómo celebrar en breve canto
Yo podré las hazañas y blasones
De Corbarán de Alet, cuyo ardor santo
Alienta los mas frios corazones?
¿De aquel que fué del anjoino espanto,
Y desde las hespéridas regiones
Hora corre á probar nueva fortuna
Y eclipsar la luciente Media-luna?

XLII.

Cubierto de acerada y fina malla,
Y sobre una revuelta yegua pia
Héle allí en simulacro de batalla
Ordenando la invicta infantería;
Incontrastable y sólida muralla
Que al poder otomano desafia,
Erizada mostrándose de enhiestas
Picas y partesanas y ballestas.

XLIII.

Esos de rostros fieros y tostados,
Cuerpo membrudo y toscos equipajes,
Almogábares son, así llamados
Por servir en campaña sin mas gajes
Que enemigos despojos conquistados
Con las armas; no sufren los ultrajes
Hechos á su nacion y su pujanza,
Y es bárbara y terrible su venganza.

XLIV.

Nacidos en batallas, es la guerra
Su profesion, sus galas burdas pieles,
Su lecho de placer la dura tierra;
Y su cuna y su tumba los broqueles:
Son invencibles, nada los aterra,
Ni el frio, ni el calor, ni las crueles
Ansias del hambre que á otros atormentan,
Y es fama que con yerbas se sustentan.

XLV.

Tal era allí formada y en vistosa
Ordenanza la hueste catalana,
Qué intrépida al Oriente y animosa
Fué á domar la soberbia musulmana:
Pasando estaba muestra escrupulosa,
Y gallardo y gentil sobre su alfana,
Que en altura seméjase á un castillo,
Las filas recorria su caudillo;

XLVI.

Cuando el Emperador, que en ansia viva
De ver estos guerreros se impacienta,
Seguido de brillante comitiva
En dorada carroza se presenta:
Roger de su caballo se derriba
Y le besa la mano; larga cuenta
Despues le dá de todos sus afanes,
Y le muestra los otros capitanes.

XLVII.

Andrónico llorando de alegría
En contemplar sus rostros se embebece
Y su aspecto marcial; hablar quería,
Y trémula su lengua no obedece;
Rompe por fin y dice: «llegó el día
Feliz que mi esperanza reverdece;
En buen hora llegad, fuertes varones,
Magnánimos, invictos campeones.

XLVIII.

«Oh cielo bienhechor! Yo te bendigo,
Que tras tantos amargos desengaños
La salud me has enviado, y el castigo
Al autor implacable de mis daños:
Por tu piedad, del bárbaro enemigo
Veré ¡oh placer! en mis postreros años
La soberbia feroz nunca humillada
Hundirse en el abismo quebrantada.

XLIX.

«Y vosotros que oyendo de mis males
El rigor, aportais á estas riberas,
Sin temer los peligros marciales
Ni la inconstancia de las olas fieras:
Vosotros, cuyos hechos inmortales
Cantarán las edades postrimeras,
Venid á mi ciudad á ser premiados
Y á descansar los cuerpos fatigados.»

L.

Mas Roger, cuyo aliento generoso
Solo la llama del honor enciende,
«Oh Emperador, contesta, no el reposo
Venimos á buscar del mar allende;
Ni surcamos el ponto proceloso
Por el vil interés que nos ofende:
Venimos á lidiar con santo celo
Y á estirpar los infieles de tu suelo.

LI.

«¿Qué dirían las gentes que lo oyeran,
Si estando ya por dicha tan cercanos,
Mis sufridos guerreros se dormieran
Antes de escarmentar á los paganos?
¡Oh ignominia! oh baldon! indignos fueran
De llamarse españoles y cristianos,
Indignos de su gloria y de los hechos
Que han acabado con robustos pechos.

LII.

«Marchemos de Otoman al campamento,
Que antes que el sol mañana á vuestros ojos
Se presente dorando el firmamento
Tendrán satisfaccion tantos enojos;
Él será nuestro dulce alojamiento,
Gozaremos por premio sus despojos...
¡Sus, mis guerreros; *despertad el fuerte* (7)
Hierro fatal, ministro de la muerte!

LIII.

Quería proseguir, mas lo impidiera
Un grito universal que le aplaudia;
El furor de los suyos se apodera,
Y batallas demandan á porfía:
Ya entonaban la cántiga guerrera,
Ya cada cual sus armas requería,
Y al ruido de ellas fieros y fogosos
Relinchan los caballos belicosos.

LIV.

Roger que esta señal está esperando,
De Andrónico la vènia recabada,
Seguidme, entonces dijo, y de su mando
Vióse la voz al punto ejecutada;
Diríjese á las naves, y en llegando,
En la galera salta dó arbolada
Tremola la bandera de Almirante
Con blando soplo el céfiro sonante.

LV.

Todos le imitan: de guerreros llena
Vése otra vez la flota antes vacía;
Luego zarpar el general ordena
Y gustosa la chusma obedecía:
Ya rechina del ancla la cadena
Al levarse, la lona se tendía,
Y pronto, remedando blancas aves,
Surcan el mar undívago las naves.

LVI.

Era la tarde: el sol desde occidente
Sus últimos destellos enviaba,
Y en lecho de oro la radiosa frente
Y encendidas guedejas reclinaba:
De Sofía en la Cúpula eminente (8)
Su purpurina luz reverberaba,
Pareciendo Bizancio sobre plata
Emperatriz con manto de escarlata.

LVII.

Engólfanse las naves á bandadas,
Las espumosas olas se entumescen
Y en las tajantes proras estrelladas,
Al tiempo de brillar se desvanecen:
Ya las torres y agujas cinceladas,
Ya la ciudad y playas desaparecen:
Febo en la ondas sumerjió su coche,
Y al mundo alumbra el astro de la noche.

LVIII.

Seis horas el ejército sus huellas
Desde las naves contemplado había,
Seis horas le admiró, y en todas ellas
Solo cielos y mares descubria;
Mas al perder su lumbre las estrellas
Por el reflejo del vecino día,
Vió con el rumbo y proras al Oriente
La suspirada tierra por el frente.

LIX.

Era el cabo de Artacio, donde un sable
De arena la Anatolia dividia,
Y en donde una muralla inexpugnable
Conservaban los griegos todavía;
Otoman, que con hueste formidable
Y fiereza tenaz la combatia,
A seis millas hallábase alojado,
De nuevos enemigos descuidado.

LX.

Solo pensaba en la fatal muralla
Que obstruia su paso victorioso,
Cual cauce que en los lindes de su valla
Al torrente reprime impetuoso:
Impaciente y feroz, cruda batalla
Medita allá en su pecho borrascoso;
Si el valladar se rompe, de repente
La Europa toda inundará el torrente.

LXI.

Y será irresistible; mil pendones
Alza contra ella el torpe fatalismo;
De cien provincias y de de cien naciones
Corre á tragarla el barbaro islamismo:
La Tartaria, la Persia y las regiones
Que el Nilo besa y las que anuda el istmo
De Suez, la Nubia y la vecina Tebas
Al Campo de Otomán envían levás.

LXII.

De Armenia y de Georgia llegan gentes,
De Bagdad, de Cabul y Cochinchina,
De Caramania y tierras adyacentes,
De las faldas del Tauro y Palestina:
Envíanle tambien sus contingentes
Las ciudades de Meca y de Medina,
Lugares santos, y de todas partes
Acuden musulmanes estandartes.

LXIII.

Nuevo Jerjes, el bárbaro pagano
Los torvos ojos en contorno jira.
Y al revolverlos por el vasto llano
Sus grandes fuerzas y poder admira;
Mas luego que los fija en el cercano
Altísimo torreón, bramando en ira
Jura rendir el enemigo muro
En general asalto y choque duro.

LXIV.

Y con sus ruinas, consumado el hecho,
Y con cuerpos de griegos trucidados
Jura por el Corán en su despecho
Cegar del ponto los profundos vados,
Y pasando sobre ellos el Estrecho,
Escalar los alcáceres dorados
De la régia Stambul, y allí su solio
Asentar en el alto capitolio.

LXV.

En tanto en alas de apacible viento
Que, empopado, las naves impelía,
El cristiano escuadron con gran contento
Acabó de surcar la travesía,
Y, abandonando el húmedo elemento,
Las playas de Asia con sus piés hería,
Y la parca tambien saltaba en tierra
Ocultá entre las máquinas de guerra.

LXVI.

Al estruendo marcial pónese alerta
La griega guarnicion allí cercana;
Creyendo que á embestirla iba encubierta
De las sombras la hueste musulmana;
Pero del alba con la luz incierta
Distinguiendo la flota catalana,
Desciende al mar y abraza como amigos
A los que antes juzgó sus enemigos.

LXVII.

Roger, á quien inspiracion divina
Empeña mas en el glorioso intento
Y triunfos y laureles vaticina,
Todo su afán á batallar atento,
Ordenando el ejército, camina
La vuelta del pagano campamento,
Cuando al Oriente con su faz colora
De perlas y carmin la fresca aurora.

LXVIII.

Avístale por fin desmesurado
Cual su ambicion y planes arrogantes,
Y apenas el caudillo contemplado
Hubo las medias-lunas y turbantes,
Con el pecho magnánimo inflamado
De santo ardor, los ojos centellantes,
Vuelto á sus aguerridos batallones,
Gozoso les dirige estas razones:

LXIX.

«Ya, nobles compañeros, brillar vemos
La clara luz del suspirado día,
Ya el codiciado fruto lograremos
Del alto objeto que hasta aquí nos guía:
Tantos peligros que vencido habemos
Contra los vientos y la mar bravía,
Tanto afan y solícito desvelo
Quiere hoy premiar el bondadoso cielo.»

LXX.

«Tended la vista, contemplad los llanos,
El corto espacio que la lid retarda,
Y veréislos cubiertos de otomanos
Que á nuestra indignacion piadoso guarda:
El galardón allí, bravos cristianos,
Allí alta prez y gloria nos aguarda
Vencedores ó no, pues si morimos,
Inmarcesible lauro recibimos.»

LXXI.

«Venceremos, empero; conjuradas
En buen hora tremolen sus pendones
El Africa y el Asia, y adunadas
Nos opongan sus fieros escuadrones;
Sus huestes las campiñas dilatadas
Cubran, brote la tierra mas legiones,
Y del averno con fatal trompeta
Convoque sus creyentes el Profeta.

LXXII.

«Pocos, mas numerosos en aliento,
Probaremos que es vano tanto alarde
Y cuanto va del griego encogimiento
Al sacro fuego que en nosotros arde;
Por su mortal destrozo y escarmiento
Cuanto puede verán, aunque ya tarde,
Del español la indómita bravura
Por su fé batallando siempre pura.

LXXIII.

«¿Y quién entre vosotros la excelencia
Del duro acero no probó algun dia
En los secuaces de esa infiel creencia,
En las gargantas de morisma impía?
En Mallorca, en las vegas de Valencia,
En Murcia y en la misma Berbería
A la pujanza de esos fuertes brazos
Su orgullo fiero ¿no cayó á pedazos?

LXXIV.

Cayó, cayó: tambien en este suelo
Humillareis sus lunas ominosas
Y su dura cerviz: del alto cielo
Vibrando las espadas victoriosas
Miro ya descender en raudo vuelo
Las venerables sombras gloriosas
De los Jaimes y Pedros, y el espanto
Miro tambien del turco y el quebranto.

LXXV.

Dijo; y á la manera que rodando
Peñasco enorme, de encumbrada sierra
Va los erguidos árboles tronchando
Y fieras y aves tímidas aterra
Su fragor por las quiebras retumbando,
Así furioso con los turcos cierra
El invicto católico escuadron
San Jorge apellidando y *Aragon*.

LXXVI.

San Jorje! Yo tambien, cristiano Marte,
Armado cual estás de relucida
Cota y ardiente lanza, oso invocarte;
Tercera vez mi lábio te apellida;
Y pues que de esta hazaña tanta parte
A tu favor sagrado es merecida,
Débate el mundo verla celebrada,
Y tu fama inmortal será doblada.

LXXVII.

¿Vióse tal vez del uno y otro polo
Lanzarse, quebrantadas sus cadenas,
Al Austro y Aquilon, y opuesto Eolo,
Remolinar las líbicas arenas?
No de otra suerte agrúpanse en un solo
Campo cristianas haces y agarenas
Del rencor y la cólera azotadas,
Confundidos turbantes y celadas.

LXXVIII.

Jamás combate igual vió de la guerra
El dios horrendo en siglos trascurridos;
Ni el huracan que robles mil á tierra
Resonó mas terrible en los oídos:
Al rudo choque retembló la tierra,
Fueron montes y valles conmovidos,
Entumecióse el mar y, rebramando,
Límites mas extensos fué ganando.

LXXIX.

Suple el valor al número infinito
Y á las bárbaras fuerzas la destreza;
Pavor infunde al turco el nuevo grito
Guerrero, y al cristiano fortaleza.
Lucha el brazo de Dios contra el precito,
La virtud contra lúbrica torpeza;
De los libres, en fin, el pecho bravo
Triunfa de la vileza del esclavo.

LXXX.

Roger, segando vidas, el primero
Precede y se revuelve con su maza,
Y con impulso rápido y certero
Cuanto encuentra magulla y despedaza:
No le vale al infiel su corvo acero
Ni el jubón imitando la coraza;
Es un leon desatado quien le enviste
Y á su garra fatal nada resiste.

LXXXI.

Todo es muerte y horror: véense acinados
En torno suyo cuerpos espirantes,
Cadáveres y miembros destroncados,
Rotas armas, caballos y turbantes:
Tal á sus piés derriba de ambos lados
En el estío mieses ondulantes
Robusto segador con su guadaña
Hidrópica, terror de la campaña.

LXXXII.

Malec y Hascén allí yacen tendidos
A sus plantas con lívidas facciones;
Y Omar, de cinco lustros no cumplidos,
Jigante por su talla y proporciones,
A un rudo golpe pierde los sentidos,
Pierde las riendas, pierde los arzones,
Y al cielo al dirigir plegaria impía
Cierra los ojos á la luz del día.

LXXXIII.

Tambien Entenza con impulso fuerte
Al ejército infiel hiere y maltrata,
Y en él sembrando sin piedad la muerte,
Sus densos escuadrones desbarata:
De un bote solo sobre el polvo inerte
Lanza al membrudo Ulit, y le desata
El ánimo feroz, que en lazo eterno
Fué á unirse con Mahoma en el infierno.

LXXXIV.

Y Rocafort, con diestra vencedora,
Las turbadas escuadras acomete
Teñido en sangre infiel, que ya colora
De carmin su antes negro coselete:
Divide con su espada tajadora
Al fiero Alí; del temerario Hamete
Que osa probar su acero turbulento,
Vuela el cráneo en pedazos por el viento.

LXXXV.

Montaner y Arenós altas proezas
Acaban en veloz arremetida,
Y Corbarán derriba mil cabezas
Con su tropa *almogábar* aguerrida:
Los robados tesoros y riquezas
Obstan al musulman la pronta huida,
Pues al querer cobrarlos, en un punto
Deja la vida y presa todo junto.

LXXXVI.

Deja á los victoriosos campeones,
De su fin miserable por señales,
Con el yerto cadáver sus pendones,
Armas, pertrechos, máquinas fatales,
Magníficos, lujosos pabellones,
Ricas joyas y galas orientales
Nadando en sangre, que de tanto estrago,
El campo se convierte en vasto lago.

LXXXVII.

Huye Otomán la general matanza
Y misero destrozo, que el tirano
Siempre se muestra vil, y la pujanza
Teme ya del impávido cristiano:
Roger, blandiendo la terrible lanza
Por el deshecho real le busca en vano,
En combate mortal digno castigo
Ansiando dar al bárbaro enemigo.

LXXXVIII.

Tente, Caudillo invicto; no del hado
La fuerza oculta superar pretendas;
El, con rigor piadoso, del malvado
Salva los dias por vedadas sendas:
Verásle, empero, nunca escarmentado
Repetir otra vez lides horrendas,
Y otra vez arrolladas sus legiones,
Tus armas orlarán nuevos blasones.

LXXXIX.

Ora, depuesto el yermo reluciente,
 El duro arnés y ceño belicoso,
 Corre á Constantinopla con tu gente,
 Que allí te aguarda ya triunfo glorioso;
 Allí enlazados ornarán tu frente
 Siempre verde laurel, mirto amoroso;
 Que en tálamo nupcial, donosa y bella
 Premiará tu valor casta doncella.

XC.

Corre, que ya te aguarda tu María, (9)
 Tierno pimpollo de imperial raléa.
 Y pueblo numeroso que á porfia
 Digno Cesar te aclama y victoréa:
 Templa tu, Rocafort, esa acedia
 Y corre allá también, que Citeréa
 Te promete gozar blandos amores;
 Corre tu, Entenza, tras favor y honores.

XCI.

Salud, bravos guerreros; á mi lira
 Solo cantar con ronca voz es dado
 Vuestro arrojo inmortal que el orbe admira
 Y el musulman recuerda consternado:
 El altivo Sanjac (10) por vos se mira
 Bajo el guion de la *Cruz* roto y pisado,
 Desgarradas las *Lunas* arrogantes
 Bajo las *Barras de Aragon* triunfantes.

NOTAS.

- 1.º San Jorje.
- 2.º Otoman ú Osman, primer emperador de los turcos.
- 3.º Príncipe de la casa de Suevia y lejítimo heredero del reino de Sicilia, á quien Cárlos, duque de Anjou, hizo morir en un caldoso.
- 4.º D. Pedro III, rey de Aragon, llamado el grande y el *de los franceses*: casó con Constanza hija de Manfredo rey de Sicilia, despojado de la corona y vida por dicho Cárlos de Anjou.
- 5.º El célebre guerrero Berenguer de Entenza no se incorporó al ejército expedicionario hasta el año 1.305, dos despues de comenzada; pero nosotros prescindimos de la exactitud histórica por no faltar á la unidad de accion que requiere la epopeya.
- 6.º Tampoco este bravo catalan pasó al Oriente con el grueso de la expedición; pero por ser uno de los que mas figuraron en ella y mas la ilustraron con su espada y baston, le suponemos allá desde el principio, por las mismas razones que á Berenguer de Entenza.
- 7.º *Despierta hierro*: grito particular de guerra que al entrar en árduas batallas acostumbraban dar los *almogábares*, hiriendo el suelo con las puntas de las espadas y picas.
- 8.º Entiéndase de la célebre basilica de Santa Sofía en Constantinopla.
- 9.º María, hija de Azan príncipe de los búlgaros, y de Irene hermana del emperador Andrónico.
- 10 Bandera de devocion de los turcos.

POESÍAS LÍRICAS.

Á MI PATRIA.

ODA

LEIDA EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL LICEO ARTÍSTICO
Y LITERARIO DE SANTANDER.

Serena el rostro que lloroso y triste
Escondieras ayer, oh patria mia,
Por no ver el puñal que en tus entrañas
Clavaba horrenda la discordia impía;
Y tórnale risueña
Hacia el *cántabro* fiel y generoso,
Mientras que allá en Pirene se despeña
El carro de la muerte pavoroso,
Que armó para pisarte
Y debelar tus hijos crudo Marte.

¿Siempre, querida madre,
Mis ojos te verán acongojada

Llorando tu quebranto?
¿Siempre cual vil ramera despreciada,
Sin juventud, sin galas y hermosura?
¡Oh no! suspende el llanto
Que robó á tus mejillas la frescura,
Y la real vestidura
Poniéndote, y el manto
Que besaron humildes las naciones,
Alza, oh madre, la frente magestuosa,
Y al que insultar pretenda tus blasones
Dile con noble saña:
«Soy la antigua Señora, soy la España »

Di que ya libre, jóven y robusta,
Nuevo fenix al mundo apareciendo,
Oscureces tal vez otras beldades
Que sin rivalidad fueran creciendo
Cuando gemias en prision injusta
Vítima de tiranas potestades
Y sus iniquidades.
Di que tienes amantes
Tan rendidos como antes;
Y guerreros tambien, y trovadores
Que en cítara dorada tus loores
Cantan con dulce tono y melodía,
Y afamados pintores
Con española rica fantasía.

¿Dudas, madre querida,
De tu futura gloria

Después de tanto luto, tanto duelo
Como en la triste y azarosa vida
Repasa atribulada tu memoria?
¿Dudas del sol brillante de tu cielo?
Su poder por el suelo
Y tu dominación Roma llorará,
Mas la noble matrona
Abandonando sabia de Belona
Los horribidos funestos estandartes,
Conquistó otra corona,
Y es proclamada reina de las artes.

No temas, patria, no: días gloriosos
El destino te guarda todavía,
Y lugar superior entre las gentes,
Y triunfos y laureles victoriosos
Como cuando tu cetro se extendía
Por reinos y naciones diferentes.
De tus astros fulgentes
Cervantes el divino,
Los Velazquez, Herreras, Calderones,
Murillos, Garcilasos y Leones
Que con feliz ingenio peregrino
Acrecieron tus ínclitos blasones
Y sempiterna fama,
No se ha extinguido aun la viva llama.
Ni se podrá extinguir; el sacro nùmen
Que presidió sus obras inmortales
É inspiró los sublimes pensamientos
A sus pinceles y fecunda vena,
Y voló á las mansiones eternas
Al verte presa de servil cadena,

Yá los altos asientos
Deja, y en rauda vuelo
Presuroso desciende;
Ya otra vez las doradas alas tiende
Sobre el césped florido de tu suelo,
Y agrupándose en torno la ardorosa
Brillante juventud, con tierno anhelo
Le abraza y le bendice,
Y un porvenir dichoso te predice.

¿No se alzan por dó quiera
A su augusta deidad templos suntuosos?
¿No miras tributarle digno culto?
Torna los ojos, torna, á esta ribera
Combatida de mares procelosos,
Y al natural, feroz, bárbaro, inculto,
Así un tiempo llamado
Cuando por ti blandiendo
La vengadora lanza,
De la romana y árabe pujanza
Te libertó con ánimo esforzado,
Verásle ya civil, y recibiendo
Al génio en sus hogares,
Consagrarle tambien dignos altares.

¿Fué tal vez su benéfica influencia
Al *cántabro* vedáda por ventura?
¿Será incapáz de darte nueva vida,
Oh patria, y nuevo lustre y opulencia
Quien lidió con indómita bravura
Por no verte en el polvo envilecida?

Oh no; quien de oprimida
Te hizo libre y señora
Derramando su sangre en lid horrenda,
De las artes y ciencias por la senda
Lustre y nuevo esplendor te dará ahora;
Porque decirle puedas algun dia
Desde tu régio asiento
«A tí debo la vida y ornamento.»

No por gustar de climas deliciosos,
Amenos campos y sereno cielo,
Desdeña el génio á veces las montañas
Las chozas y los riscos escabrosos
Para mansion de su deidad sagrada.
Aquí hay recuerdos de ínclitas hazañas,
Y cascadas, y fuentes, y cabañas,
Y praderas, y flores,
Y donosas y bellas
Mil apuestas doncellas
Que inspiren al poeta sus amores,
Y en sus formas y talle delicado
Un retrato de Venus citeréa
Ofrezcan al artista entusiasmado.

Yo te saludo, numen sacrosanto,
Que las cántabras playas apartadas
Al fin alegras ya con tu presencia,
Y enjugas de mi patria el triste llanto
Renovando sus glorias olvidadas.
Ya en las serenas auras perfumadas
Entre arreboles de oro

Y vistosos cambiantes
Percibo de tus alas radiantes
El blando vuelo y el crujir sonoro,
Y veo ya ¡ oh placer ! que renunciando
Las moradas del cielo,
Eterno vivirás en este suelo.

(1841)

Á LA PRIMERA DEFENSA DE ZARAGOZA

CONTRA LOS FRANCESES

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

ODA.

Siempre justo, gran Dios omnipotente!
Siempre rigiendo sabio
Los orbes y el destino
Desde el excelso trono diamantino,
Castigando y premiando eternamente!
¡Ay del mortal soberbio que su frente,
Despreciando tus leyes, alzar osa!
Déjase que se encumbre, que se engría;
Y cuando nécio en su poder confía,
Fulminando tu mano victoriosa
El rayo vengador, le pulverizas,
Y tu justicia al mundo patentizas.

«Protégeme, fortuna,
«Protege mi valor, y en vano, en vano
«Será que el pueblo hispano
«Su libertad proclame sacrosanta
«Y su amor á un imbécil soberano.
«Mi victoriosa planta,
«Que tantos cetros quebrantó orgullosos,
«Tambien, tambien en su triunfal carrera
«La indómita cerviz hollar espera
«De esa nacion. » Así el moderno Atila,
Que en su cólera Dios lanzára al mundo,
Dijo, desvanecido y arrogante,
Y aprestando sus huestes furibundo,
A la patria del Cid arrojó el guante.

Ella le recojó: grito de muerte
Y de exterminio entonces el tirano
En su rabia infernal bárbaro entona.
Monstruo feroz, detente; ¿ese inhumano
Hipo devastador aun satisfecho
No está de los honores de Belona?
Mas no; nuevos escombros,
Nueva lid horrorosa
Manifiesten la huella sanguinosa
De tu dominacion aborrecida:
Caiga la generosa
Mántua, caiga con dolo sometida
Barcinò la opulenta, caiga España,
Y sácia tu furor, sácia tu saña.

¡ZARAGOZA inmortal! nueva Numancia!
¡Insigne ZARAGOZA! conjurada

Tambien contra tus hijos belicosos
Rujó la tempestad! Tu alta constancia
Con luto y destruccion será probada,
Con terrible quebranto!
Del Ebro y Huerba, oh ninfas, entretanto
Abandonad las cristalinas ondas,
Y las guedejas blondas
Sueltas al aire, en la frondosa orilla
Coronas de laurel, arcos de flores
Para premiar á nuestros defensores
Entretejed. Y tu, divino Herrera,
A eternizar las glorias de tu patria
Y el valor español, sal de la tumba
Con la trompa guerrera
Que hiciste resonar por todo el orbe
Al celebrar en tu sublime canto
Los sangrientos laureles de Lepanto.
Sal tu tambien, oh Rioja, tú que un dia
Allá sobre las ruinas solitarias
De Itálica sentado, diste al viento
Tu voz con celestial melancolía.
Tornad del sueño eterno, dulces vates,
Y uno llore los miseros destrozos,
Cante el otro los hórridos combates.

Oid, oid; el pavoroso estruendo
Del bronce matador el viento asorda,
Y al fiel zaragozano
Que juró defender los pátrios fueros
Anuncia la presencia del tirano. (1)

(1) El poeta personifica á Napoleon en su general Verdier que mandaba las tropas sitiadoras.

Con torvos ojos fieros
Que muestran su despecho rencoroso,
El déspota sañoso
Mira la presa, y vuelto á sus esclavos,
«Aportillad el flaco, débil muro,
«Hierro y fuego aprestad, bárbaro exclama,
«Ministros de mis bélicos furores.
«Sus!... ¿qué os detiene? Abrasadora llama
«En cenizas convierta y en pavesas
«La rebelde ciudad: sus moradores
«Altivos y arrogantes
«Caigan entre las ruinas espirantes.»

Dijo: y ellos al punto obedeciendo,
Cien y cien proyectiles inflamados
Vomita la espantosa artillería
Que en sus senos preñados
Llevan á la ciudad la muerte impía.
Altas torres y techos desplomados
Con horrendo fragor vienen á tierra
Por devorante llama consumidos.
El genio de la guerra
Muéstrase allí con todos sus horrores;
Ruinas solo dó quiera gloriosas,
Y mortales despojos esparcidos
Percíbense á los pálidos fulgores
Del incendiado pueblo, digna pira
Que consume mil víctimas preciosas,
Y el tirano feroz gozoso mira.

Gózate de tu hazaña,
Apura tu crueldad, Neron de España,
Y bárbaro placer sin esperanza,
Mientras llega la hora
Fatal de la justicia vengadora,
Que, aunque tarde, al impío siempre alcanza.
Mira cual se abalanza,
Sus pechos ofreciendo por muralla,
Ese pueblo inmortal que te desprecia,
Sin temor á tus bombas y metralla.
Y era así: mil guerreros
Y mil entre las ruinas humeantes
Audaces alzan la serena frente,
Y corriendo á la lid, con inclemente
Rigor los enemigos despedazan
Y sus huestes fierísimas rechazan.

Descansad, descansad, ínclitos manes
De Gurreas, Lanuzas y Alagones,
Insignes capitanes
Que de Aragon las glorias esplendentes
Acrecisteis con bélicos blasones,
Reposad sin temor que amancilladas
Queden las fuertes barras
Entre las fieras y rapantes garras
Del águila imperial. Oh! todavía
No ha muerto, no, el valor en vuestros hijos,
Ni la antigua constancia y bizarría!
Aun del Ebro las fértiles riberas
Héroes producen, que en el trance duro
Será su pecho incontrastable muro
A opresoras falanjes extranjeras.

En vano los mortíferos cañones
Del galo fiero globos infernales
Fulminan sin cesar; todo es en vano:
Ceden á su furor muro, bastiones.
Palacios y edificios colosales;
Mas no se rinde el fiel Zaragozano.
El sitiador impío en su locura
El incendio y la ruina llevar osa
Al sacro templo de la vírgen pura.
Entonces de su tumba misteriosa
Alzándose la sombra gloriosa
Del rey *Batallador*, con faz airada
Así dice, volviéndose al tirano:
«Huye de aquí sacrílego, inhumano!
«Respetá esta morada!
«Huye, infeliz, de la ciudad amada
«Que arrancó mi valor al agareno;
«Huye, monstruo feroz, ó teme al punto
«La celestial venganza!» Sordo trueno,
Cual si el castigo predecir quisiera,
Despéñase zumbando por la esfera.
Y á su fragor retiemblan ambos polos:
La vision desaparece,
Y aterrado el tirano palidece.

¿Mas cuándo á la razon torna el impío
Y detesta su error? Del hondo averno
Súbito se destacan nuevas furias
A reanimar su desmayado brio:
Muéstranle de las águilas triunfantes
El vil oprobio y el baldon eterno
Si al combate renuncia y la victoria.

Ardiendo en sed de gloria,
A renovar entonces se apresura
La cruda lid; mas ah! ya contrastadas
Por el invicto pueblo sus legiones,
Huyen despavoridas, derrotadas!
Miedo en sus corazones,
En sus ojos incrédulos espanto
Ha puesto el ardor santo
Del impávido y fuerte celtibero.
El arrogante, el fiero
Tirano, al ver su ejército deshecho,
Tras los míseros restos afligidos
Tambien huyera, del insano pecho
Lanzando sin cesar hondos gemidos.

Así al venir el día
Del redil se retira lobo hambriento
Que con aleve intento
Rondó en las horas de la noche fria,
Y, pastor y mastines atisbando,
Huye á los montes ásperos ahullando.

Goza tu premio ya, ciudad invicta,
Del suelo aragonés digna Señora,
Goza por premio ya de tu constancia
La palma vencedora,
Los lauros de Sagunto y de Numancia.
Salve, pueblo inmortal! Antes que el cuello
Sujetar á extranjera tiranía,
Juraste perecer, y heróico triunfo
Coronó tu impertérrita osadía.

Mas no triunfaste, no, sin sacrificios;
Tus campiñas taladas,
Y tus calles de sangre salpicadas,
Y tus desmoronados edificios
Testigos son de tu quebranto y ruina,
Y glorioso blason para tu frente.
Salve! Cada hijo tuyo es un valiente,
Cada hermosa doncella una heroína,
Que han dado, de un guerrero furibundo
Frustrando los proyectos inhumanos,
Sublime ejemplo de valor al mundo,
Dura lección á todos los tiranos.

A ESPAÑA.

ODA.

Vencer, rendir, aprisionar naciones,
Y leyes darles y en su misma frente
Grabarlas con la espada victoriosa,
Para después rodar los escalones
Del régio trono escelso y esplendente,
Y volver á la nada
O gemir á su vez entre cadenas;
Mirar amancillada
La antigua majestad, verse escupido
Por los mismos que vió á sus piés un dia
Como esclavos en venta,
Es rigor inhumano y desmedido,
Es baldon, es oprobio y es afrenta.

Tal destino á mi patria el hado impío
Reservaba implacable

Tras tanto poderío,
Tanta gloria y afan. Ella dió leyes
Al asombrado mundo en cuantas zonas
Con sus fúlgidos rayos el sol baña;
Al nombre victorioso de la España
Temblaban los imperios y los reyes;
El pendon de Pavía y de Lepanto
Infundia, triunfante por dó quiera,
Veneracion mezclada con espanto;
Todo á la gloria y al valor cediera
Del español, que, al verse de laureles
Oprimido y del orbe altivo dueño,
Adormióse despues en torpe sueño.

Hubo, sí, un tiempo, en que la patria mia,
La patria de Corteses y Toledos,
Ostentaba sus *barras* y *leones*
De donde nace adonde muere el dia;
Entonces respetados sus blasones
Mirábanse dó quier: sus dignos hijos
Entre la estraña gente
Alzar podian sin temor la frente,
Y de ser españoles se preciaban;
Era su nombre entonces glorioso
Y todas las naciones le envidiaban...
Hoy llamarse español es afrentoso!

Hoy los menguados hijos de Castilla
A estraños opresores ; qué bajeza !
Inclinan la cabeza

Y doblegan cobardes la rodilla
Tímidos como esclavos y obedientes.
¡Oh prole femenil, raza bastarda !
¡Oh vil generacion, que ya no sientes
Inflamarse tu pecho á los sagrados
Nombres de *libertad é independencia!*
¿Dónde está tu nacion, dónde tu patria ?
¿Dó el inmenso poder, la rica herencia
Que tus progenitores
Legaron al morir ? ¿ De aquella gloria,
Que indeleble conserva la memoria,
Donde huyeron los bellos resplandores ?

¿A dónde fué aquel arbol majestuoso,
Que, al cielo la alta copa levantando,
El hispano solar autorizaba;
Cuyo ondoso ramaje,
Verde creciendo en círculo pomposo,
Las remotas regiones asombraba
Y fragantes aromas exhalaba ?
¿Qué fué de su frescura y lozania ?
En vano trabajaron ¡ay ! en vano
Regándole á porfia
Con sudor infecundo
Sus generosos dueños;
¡ Cuánta sangre preciosa malograda,
Cuánto inútil afan ! Aquel gigante
Arbol no existe ya; de sibilante
Tempestad, en su daño conjurada,
Rayo esterminador se desprendiera

Sobre su cima, que, bramando ronco,
Tronchó sus ramas lastimando el tronco!

Turba imbécil, responde; mas no sola
Debes tú responder, que ya naciste
Raquítica, cual fueras engendrada
Por la debilidad; tú, empero, viste
De la patria infelice los tormentos,
Y, en vez de socorrerla, despiadada
A su ruina total contribuiste.

Mírala derribada
Inútiles lamentos
Lanzar, mírala auxilio demandando,
El corazon herido presentando
Y los miembros queridos
Mutilados cruelmente y esparcidos
Con bárbaro furor! ; Oh vilipendio,
Oh abyeccion criminal, ignominiosa
De la española gente,
Que impasible reposa
Cuando la patria ¡ ay me ! desamparada
En abismo fatal se precipita!...
Maldicion sobre tí, raza precita.

Maldicion, maldicion ! de tu letargo
Si alguna vez despiertas,
Tal es tu cegedad y desatino,
Que el puñal asesino
A clavar en tu madre solo aciertas

Y á insultarla despues ; Dónde está, dónde
 La dulce libertad por que suspira?
 Hipócrita ! tus lábios la proclaman
 Y tus obras la dicen que es mentira,
 Que es ilusion fantástica. La España
 Jamás, jamás se viera tan opresa,
 Ni víctima de sórdidas pasiones
 Cual hoy dia gimió. Cuando inclemente,
 Cuando con cruda furibunda saña
 Mas y mas eslabones
 Forjas á sus cadenas,
 Y á eterna servidumbre la condenas,
 Apellidar su santa independencia,
 Su cara libertad, es un sarcasmo
 Digno de tu impiedad, de tu impudencia.

¿De la razon, empero, al sacro acento
 Sorda siempre serás, y nunca, nunca
 De tu execrable intento,
 Del frenesí, del vértigo espantoso
 Que te arrastra, tú misma horrorizada,
 No tornarás ? ¡ Oh dia venturoso
 Aquel á cuya luz regenerada
 Logre ver á mi patria, y desterrada
 La fraternal discordia ! ¿ Quién entonces
 Podrá arrancarla su feliz destino,
 Su hermoso porvenir ? Despierta, España;
 Alzate fuerte del inmundo cieno
 Para romper el extranjero freno
 Que oprime tu cervíz, como rompiste
 Al Franco, domador de las naciones,
 Que amarrarte á su carro pretendiera;

Cebáronse las garras de tus *leones*
 En sus *águilas* fieras y triunfantes;
 Mas ¡ ay! ¿ qué te valiera
 Despeñarlas con ímpetu gallardo
 Por las vertientes de Pirene umbroso?
 Tornastes al reposo....
 Y quedaba en tus playas el *leopardo*!

Alzate ya: la trompa horrisonante
 Llame otra vez con bélico gemido
 Las vengadoras haces á las armas:
 Ruja el *leon* de la empinada sierra
 Con ronca voz que al enemigo espante,
 Y en nuevo ardor los ánimos levante
 A cruda lid, á sanguinosa guerra.

Guerra, españoles, guerra: ¿tremolando
 No veis en Gibraltar la enseña odiosa
 De la arrogante Albion? Allí ¡qué oprobio!
 Soberbia y altanera
 Muéstrase, cual pudiera
 Sobre las torres de la márgen fria
 Que el nebuloso Támesis azota.

Allí son profanados, españoles,
 Los límites que á vuestra monarquía
 Hércules señaló, cuando los altos
 Montes de Abyla y Calpe desquiciando,
 Y la Europa del Africa apartando,
 Los dos muros unió, que á su despecho

Vieran antes sus ondas represadas:
Ya no hay antemural, ya no hay Estrecho
Allí que vuestros términos defienda;
Y, en vez de las columnas celebradas,
En vez del monumento jigantéo,
Allí un padron de vuestra infamia veo,
Allí el gérmen de todos vuestros males
Miro, y la hermosa patria siempre abierta
A bárbaros y crueles opresores,
Que es de la España Gibraltar la puerta,
Y vendieron su llave los traidores.

Por allí en sus corceles voladores
La trasfretana gente,
Cual rápido torrente
Vuestros fértiles campos inundára,
Ruina y desolacion en pòs dejando,
Y pesadas cadenas
Que tanta sangre y tanto afan costára
Traspasar á las líbicas arenas,
Y allí ¡oh baldon! por colmo de traiciones,
El doloso britano
Con mengua del *leon* gózase ufano
Enarbolando impune sus pendones!...

Al arma, al arma! El grito sacrosanto
De *libertad ó muerte* poderoso
Retumba por los ámbitos de España,
Desde las playas cántabras que baña
El Océano bravo y turbulento
Al manso Turia y Bétis caudaloso,

Del raudo Llobregat al Miño undoso.
 Guerra repitan llanos y montañas,
 Guerra los bosques, guerra
 Los palacios y miseras cabañas.
 Por los sinuosos antros de la tierra
 Los ecos se derramen,
 Y con sonido horrendo
 Tambien respondan al marcial estruendo,
 Y *muerte ó libertad* bramando clamen.

Al arma, sú: los hijos de Pelayo
 Despierten otra vez, y fulminando
 El mortífero rayo
 De su terrible cólera y venganza,
 Y tendiendo sus zarpas los *leones*,
 Cual densos nubarrones
 Por los helados cierzos impelidos,
 Caigan de Gibraltar sobre la cumbre
 Riscosa, y esparciendo
 Por el salobre piélago vecino
 Los miembros del *leopardo* desgarrado,
 Quede el suelo español así purgado
 Del pérfido agresor: quede allí escrito
 En letras de su sangre: *no consiente*
Jamás la heroica España
Paz afrentosa con la Gran-Bretaña.

Á S. M.

DOÑA ISABEL II. EL DIA DE SU PROCLAMACION Y JURA EN LA
CIUDAD DE SANTANDER POR REINA CONSTITUCIONAL
DE LAS ESPAÑAS.

ODA.

¿Qué es esto? ¿qué poder desconocido,
Qué olímpica deidad con sacro aliento
Al plectro enronquecido
Nuevo entusiasmo infunde y melodía?
¿Qué númen celestial aqieste dia,
Embriagando las almas de contento,
Llena la España toda
Y recorre sus términos triunfante
Del cantábrico mar al mar de Atlante?

Oh ISABEL! Eres tú, que te presentas
Cual iris de bonanza

Volviendo la esperanza
Al náufrago tras hórridas tormentas;
O cual brillante sol que de alegría
Puebla los corazones,
Desterrando los fúnebres crespónes
Y el enlutado manto
Con que vela su faz la noche umbría.
Tú la deidad, tú el númen sacrosanto
Eres, oh Reina, que á mi musa inspira
Y hace vibrar las cuerdas de mi lira.

¿Quién, sino tú, Señora,
En nuestros pechos ejercer pudiera
Tan mágico poder? ¿quién no te adora,
Angélica ISABEL, y te venera?
Por tí la España de una lucha fiera
Arrostró los horrores,
Y al derramar su sangre te aclamaba,
Porque su porvenir en tí cifraba,
Su libertad, su dicha y sus amores.

ISABEL era el grito en las batallas,
Y al grito de ISABEL omnipotente
Las rebeldes murallas,
Aunque de bravas huestes coronadas,
Por el suelo caían derrumbadas.
Oh placer! Oh placer! Lució ya el día
Que los ardientes votos y plegarias
El cielo oyera de la patria mía!

Ya el angel inocente
 Que guardó cual riquísimo tesoro,
 Y por quien combatió gloriosamente
 Tanta sangre preciosa prodigando,
 El s6lio ocupa del tercer Fernando
 Y empuña de Castilla el cetro de oro.
 No fueron vanas, no, sus esperanzas,
 Ni lo fueron sus l6grimas y luto
 Mientras el yermo tron6 bamboleaba
 Huracan bramador; ya el digno fruto
 De su virtud 6 recoger empieza.

¡ Oh m6gia del poder y la belleza!
 Que al oír de ISABEL el sacro nombre,
 Y vean de la anarquía el monstruo furibundo
 De la anarquía el monstruo furibundo
 Huye aterrado al b6trato profundo.
 ¡ Qu6 de bienes augura
 A la nacion magnánima espa6ola
 Tu reinado, ISABEL ! Cuánta ventura !
 Cuánta prosperidad ! Los fuertes leones
 Que, presa de las miseras pasiones
 Y discordia civil, se desgarraban
 Forjándose cadenas opresoras,
 De hoy mas, unidos en red6r del Trono
 Y ya depuesta la intestina saña,
 Sus zarpas volverán aterradoras
 A vengar los ultrajes de la Espa6a.

Ya saben atronar con sus ruidos
 Las selvas de Germania, y las riberas
 Del Sena, el Tibre y el Danubio helado;

Y á otro mundo apartado
 Saben llevar triunfantes las banderas
 De su patria inmortal, y sus blasones
 Colocar sobre todas las naciones.

No es ilusion. Mi ardiente fantasía
 Divisa entre furiosas tempestades
 Nuevo esplendor y nuevos grandiosos
 Límites á la hispana Monarquía:
 Nuevos timbres gloriosos
 Del fiero leon en las rapantes garras
 Orlarán los *castillos* y las *barras*,
 Que el orbe todo mirará pasmado,
 Y vean mis ojos florecer, al lado
 De bélicos troféos,
 Los dones celestiales de Minerva,
 Y dulcísimos vates
 Que, siendo de su patria el ornamento,
 Celebrarán con armonioso acento
 La hermosura, el amor y los combates.

Libertad, gloria, amor... hé aquí, españoles,
 El cuadro lisonjero
 De nuestro porvenir bajo el augusto
 Cetro que de la patria los destinos
 Rije con tierno afan. Si, atroz y fiero,
 De la discordia el monstruo malhadado
 Nuestros pechos llenó de mortal susto,
 Abortando venenos infernales;
 El dia suspirado,
 La venturosa hora

Llegó ya que ISABEL encantadora
Pusiera dulce fin á nuestros males.
ISABEL ! ISABEL ! radiante aurora
Que ahuyentas las tinieblas de este suelo,
Don sagrado del cielo,
Tu nombre á los hispanos corazones
Grato siempre será, mientras que gloria
Y libertad ofrezca á la memoria.



A LOS ANTIGUOS CÁNTABROS.

ODA.

Si la febea lumbre
Sublimase mi númen abatido
Y trepar á la cumbre
Del Parnaso florido
Por las musas me fuera concedido;

Si diesen á mi trompa
Del trueno mujidor el bronco acento,
La magestad, la pompa
Épica, el sácro aliento
De los cisnes de Mántua y de Sorrento;

Nó pueblos extranjeros
Celebraría con sonoras voces;
Nó los Cimbrios guerreros

Ni los Parthos veloces ,
Los Éscitas, los Gétulos feroces.

Mas aquellos valientes
Cántabros impertérritos, que un dia
Libres, independientes,
Fueron por su osadia
Terror de la romana monarquia.

Oh mis progenitores !
Oh preclaros abuelos generosos !
Si enemigos cantores
Callaron envidiosos
Vuestros nombres en versos melodiosos;

Vuestras glorias marciales,
Para honroso blason de las Españas,
Vivirán inmortales;
Eternas las hazañas
Vuestras serán, cual son estas Montañas.

¿Qué me importa que Horacio
No os celebre, ni el vate Mantuano,
Por no humillar su Lacio,
Y que el honor hispano
Tambien olviden Séneca y Lucano?

Acá en mi fantasía
Vivos estais, y con placer os yeo

La gentil gallardía,
El cuerpo jigantéo
Cual pintan el de Encélado y Tiféo,

En vuestros ojos arde
Fuego de libertad, llama guerrera;
Aumenta el fiero alarde
De vuestra faz severa
Luenga barba, flotante cabellera.

De ponderosa clava
Y del hacha fatal os véo armados,
Del arco y de la aljaba,
De bidentes ferrados,
De ancha espada pendiente á los costados.

Temblando así la tierra,
Con pasmo así la antigüedad os vido,
Oh hijos de la guerra;
No es el rayo temido
Como era vuestro enojo enfurecido.

Traspuesto su aledaño,
Así os vieran Vaccéos y Autrigones,
Y tambien por su daño
Otras muchas naciones
Derramando la muerte en sus legiones.

Así cabe el Tirreno
Mar os vieron las gentes italianas

Cuando, guiados del Peno,
Desgarrasteis en Canas
Las vencedoras águilas romanas.

Del trasimeno lago
Las ondas, las del Trevia y el Tessino
Recuerdan el estrago
Del reino de Labino
Reteñidas con sangre del latino.

Así debió miraros
Pálido de terror César Augusto
Cuando quiso domaros
Vuestro cuello robusto
Y al confin español huyó con susto.

Al soberbio tirano
No le valieron víctimas ni ofertas
Para triunfar; en vano
Del dios bifronte abiertas
Fueron las duras rechinantes puertas.

Asi muda de espanto
Os miró la morisma, que al hesperio
Trajo luto y quebranto,
Infando cautiverio,
Ruina y desolacion al godo imperio.

No hubo muro ni adarve
A contrastar la bárbara pujanza,

Hasta que el fiero alarbe
En vuestra cruda lanza
La muerte halló, burlada su esperanza.

¡Cuánto líbico infante
Derribasteis, cuánto árabe jinete,
Vengando en el turbante
Tanto cristiano almete
Como arrastró llorando el Guadalete!

En contrapuesto coro
Las náyades que riegan este suelo
Con cántico sonoro
Respondieron al duelo
De las ninfas del Betis sin consuelo.

Y á su padre Occéano
En las ondas del Miera y del Besaya
¡Cuanto cuerpo africano
A la vecina playa
Llevaron, cuanto alfanje y azagaya!

Siempre, siempre debida
Os fué la salvacion, hijos de Marte,
De la España oprimida,
Siendo el firme baluarte
Dó libre tremolára su estandarte,

Y os fuera reservada
Otra gloria tambien, pues de traidores
Y bárbaros purgada,
Con mas bellos colores
Salió de vuestros brazos vengadores.

Asi de la ceniza
Del fénix secular en el pomposo
Márgen que fertiliza
El Nilo caudaloso,
Otro fénix renace mas hermoso.

¡Cuantas altas proezas
Recuerdan de estos montes eternals
Las rudas asperezas,
Que son vuestros anales,
Oh Cántabros, oh padres inmortales!

En cada risco y peña
De vuestra heroicidad hallo un testigo;
Este valle, esta breña
Fué la tumba, me digo,
De un formidable ejército enemigo.

Aquí en raudales rojos
Un arroyo su sangre representa;
Mas allá véen mis ojos
Tras la señal cruenta
En blancos pedregales su osamenta.

Todo aqui vuestra gloria
Publica, vuestro ardor, vuestra grandeza;
Mas cuando la memoria
Nuestra débil flaqueza
Parangona con vuestra fortaleza,

Cuando triste repasa
De tantas menguas nuestras la cadena,
De lágrimas sin tasa
Corre abundosa vena,
Y mi grato placer tórnase en pena.

Vosotros batallando
Defendisteis con hueste reducida
Contra el ausonio bando,
Contra el fiero numida
La dulce patria y libertad querida.

Nosotros, olvidados
De nuestra dignidad y sacros fueros,
Somos vilipendiados,
De propios y extranjeros
Conducidos cual tímidos corderos.

.
.
.
.
.

Sombras de mis mayores,
Si alguna vez de la eternal morada,
Donde todo esplendores
Es y dicha colmada,
Al mundo dirijis vuestra mirada,

Volved ¡ay! la cabeza,
Cubrid, cubrid las venerables frentes,
Por no ver la vileza
De vuestros descendientes,
El opróbio, el escándalo presentes! (1)

(1) Recomendamos al lector tenga presente que la época en que el poeta escribía esta ODA y las anteriores se diferenciaba mucho de la actual en sus circunstancias políticas.

A LA SOLEMNE INAUGURACION

DE LAS OBRAS DEL FERRO-CARRIL DE ISABEL II.

ODA.

No siempre, oh musa, humildes cantilenas
Has de dictarme en rústico instrumento;
Volemos algo mas, que ya el aliento
Pide empresas mayores; por mis venas
Haz que un rayo divino
Cunda del fuego que inflamar solia
Al vate peregrino,
A Píndaro inmortal, cuando allá un dia
Los afamados juegos
De Olimpia celebraba entre los griegos.

Cantar, empero, el brazo vigoroso
Yo no pretendo del ungido atleta,

Ni á quien primero acércase á la meta,
Ni al vencedor con disco ponderoso:
Ni tampoco la gloria
Del paladin que en hórridas batallas
Consigue cruel victoria,
Yelmos tajando y aceradas mallas;
Ni al campeón cuya lanza
En vistoso torneo prez alcanza.

Asunto muy mas digno y sacrosanto,
Agitando las cuerdas de mi lira,
En arrebató férvido me inspira
El ignorado y atrevido canto.
Afuera las livianas
Proezas del estadio deslumbrantes !
Atras, atras las vanas
Glorias de paladines arrogantes !
Glorias ¡ ay ! ominosas,
A la doliente humanidad costosas !

Del beligeró dios, de Marte fiero
Pasó el imperio ya, pasó dejando
Charcas sangrientas tras su carro infando,
Luto, devastacion !... Roto el acero
Que yermara inclemente
Por tantos siglos la asombrada tierra,
Con su carro crujiente
Despéñase el tirano de la guerra,
Y al bajar al profundo
Torna la paz á repoblar el mundo.

Loor á la paz ! Las ciencias y las artes
A su influjo benigno floreciendo,
Vuelven la vida tras el caos horrendo
De muerte y destruccion. Por todas partes,
Sin que nada le asombre,
Sin que á su genio nada se resista,
Vése emprender al hombre
Con incansable afan digna conquista,
Arrancando á natura
Secretos que veló la noche oscura.

«Débil soy, dice, tardo el movimiento
De mis piés, que se arrastran por el suelo;
Mas alas les pondré, y en raudo vuelo
Alcanzaré bien pronto al pensamiento.
Yo haré que desaparezca
De los opuestos polos la distancia;
Que el comercio florezca,
Que rápida circule la abundancia;
Y haré que, cual hermanos,
Por último se abracen los humanos.

« ¿ Qué mortal medir puede lo infinito?
¿ Quién el profeta que osará siquiera
Los límites fijar á mi carrera,
Ni predecir los bienes que medito?... »
Así un ínclito hispano
Honor eterno de la patria mia,
Clamó de gozo ufano,
Al descubrir en el VAPOR un dia
Un portentoso agente,

Una fuerza motriz omnipotente.

A BLASCO DE GARAY, al digno ibero
Eterna gloria; la invencion gigante
Que admira el orbe todo, su brillante
Genio robusto concibió el primero.
Suya fué la centella
Que la animó; mas, pobre y en mantillas,
Murió, para mas bella
Resucitar despues en las orillas
Del fortunado rio,
Del caudaloso Támesis sombrío.

¿Quién sus triunfos cantar? De los bretones
Ella el poder acrecentó, y ansiosa
De nuevas glorias, corre victoriosa
A trasformar la faz de las naciones.
En vano la ignorancia
Quiso oponer su carcomida valla,
Y con fiera arrogancia
Ostentaron, cual sólida muralla,
Intratables, enhiestas
Los altos montes sus nevadas crestas.

Todo á su marcha, todo á su triunfante
Paso cedió: las ásperas montañas
Abrieron sus recónditas entrañas
Ó allanaron sus cimas. Tal, delante
Del Bóreas impetuoso,
Denso escuadron de nube se presenta,

Y con ceño medroso
Su raudo impulso detener intenta;
El Bóreas aparece
Y de un soplo las rompe ó desvanece.

Esa invencion sublime, ese portento
De la ciencia, por quien al hombre dado
Es ya surcar en vuelo arrebatado
Del universo mundo el pavimento;
Esa maravillosa
Invencion, que á naciones inciviles
Y flacas, presurosa
Con la cultura dió fuerzas viriles,
Torna ya ¡que fortuna!
Rica, esplendente á su nativa cuna.

Barcino fué, Barcino la primera
Que la arrulló con maternal desvelo,
Y por eso al volver al pátrio suelo
Barcino sus primicias mereciera:
Desde allí á la mantuana
Corte voló, de celsitud manida,
Y á la costa edetana,
Y al astur y á la Bética florida,
Nido de los amores
Y patria de dulcísimos cantores.

A las montañas cántabras, espanto
Del romano y alarbe, la afamada
Invencion llegó al fin, que ¡ay! esperada

Era con ansia tal, suspiro tanto,
Como es del impaciente
Sediento peregrino en el desierto
La cristalina fuente;
Ó como anhela descubrir el puerto
Y los pátrios hogares
Nauta perdido en procelosos mares.

Santander, Santander! Taza preciosa;
Emporio del comercio de Castilla,
Perla que crece en la riscosa orilla
Del piélago sonante! Oh! cuan gozosa,
Tras duelo tan prolijo
Y angustioso, te muestras este día!
¡Con cuanto regocijo
Te miro inaugurar la *ferrea via*
Hasta el confin *vacceo*.
Objeto perenal de tu deseo!

¡Con qué robusta fé, con qué esperanza
Ya el porvenir aguardas venturoso
Que con hondo pesar tan nebuloso
Divisabas ayer en lontananza!
Mal veias tu sino;
Vano fuera el temor; ¿quién es bastante
A forzar tu destino,
Si escrito en caracteres de diamante
Está en el alto cielo,
Junto al del fértil castellano suelo?

Yo, los sinuosos plieges desdoblado
Del tiempo, ya te veo, ya te miro,
Perla del setentrion, moderna Tiro,
Los anchurosos mares dominando.
Cual aligeras aves
Que el espacio en opuestas direcciones
Surcan, así tus naves
Desde el austral confin á las regiones
Del polo, tu riqueza
Publicarán, tu gloria y tu grandeza.

¿ Y á quién ese futuro poderio
Y el término final de tus querellas
Deberás? Pero ya que el lábio sellas,
Preciso es que lo diga el lábio mio.
Dirá que ese brillante
Porvenir, tras afares tan prolijos,
Le debes al constante
Y fino amor de los celosos hijos
Que tu duelo notaron
Y el triunfo que hoy celebras prepararon.

Dirá que tu destino afortunado,
Oh Santander, en tiempos no remotos
Le deberás tambien á los pilotos
Que la nave dirijen del Estado.
Ah! si el divino aliento
Dado me fuese del sublime Herrera,
Con tan sonoro acento
A su favor mi musa respondiera,
Que por siempre famosos
Por mi fueran MURILLOS y REINOSOS!

Y en cántico inmortal celebraría
La excelsa **MAGESTAD**, que tan ufana,
Dando envidia á la corte castellana,
Alberga Santander. Y ensalzaria
Tambien con sonora
Voz al ángel de amor y de inocencia,
A nuestra **REINA** hermosa,
Cuya innata bondad, cuya clemencia
Penígena la fama
Del orbe por los ámbitos proclama.

A la augusta **ISABEL**, que semejante
Al astro esplendoroso, desde lejos
Nos envia los límpidos reflejos
De su dorada luz vivificante.
Ella honrar se ha dignado
Con su nombre esta *via*, y ¡oh ventura!
En su nombre adorado
Aquesta misma *via* se inaugura
Con brillo magestoso
Por todo un **REY**, por su querido esposo.

Amada Santander, tu á cuyas plantas
El cantábrico mar llega y se humilla,
Y tu tambien, fructífera Castilla,
Digna señora de riquezas tantas, ...
¡ Cuál yo vuestros loores
Cantaria! ¡ Cuál yo vuestra corona
Orlaría de flores!
Mas ¡ ay! que ya el aliento me abandona,
Y la voz de mi lira
Con el aliento de mi pecho espira!

PARA EL ALBUM DE DOS NIÑOS

ELEGIACAS.

(88)

PARA EL ALBUM DE DOS NÓVIOS.

¿Cómo arrancar de mi angustiada lira
Podré, tiernos amantes, dulces sonos
Si con amargos ayes al pulsarla
Y con endechas fúnebres responde?

¡Mísero! que al templar sus mustias cuerdas
El llanto de mis ojos las corróe,
Y al querer modular sonoro acento,
A la primera vibracion se rompen!

Cuando feliz y plácida coyunda
A uniros vá en un tálamo de flores,
Vuestro amoroso encanto, vuestra dicha
No debieran turbar siniestras voces.

Para su tierno arrullo las palomas
Las gratas horas de la siesta escogen,
Por que de la corneja el triste canto
Su solaz no interrumpa por la noche.

Otros vates habrá mas venturosos
Que dulces himnos al amor entonen
Y las blandas delicias de Himenéo
Celebren en sus cítaras acordes.

Tambien yo del amor ante las aras
Rendí mi culto, que no soy de bronce,
Y muchas veces bajo helada nieve
La ardiente lava de un volcan se esconde.

Tambien del Himenéo las antorchas
Lucieron pára mí, más ¡ay! veloce
Pasó aquel tiempo, y el dorado sueño
Fugaz como la niebla disipóse;

Dejando el corazon despedazado
Sin esperanza ya, sin ilusiones,
Cuando la llama de mi amor podia
Abrasar con su fuego todo el orbe.

¿De qué me sirven hora las caricias
Y el favor de las hijas de Mnemósine?
Yermo mi pecho de amoroso encanto,

Renuncio á conquistar alto renombre.

Ojalá que vosotros, mas felices,
No conozcais los bárbaros rigores
De mi destino, viendo separada
La verde yedra de su amado roble.

Embellézcan las Gracias vuestros dias,
El tálamo nupcial ellas adornen,
Y en vuestro corazon no hallen entrada
Las negras furias de los celos torpes.

Vuestro amor, vuestras risas y placeres
No turbe la perfidia de los hombres;
Vivid en santa union, y de ella el fruto
Sea robusta, numerosa prole.

Y cuando quiera en el vital estambre
Átropos ensayar el duro corte
De su segur, entonces ¡ay! pedidla
Que os derribe á los dos un mismo golpe.

A LA SEÑORA

D.^a JESUSA MIER Y TERAN DE CÁRRIAS,

EN LA MUERTE DE SU HERMOSO NIÑO JESUS Á LA EDAD

DE DOS AÑOS Y MEDIO.

Llora, madre afligida y sin consuelo,
Del hijo de tu amor el fin temprano!
Llora de tu Jesus la prematura
Muerte, de tu Jesus hermoso y cándido,
Gayo clavel que apenas ¡ ay ! brotára
Y apenas fuera gala de los campos,
Cuando la saña de Aquilon impió
Le derribó de su flexible tallo.
¡ Dichosos los que lloran; sí, dichosos
Los que oprimidos de mortal quebranto,
En lágrimas disuelto lanzar pueden
El dolor de su pecho acongojado !
¡ Y que dolor mas fiero y mas terrible

Para una madre tierna, que el ocaso
Ver del hijo querido que antes era
Su orgullo, sus delicias y su encanto?
Solo quien de su amor el caro fruto
Haya perdido, puede el hondo y bárbaro
Tormento comprender de una afligida
Madre á quien arrebató los pedazos
De sus entrañas la envidiosa parca,
Siempre enemiga de los tiernos años.
¿Y cuantos no hay, Jesusa, que han bebido
Del cáliz del dolor tragos amargos,
Viendo agostada en flor por la tormenta
Su querida esperanza? ¡ Cuantos, cuantos
No vemos desatarse cada dia
Del amor conyugal estrechos lazos!
Vuelve los tristes ojos, tiende en torno
La vista que las lágrimas nublaron,
Y donde quiera padres infelices
Encontrarás que jimen desolados.
Donde quiera hallarás, á ejemplo tuyo,
Mil sensibles esposas levantando
Desgarradores ayes hasta el cielo,
Huérfano al ver su maternal regazo!
No desprende en la alegre primavera
Mas flores de los árboles tempranos
Viento del setentrion, y con sus hojas
Alfombra el pavimento del cercado;
Ni cuando el sol en cáncer á la tierra
Vívido lanza sus ardientes rayos
Desde el cenit, con hálito de fuego
Mas yerbecillas descolora el Austro,
Que vidas inocentes á la tumba
Lleva la parca en su ominoso carro,

Los tristes padres, de dolor transidos,
Su pérdida lamentan, no escuchando
La voz de la razón consoladora
Que mitigar pudiera su quebranto.
Quizá, si penetrasen del oscuro
Insondable destino los arcanos,
Esas mismas desgracias que deploran
Tendrían por un bien. ¿No lo es acaso
La muerte de un infante en la inocencia,
El cual, viviendo, en los adultos años
Fuera tal vez, por crímenes horrendos,
De sus padres baldon, del mundo escándalo?
Víctimas del acero parricida
Muerto no hubiesen Clitemnestra y Layo,
Ni Agripina tampoco, si sus hijos
En la primera edad arrebatados
Hubieran sido por la parca. Judas
Por el vil interés en impío trato
A su Dios y Maestro no vendiera;
Ni el traidor Don Julian al suelo hispano
Con los bárbaros hijos del desierto
Trajera la opresión, si hubiesen ámbos
De la rodante cuna descendido
Al polvo inerte del sepulcro helado.
De violencias, de robos, de perfidias,
De sangre y destrucción llenos los fastos
Están de las historias, todos ellos
La maldad de los hombres publicando.
¿Y quién nos asegura que las dulces
Y malogradas prendas que lloramos
En su virilidad fueran mejores
Que tantos, en verdad, monstruos humanos?
¿Quién puede respondernos, quién, señora,

Que tu hermoso Jesus y mi Alejandro
De la virtud por la escabrosa senda
Siguiesen hasta el fin con firmes pasos,
Sin descender al espantoso abismo
En que se precipitan los malvados?
¡ Dichosos ellos que muriendo puros
Y sin mancha, súbito volaron
Con su Criador á unirse en mejor patria,
Lejos de aqueste mundo y sus engaños !
¡ Quien sabe si mas tarde al desprenderse
De los mortales y terrenos lazos
Irian con los réprobos malditos
A confundirse en el profundo Tártaro !
Dios es la Providencia, Dios es justo,
Y al par que justo, en sus designios sábio...
Santas sus obras son, santos sus fines....
Adoremos sus juicios soberanos.

Á LA TEMPRANA Y SENTIDA MUERTE

DE LA SRTA. DOÑA ALEJANDRA HUIDOBRO Y ALPANSEQUE.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando.

(JORGE MANRIQUE)

Ninfas del cántabro suelo,
Las de luengas cabelleras,
Las del talle
Gentil, las de ojos de cielo,
Que vagais por las praderas
De este valle;
¿Qué fué, decidme, qué ha sido
De la hechicera zagala
Fresca y pura
Que en este verjel florido

Se hizo admirar por su gala
Y apostura?

¿Qué fué de la flor hermosa
Encanto de estos jardines,
Mas fragante
Que la porpurina rosa,
Y en lo linda á los jazmines
Semejante?

Tanta gracia y donosura,
Tanto garbo y jentileza,
Tanto hechizo,
Tanta modestia y dulzura,
Tan peregrina belleza
¿Qué se hizo?

Llorais... y amargo lamento
Dais á mi alma atribulada
Por respuesta !
En él ¡ ay triste! presiento
Nueva fatal, malhadada
Y funesta!

Murió la jóven garrida,
Murió ALEJANDRA la hermosa
El me dice!
La zagala mas querida
Y bella yace en la fosa!
Infelice!

Murió!... Ya cubre la tierra
Sus ojos encantadores
Y expresivos!
Murió!... Ya la tumba encierra
Sus muchos y seductores
Atractivos!

Ay! cuatro lustros contara,
Cuando su guadaña impura
Y fatal
La parca en ella ensayara,
Sin piedad á su hermosura
Celestial!

*Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte
Tan callando.*

Pobre ALEJANDRA!... dormía
Sueño de amor inefable
Cuando vino
A herirla con saña impía
El decreto inexorable
Del destino!

Apenas vió ¡ dura estrella!
De primavera florida

Los albores!
Mas era flor pura y bella;
Así que vivió la vida
De las flores.

Llorad, sensibles zagales,
Pues para siempre perdisteis
Tal beldad!
Convertidos en raudales,
Ojos que la conocisteis,
Ay ! llorad!!!

À LA MUERTE DE
D. GERARDO DE LA PEDRAJA Y CUESTA,

ACAECIDA EN MÁLAGA EL 4 DE MARZO DE 1851.

ELEGÍA.

Vá el tiempo siempre avaro derribando
Nuestra esperanza, y llévase consigo
Las cosas todas del terreno bando.

(HERRERA.)

Dáme tu ronca y destemplada lira,
Oh musa que presides
Los trágicos sucesos lamentables;
Dámela y lleva la que dulces cantos
Moduló juguetona
En las umbrosas faldas de Elicona.

Pálido el rostro, el manto desceñido,
Luctuosa, desgredada
Vén, musa del dolor, vén y lloremos
Juntos los dos el caso lastimoso,

Si es que el mortal quebranto
No ha secado las fuentes de mi llanto.

Hoy me toca llorar; hoy á mis ojos
De luto se reviste
Todo cuanto en el orbe sonreía:
De ominosas adelfas y cipreses
Véo poblado el suelo
Y de negro crespon cubierto el cielo.

El céfiro que suave me enviara
Su perfumado aliento,
Cesó de respirar; el austro en cambio
Que en los desiertos de la ardiente Libia
Los hálitos mortales
Bebe de sus impuros arenales;

El austro maldecido, cuyo soplo
Campo y flores agosta,
Con hórrido fragor bate sus alas.
Y en lúgubres quejidos, que remedan
Funerario concierto;
Repite sin cesar *¡Gerardo ha muerto!*

GERARDO ¡ay Dios! ¡GERARDO, el tierno amigo.
El jóven generoso,
El apuesto mancebo en quien las gracias
Pródigas se mostraron de sus dones,
GERARDO ¡ay de mi triste!
El virtuoso GERARDO ya no existe.

Yá no existe la flor que era delicia
Del cántabro horizonte;
El clavel encendido y oloroso

Que el aire embalsamó con su fragancia,
Del tallo desgajado,
Yace ¡ ay de mí! marchito, deshojado !

¿Por qué tan luego, malogrado jóven,
Siendo hermoso y brillante
Tu porvenir, te hundistes en la tumba?
¿No ves el desamparo en que nos dejas?
¿Nó veás el duelo
A que nos condenabas en el suelo ?

Del azulado empíreo donde moras,
Los cariñosos ojos
Torna, GERARDO, á la enlutada tierra,
Y el bárbaro dolor y pena infanda
Verás de la aflijida
Esposa que abandona tu partida.

Verás el dolor fiero de tu anciano
Y amantísimo padre,
Inconsolable ya desde tu ausencia;
De tu padre infeliz que por la lumbre
De tus ojos veía,
Y como quiere un padre te quería.

De tus hermanos la terrible angustia
Y el hondo setimiento
Verás tambien de la mansion celeste;
Y el corazon verás de cuantos rinden
A la virtud tributo
Por tu muerte arrastrar eterno luto.

Mira sino, GERARDO, el abundoso
Llanto que se desprende

De los cansados ojos de tu amigo,
De aqueste amigo fiel que tanto amabas
Y renueva en tu historia
De Píldes y Orestes la memoria.

¡Quién me dijera ¡ ay Dios! cuando mi lira
En tu dulce himenéo
El himno epitalámico entonara,
Quien me dijera entonces que tan pronto
Había de ofrecerte
El canto funeral, canto de muerte !

¿Qué fué ¡ ay de mí! del tálamo florido?
¿Las nupciales antorchas
Donde están que tus bodas alumbraron?
Un lustro no ha pasado, y la tremenda
Tempestad se desata
Que hunde tu lecho y las antorchas mata !

Mas ¡ay! que tal fué siempre de los hombres
El mísero destino !
La cuna dista un paso de la tumba
Y quien menos tal vez piensa en la muerte,
Primero al cinerario
Túmulo baja envuelto en el sudario.

Adios, GERARDO, adios! Quizas no tarde
El ángel de exterminio
En cerner sobre mí sus negras alas;
Mientras al cielo subo donde habitas
El adios postrimero
Recibe en este canto lastimero!

Á LA MUERTE
DE UNA LINDA JÓVEN MONTAÑESA,
LLAMADA ROSA.

SONETO.

Gózate, parca, en tu rigor ¡ay! cuando,
Anunciado por dulces ruseñores,
Al cántabro pensil brindando amores
Torne Favonio con susurro blando;

Las leves alas tremulo agitando
Y esparciendo suavísimos olores
Visitará sus adoradas flores,
Mas quedaráse al verlas suspirando.

¿Dónde está, dónde, exclamará afligido,
La linda flor que perfumó mi aliento
En el pasado Abril? ¿Dó está mi Rosa?

Alzando entonces funeral gemido,
Responderá un ciprés con sordo acento:
«La tronchó el huracan, y aquí reposa!»

ERÓTICAS.

Á FLORISA.

Callen esas hermosuras
Arrogantes y orgullosas
Que, cual nubes vaporosas,
Se pierden en las alturas;

Y confiesen con dolor
Que es mayor
La beldad de mi zagala,
Malgrado su pompa, malgrado su gala
Y ricas preséas, del arte primor.

¿Qué vale su pedrería?
¿Qué sus perlas y corales
Donde están las naturales
Gracias de la prenda mia?

De tu rostro angelical
Sin igual
Vale mas una sonrisa,
Oh luz de mis ojos, amada Florisa,
Que todas sus joyas y lujo oriental.

Modesta cuanto sencilla,
Do quiera que te presentas,
De esas damas opulentas
Ni el oro ni el fausto brilla.

Son tus palabras de miel,
De clavel
Abierto tus labios rojos,
De nácar tus dientes, morunos tus ojos,
Magüer que no vieran las playas de Argel.

Es mórbida tu cintura,
De blanco cisne tu cuello,
Seda fina tu cabello,
Y tu tez nítida y pura.

Al ver tu cuerpo jentil,
Del pensil
Marchitas quedan las flores;
Que pierden al verte sus gayos colores
Y suaves aromas las rosas de Abril.

En tu perfumado aliento
Se baña el céfiro blando

Antes de dar suspirando
A sus alas movimiento.

Pálido, sin arrebol
Huye el sol,
De tu beldad afrentado
Y oculta la luna su disco argentado
Que todo lo eclipsa tu garbo español.

Callen esas hermosuras
Arrogantes y orgullosas,
Que, cual nubes vaporosas,
Se pierden en las alturas.

Donde está el sol montañés
Calle pues
Toda belleza sumisa,
Y admire tus gracias, divina Florisa,
Cual yo las admiro rendido á tus piés.

AL AMOR.

S Á F I C O S .

Sacra deidad que al mundo vivificas,
Tu, cuyo imperio el universo aclama,
Númen celeste, alado, armipotente
Hijo de Venus;

Tu que en mi pecho inestinguible hoguera
¡ Ay! encendiste con rigor insano,
Tendiendo al aire las doradas alas,
Vén en mi auxilio.

Deja hoy de Paphos el florido cespéd,
Y de Cantabria á la sonante costa
Donde una hermosa de tu ley se burla
Súbito vuela.

Aqui una vírgen bella cuanto esquivá,
Y mas esquivá que la misma Diana,

Leda se rie del voraz incendio
Que me consume.

Vuela, rapaz, y de tus armas crueles
Sienta el mortal estrago que causaron
En mi las flechas de sus negros ojos
Encantadores,

Que de su azaña no se goze impune,
Antes herida como yo infelice,
Favor demande á tu deidad sagrada,
Almo Cupido.

Vén, y tendiendo el arco omnipotente,
De tu carcax el dardo mas agudo
De esa beldad el corazon mármóreo
Raudo traspase.

Y luego que arda en devorante llama,
Ya derretido el hielo de su pecho,
Porque se apiade de su amante, dale
Májico filtro.

De verde mirto y arrayan ceñidas,
Dios del amor, entonces nuestras sienes,
En dulce union inciensos quemaremos
Sobre tus aras.

Oyeme pues; y en tanto que el divino
Favor merezca del crinado Apolo,
Será loado de mi tosca lira
Siempre tu nombre.

ABENÁMAR.

ROMANCE.

Mora gentil de mis ojos,
Fulgente sol de Granada,
Flor del musulmico imperio,
De nuestros cármenes gala;

Hourí que envidia el Profeta,
Bella, encantadora Zaida,
De todas la más garrida
Y mas que todas ingrata;

Mas esquiva que las fieras
Del arenoso Zahara,

Y mas fria que la nieve
Que ostentan las Alpujarras;

¿ Cuándo querrás, Zaida, cuando
Apiadarte de mis lágrimas,
Y cuando en tu helado pecho
Prenderá mi amante llama?

¿ Cuándo, adorada enemiga,
Término tendrán mis ansias?
¿ Cuándo acabarán mis males
Y el rigor con que me tratas?

Mal haya, mora hechicera,
Mi negra suerte, y mal haya
El momento en que mis ojos
Te vieron ¡ ay ! por desgracia!

Mal hayan tantas finezas
Como hice porque, obligada,
Me fueras agradecida,
Yá que mi amor no pagaras.

Nécio por demás anduve
Al despreciar por tu causa
Los encantos de Celima,
Las riquezas de Daraja.

¿Qué no hice, dime, qué no hice
Por desenojarte, Zaida,
Y merecerte siquiera
Una benigna mirada?

Por tí pulsé, fementida,
Las dulces cuerdas del arpa
Eternizando tu nombre
En mis amorosas cántigas.

Por tí al templo de la gloria
Osé volar, y en las auras
Lancéme de amor sediento.....
Pero ¿quién vuela sin alas?

Por tí el horror y peligros
Arrostré de cien batallas,
Por que de lauros sangrientos
Entendí que tē pagabas.

Tu gusto cumpliósse, impía,
Mi tajante cimitarra
Fuera desde entonces rayo
De las huestes castellanas.

Por agradarte, dispuse
Nuevas y vistosas zambras,

Vistiendo, siempre galante,
Del color que tú gustabas.

Por agradarte, humillados,
Corriendo toros y cañas,
Fueron por mí los guerreros
Mas valientes de Granada.

Y el premio anhelado á todos,
Á la vista de sus damas,
Les arrebató mi brazo
Para ponerle á tus plantas.

Pero ¡ay! de tantas empresas
¿Qué he logrado, mora ingrata?
Salir triunfante de todas
Para que tú me matáras.

No bastaba el ser esquiva
Á mis amorosas ánsias,
Sinó que huyes mi presencia
Y hasta me niegas el habla.

Mas yo por Alá te juro
Que moriré en la demanda,
Porque hay un refran que dice:
Tarde olvida quien bien ama.

Juro que ha de ver el mundo,
Quién de los dos mas constancia
Muestra, tú en aborrecerme
Ó yo en adorarte, Zaida.

Juro, si en otro los ojos
Llegas á poner liviana,
Que he de atravesar su pecho
Con el hierro de mi lanza;

Que si sufro tus desvíos,
Aunque me parten el alma,
No he de sufrir, vive el cielo,
Que otro goce en mi desgracia.

Guárdete Alá, gentil mora,
Guárdete Alá, y que mañana
Te halle este amante infelice
A sus querellas mas blanda...»

Así, un laud punteando
Á la reja de su dama,
Lanzando ardientes suspiros,
Cantó el gallardo Abenamar.

Mas viendo que no le escucha,
Y que ya venia el alba

Tendiendo el astro del día
Alfombras de rosa y nácar,

Se retiró silencioso,
Y al paso que se alejaba,
Los ojos volvía triste
A donde dejaba el alma.

A UNA ENLUTADA,

Tú, la de los negros ojos,
La de los negros encajes,
La de los negros plumajes,
La de lo negro, muger;

La de negra cabellera,
Que llevas luctuosos velos,
Que vas publicando duelos,
Que anuncias muerte dó quier;

Esos negros atavíos,
Esas galas mortuorias,
Esos adornos sombríos,
Esa pompa funeral;

¿Es, dime, todo ese luto
Por algun bien malogrado
Y porque pagas tributo
A una costumbre social?

¿Es por mostrarte mas bella
Y realzar tu hermosura
Como solitaria estrella
Al través de un nubarrón?

¿Ó son trofeos que ostentas
Con sacrílega ufanía
Por amantes que á porfía
Te dieron su corazón;

Que con ardoroso celo
Te prodigaron incienso,
Creyéndote ángel del cielo,
Juzgándote ángel de amor;

Y tú los escarneciste,
Y sus votos desechaste,
Y en la huesa los lanzaste
Con tu crudeza y vigor;

Y luego hipócrita muestras
Piedad que niega tu pecho,
Con esas tocas siniestras,
Emblema de la orfandad,

Llevándolas, fermentada,
Mas que en pago á sus memorias
Por blasones de tus glorias,
Por triunfos de tu impiedad?

Si es por salir mas galana
Ese malhadado luto,
Tu precaucion salió vana,
Vano ha salido tu afán;

Que el sol cuando están los cielos
Serenos es mas brillante,

Su esplendor mas rutilante
Cuanto mas claros están.

Tristes parecen sus rayos
Interponiéndose sombras,
Su luz padece desmayos,
Es pálido su arrebol;

Así tu faz sombreada
Por ese funesto velo,
Es un nebuloso cielo,
Es un eclipsado sol.

Otras á quienes natura
Negó tus formas divinas,
Mientan falsas hermosuras
Con artificio sutil,

Y con sus negros vestidos
Aparenten, norabuena,
Que es blanca su tez morena,
Su piel tostada, marfil.

No tú, cuya faz de nieve
El rojo carmin esmalta,
Tu belleza no resalta
Cercada de oscuridad;

Antes oculta y nublada
Con ese velo maldito,
Pareces clavel marchito
Que ajara la tempestad.

Ni es bien que tanta belleza
Use emblemas de la muerte,
Ni represente tristeza
Quien nació para el placer.

Esos fúnebres mantones,
Ese traje que me aterra,
Muger, de tí le destierra,
Destiérrale ya, muger

Y torna en risa amorosa
La negra melancolía,
Y dejame ver, hermosa,
Ese purpúreo color.

Y esos ojos hechiceros
Tan negros como mi suerte;
Deja que yo pueda verte
Con todo tu resplandor.

Y sinó, estate encubierta
Cual escondido tesoro,
Que, no visto, no despierta
La codicia del mortal;

Y el que no está en el secreto,
Aunque ávido de opulencia,
Cruza con indiferencia
Cabe el precioso metal.

Pero si gustas aleve
Abrasar los corazones,
Y luego apagar con nieve
Su amoroso frenesí;

Si desean mas trofeos
Esos matadores ojos,
Si aun anhelas mas despojos,
Ponte otro luto por mí.

Una abeja fementida
Con su venenoso dardo
Me ha herido aleve y maligna! »
Tomóle en su falda Venus,
Y, despues de mil caricias,
Así á Cupido responde
Con maliciosa sonrisa:
« Dime, ¿y tú no te pareces
A esa alada sierpecilla?
¡ Qué chiquito eres!... empero
Cuán grandes son tus heridas! »

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA

D.^a CAROLINA ZALABARDO Y PASTOR.

Divisum imperium cum Jove Caesar habet.
(VIRGILIO)

Arduo y difícil es, sino imposible,
Una joya ocultar cuya belleza
Despertar puede la ávida codicia
O pasión del mortal. Puertas y muros,
Silencio y discreción, nada es bastante
El sigilo á guardar; vela en acecho
La diosa que cien lenguas y cien ojos
Tiene y oídos cien, y tantas alas
Como lenguas quizás, ojos y oídos,
Y veloz, cual relámpago, publica
Cuanto oye, cuanto vé. De Helena un tiempo
Así fué conocida la hermosura,

A Dárdanos y Argivos tan costosa.
Así de Aspasia y púdica Lucrecia
La belleza gentil, y así extenderse
Hora logra, preciosa CAROLINA,
De tu beldad la fama. Desplegando
Esta sus alas y tendiendo el vuelo,
Súbito llega desde el mar de Atlante
Al cantábrico mar. Tus gracias todas
Y tus virtudes, al cruzar veloce
La inmensidad de la region vacía,
Leda pregona con su trompa de oro,
Cuyos gratos acentos se apresuran
A repetir los vagorosos ecos,
Por montes y por valles, de tu dulce
Nombre el espacio sin cesar llenando.
CAROLINA de Málaga la perla
Es, y la gloria de Vandalia, dicen:
CAROLINA la ninfa mas donosa
De cuantas vió en sus márgenes floridas
El caudaloso Bétis. Al oirlo,
De mi lira las cuerdas destempladas,
Trémulas de entusiasmo se ajitaron
Anhelando cantar, y al viento dieron
La vibradora voz; no de otro modo
Que las aónias arpas, en las verdes
Ramas colgadas de frondoso bosque,
Los suspiros del aura enamorada,
En son doliente y suave repetian.
Ah! si la sacra inspiracion que en vano
Del dios crinado y rubicundo invoco,
Por ventura igualase á mi deseo,
Entonces, CAROLINA, hasta el olimpo
Mi humilde voz levantaría: entonces

De mi lira pulsando las sonoras
 Cuerdas que en ánsia de cantar murmuran,
 Tu temprana beldad y tus encantos
 Con acento inmortal celebraría.
 Entonces de la flor mas perfumada
 Que el cántabro pensil ufano ostenta,
 A la par te pusiera sobre un trono
 De mirto y verde lauro entretejido.
 Reinas las dos de la hermosura, juntas
 Debeis reinar tambien; ámbas derechos
 Al cetro del amor teneis iguales.
 Tú, CAROLINA, porque reunidas
 Ostentas la belleza y travesura
 Y la gracia andaluza con las formas
 De las hijas de Agar apasionadas.
 ELLA, porque en sus ojos y su frente
 El dulce amor, la paz y la inocencia
 Brillan de un ángel, gloria del empíreo.
 Reinad las dos, reinad: al Mediodia
 Está tu imperio, CAROLINA; el suyo
 En las regiones del opuesto polo.
 Reinad eternamente, y este humilde
 Canto, inspirado por mi triste musa,
 Como tributo recibid, hermosas.

(1851)



A UN CLAVEL.

Apuesto eres y agraciado,
Altivo rey de las flores;
Hermosos son tus colores
Que bordan matices mil,

Tan delicioso en tu aroma
Como tu forma elegante,
Eres, en fin, tan fragante
Como gallardo y gentil.

Empero no te envanezcas
Con tu preciada hermosura,
Ni con tu esencia tan pura
Y tu regia majestad;

Que otra *flor* mas peregrina
Aquí sus galas ostenta
Y tus encantos afrenta
Con su divina beldad.

Otra *flor* que es el orgullo
De los cántabros pensiles,
Otra *flor* de veinte abriles,
Bella y perfumada *flor*

Que eclipsa con su presencia
Tu lozania y primores;
Pues si eres rey de los flores,
Ella es reina del amor.

Bien la conoces: cautivo
De ella no ha mucho te viste,
Y de sus manos huiste
Corrido, gayo clavel.

Ay! quién la dicha tuviera
Que tú, neció, has despreciado!
Ay! quién viviese á su lado
Siempre esclavo y siempre fiel!

Á MI AMADA,
EN SU CUMPLEAÑOS.

Hoy que veo tras densas tinieblas
En tus ojos la dicha anhelada,
Hoy que luce, FLORISA adorada,
Tu esplendente y hermoso natal;
De entusiasmo mi pecho palpita
Y del arpa la voz vibradora
A mi acento responde sonora
Descorriendo el crespon funeral.

Harto tiempo sus cuerdas jimieran
Al compás de mi horrible quebranto,
Harto tiempo empapadas en llanto
Resonaron con triste clamor;
Pero trémulas ya de alegría
Y olvidando el pasado tormento,

Lanzan hoy sus acordes al viento,
Dulces notas que dicta el amor.

Ya diviso le aurora risueña
Que me anuncia colmada ventura....
¡ Cuan hermosa en oriente fulgura
Destellando torrentes de luz !

Llegue pronto ese dia felice
Que presagia la aurora brillante,
Y que nunca su luz rutilante
Velen sombras con negro capuz;

Brille pronto ese dia de gloria
Cuyo albor de contento me inunda,
Ese dia que en grata coyunda
Premio encuentre el amante mas fiel.

Ojalá que las rápidas horas,
Del amor escuchando las voces,
Ese dia trajesen veloces
Y mi eterna ventura con él!

Mientras llega el momento dichoso
Que impaciente reclama el deséo,
Mientras ciñe á tu sien Himenéo
La florida guirnalda nupcial,

No me ocultes tu faz hechicera,
No me niegues, amada FLORISA,
De tu boca la dulce sonrisa,
De tus ojos la luz celestial.

Que en faltando á mi vista los rayos
Que destella tu luz refulgente,
En nublando las sombras tu frente,

No hay placer ni solaz para mí.

No halla paz, ni contento, ni calma
En tu ausencia mi amor sin segundo;
Nadie, nadie, FLORISA, en el mundo
Amar supo con tal frenesí.

Mientras arde la antorcha sagrada
Sigue, hermosa, enjugando mi llanto;
Sigue siendo mi gloria y mi encanto,
Mi tesoro, mi cielo, mi bien.

Sigan siendo la gala y delicia
Del pensil tus modestos colores;
Sigue, sigue afrentando las flores
Maspreciadas del cántabro eden.

¡Quién pudiera del orbe los tronos
Ofrecer á tus piés! ¡Quién pudiera
Ofrecerte la gloria siquiera
Que alcanzaron Homero y Maron!

Mas yá, hermosa, que cetros y gloria
Por desgracia negóme la suerte,
Quiero, amada FLORISA, ofrecerte
El imperio de mi corazón.

Á LOS OJOS DE AMELIA.

SONETO.

Amelia hermosa, si posible fuera
Que su lumbre perdiesen rutilante
Las estrellas que en orbes de diamante
Bordan y esmaltan la celeste esfera;

Que el astro de la noche suspendiera
Su nacarada luz, y el sol radiante
Apagase la llama coruscante
Y el fuego inmenso de su tierna hoguera;

Que, trastornado el orden de natura,
En densa oscuridad y noche umbría
Quedase el universo, por ventura;

Una mirada tuya bastaría
Para poblar de luz en un momento
La tierra, el mar, el aire, el firmamento.

Á FLORISA.

SONETO.

Angel de luz, estrella matutina,
FLORISA mia, tierna y cariñosa,
Mas dulce que ambrosía deliciosa
Y mas pura que el agua cristalina;

Más linda que amapola purpurina,
Mas fragante que el nardo y que la rosa,
Mas seductora, en fin, y mas graciosa
Que Aspasia, Helena, Psiquis y Ciprina;

Feliz mil veces el mortal querido
Que tus encantos, gracias y talento
Poséa, unido en sempiternos lazos;

Féliz quien, del amor favorecido,
Pueda aspirar tu perfumado aliento,
Preso en la red de tus ebúrneos brazos.

JOCOSAS Y BURLESCAS.

BANDO
SOBRE LOCUCION.

Al ver en la patria mia
Tal corrupcion de *lenguaje*,
Tal ensalada ó potaje,
Tan confusa algaravía;
Al ver que de dia en dia
Cunde rápido este mal,
Y que no habrá radical
Cura, por medios humanos,
Declaro á mis paísanos
En estado escepcional.

Y siendo *oh témpora! oh mores!*
Moda yá publicar leyes
Como las dictan los *beyes*
Ó turcos gobernadores;
Con redoble de tambores

Que precede á todo bando
Y la atencion ocupando
Del pueblo atónito vá,
Yo tambien, hecho un baja,
Ordeno, decreto y mando:

Al que diga *catredal*,
Culatra, *ojepto* y *sospiros*
Sóplensele cuatro tiros
En la parte occipital:
Aplíquese pena igual
Al que pronuncie *contrera*,
Anedocta, *firolera*,
Niervo, *huespede*, *cuchar*,
Estonces, *yelso*, *chumpar*,
Azúcara, y *costudera*.

Tambien será fusilado
Por detrás, sin remision,
El que diga *mantencion*,
Intrépete y *venturado*;
No podrá ser indultado,
Probada su contumacia,
El que diga *verbo* y *gracia*,
Prespectiva, *diferiencia*,
Ingalaterra, *concencia*,
Murciégalo y *prespicacia*.

Feliz quien logre emigrar
Despues que diga *estrevillo*,
Porque si acaso le pillo,
Al punto lo hago empalar;
Y juro se ha de acordar

De mí todo mentecato
Que diga *mesmo, largato,*
Manipolio, tabarnero,
Y al que tonto y majadero
Diga *me coje el zapato.*

Tambien por este decreto
Llevarán doscientos palos
Los que digan *intrevalos,*
Trunfo, tartulia y eseto.
¡Desgraciado del paleta
Que diga *suelgo y propinco!*
Ya puede escapar de un brinco
Buscando extranjero asilo,
Porque sinó, le fusilo
Como tres y dos son cinco.

No le alcanzará la uncion
Al que dijere *dracmático,*
Jefactura, catredático,
Cofaina y compresacion.
Nadie pronuncie *plegon*
Si quiere evitar mi enojo,
Como asimismo *linojo,*
Cambéo y pelufustran,
Porque entonces ¡voto á San!
Le estrangulo si le cojo.

Haré la lengua cortar
Por el trasero remate
Al que diga *chocolate,*
Ancibas y presinar.
Haré tambien arrastrar

Al que dijere *un porcion,*
Rebusted, melecoton,
Hestérico, tremontorio,
Desmérito, refitorio,
Engra, cámbrio y deslabon.

Nadie, pena de la vida,
Dirá *romatismo, ambrollo,*
Cencia, porlijo, megollo,
Agrómono y homecida;
Y si alguno se descuida
En decir *neseidad,*
Estaristica y metad,
Hecha que sea la prueba,
De la paliza que lleva
No le alza la caridad.

¡ Ay de aquel que *melecina*
Ose decir, ó *cabresto,*
Costipado, prosupuesto,
Cachamarin y petrina !
Y ¡ ay de aquel que *escupidina*
Desembuche, *megodia,*
Sanijuela y tropesía !
Tomen las de Villadiego,
Porque, si á pescarlos llego,
Cayóles la lotería.

Será pasado á cuchillo
Sin piedad, como un marrano,
El que diga *meliciano,*
Atélite, zamanillo,
Espamientos, canzoncillo,

Ilifonso, pementon,
Calistro, flaire, plumon,
Getrudes, universario,
Rasina, buces, brevario,
Juente, cantabrio y trubon.

Haré colgar de una pata
En la Alameda primera
Al que diga *charratera,*
Probalidad y fregata.
Si alguien la lengua desata
Para encajarnos *probeza,*
Ya puede con gran *presteza*
Hacerse el Judio errante,
Porque si yo le echo el guante,
Le divido la cabeza.

Al que diga *pelegrino,*
Estauta, yezca y enguila,
Le haré poner una esquila
Como si fuera un pollino;
Con igual pena conmino
Al que dijere *moger,*
Cuspir, rétulo, anfiler,
Majunge, licion, badia,
Cudiao, todillo, profia,
Deputacion, y lamber.

La ganancia no le arriendo
Al que pronuncie *amejar,*
Venemos, hayga, jugar,
Vaiga, semos, y torrendo,
No será menos horrendo

El castigo que le espera
A quien diga *faldriquera*,
Largatija, *baritono*,
Razpar, *varciar*, *monotono*,
Capirucho, y *traquiartera*.

Al que diga *celiplinas*,
Por bárbaro y animal,
Despues de echarle un acial,
Le mandaré á Filipinas;
Una corona de espinas
Y mas palos que un jumento
Llevará el que diga *drento*,
Asudiar, *tuviendo*, *picia*,
Madrasta, *jugon*, *tiricia*,
Espetáculo y *engüento*.

Item, al que diga *agüelo*,
Mázcara, *almada*, y *lumiaco*,
Le juro por el dios Baco
Que no se la cubre pelo;
Ya puede ver si en el cielo
Hay santo que le proteja,
Porque, sinó es la pelleja
Lo que esto le costará,
Por lo menos quedará
Sin una y sin otra oreja.

El que dijere *alcordar*,
Aunque sea hermano ó primo,
De la leña que le arrimo
No se vuelve á levantar;
Y al que diga *empantigar*,

Áccido, ahuja, padrasto,
Plumonia, poetrasto,
Rampla, camapé, bugero,
Tejada y anfelitero,
Como una rana le aplasto.

Si álguien pronuncia *livieso,*
Violí, presona y bantal,
Le descargo zurra tal
Que se queda patitieso;
Y si hubiere algun camueso
Que tambien diga *palmazo,*
Grigorio, ivierno, gromazo,
Y, en vez de claustro, *calostro,*
Alzo la mano y le postro
A mis piés de un linternazo.

Sin leña no se ha de ir,
Aunque sea un Excelencia,
El que diga *indulgencia,*
Teliscopio y premitir.
Por último, hare freir
Como un barbo á todo jaque
Que quiera lucir su *fraque*
Ó tenga *insulas* de sábio,
Porque seria un agravio
Perdonar tal badulaque.

Quedan desde hoy abolidas
Todas las disposiciones
Que alteren las condiciones
De las presentes medidas;
Las penas establecidas

Aquí, negras como el cuervo,
Solo son para el protervo
Sexo másculo; para *ellas*,
Por débiles y por bellas,
Otros castigos reservo.

Á ELLOS.

¡ Ira de Dios ! al borde del abismo
Duérmese el mundo, y nadie le despierta !
Le amenaza un cercano cataclismo
Horrendo, atroz, y nadie grita « alerta » !
¿ Dónde estamos ? ¿ Qué es esto ? Un parasismo
Embarga sus sentidos, y no acierta
A huir del precipicio tremebundo !...
No hay remedio, está visto ; húndese el mundo !!!

Estúpidos los hombres y embobados,
Solo se ocupan ; ceguedad no vista !
En prevenir de Marte los nublados,
Averiguar del *cólera* la pista,
Y contener los pasos redoblados
Con que avanza el partido *socialista*,
Sin curarse los brutos, los camuesos,
De un mal mucho mayor que todos esos.

¿Qué mal, preguntarán, qué mal es este,
Los topos habitantes de la tierra,
Que tantos sustos á los hombres cuate,
Que así la ruina universal encierra?
¿Qué mal habrá mas grande que la peste,
Ni mas terrible que la misma guerra?
¿Será el hambre tal vez? ¡Bárbaro enjambre!
No es el hambre tampoco, no es el hambre.

¿Pues qué será, señor? ¿Qué ha de ser? Nada,
No es nada lo del ojo! friolera!
Los preludios no mas de una tronada
Que volcará la sociedad entera:
La guerra es, pero guerra solapada
Que hace al hombre su linda compañera,
Sobre cual de los dos, *calzon ó enagua*,
Ha de llevar por fin el gato al agua.

Reid, hombres, reid; tomadlo á chanza,
Y, si quereis, reios á mi cuenta;
Echaos á dormir, llena la panza,
Ínterin no descargue la tormenta:
Dormid á pierna suelta, en la confianza
De que no es grave el mal que se presenta;
Dormid, que, sin saber cómo ni cuándo,
Dia vendrá que despertéis hilando.

¡Insensatos! Dormirse con frescura
A tanto daño sin buscar atajo,
Cuando *engallarse* la muger procura
Y trastornar la sociedad de cuajo,

Subvertiendo las leyes de natura
Y colocando lo de arriba abajo !
Pues en verdad os digo que estais frescos
Si amaneceis un dia sin gregüescos !

Decidme, los que estais en las Batuecas,
¿De qué os vale curaros otras llagas,
Si descuidais, grandísimos babcas,
La mayor y mas grande de las plagas?
¡Vosotros con enaguas y con rucacas !
Y *ellas* ¡irá de Dios! ellas con bragas!
A pié vosotros, y *ellas* á caballo!
Gallina el hombre, y la gallina gallo !

¡Jesus qué horror! É inmóviles cual rocas
Habreis de consentir tal vituperio?
Alerta, sú: yo, aquel que de las *cocas*
No há mucho tiempo revelé el misterio;
Yo que por todos velo, de esas locas
Aguar pretendo el suspirado imperio,
Al sol sus *trapos* sin piedad sacando
Y sus pérfidos planes denunciando.

Sí, señor: mientras épicos talentos
Celebran nuestras glorias nacionales
Allá en los campos de Bailen sangrientos
Con el ardor que inspiran.... *seis mil reales*,
Yo tambien, trompa en boca, hombres-jumentos,
Publicaré las tramas infernales
De las hijas de Adan, de esas indinas,
Arrostrando sus iras femeninas.

Muchos exclamareis á voz en grito:
«¿Qué nos podrán hacer esas follonas,
Imbéciles, cabezas de chorlito?
Pulquicidios harán esas bribonas.»
Decid lo que queráis; mas yo repito
Que es tiempo despertéis de vuestras monas:
La muger mas humilde es una fiera
Bajo la piel de tímida cordera.

Ellas dirán quien son, cuando en las frentes
Os pongan, mentecatos, la ceniza,
Amen de otros adornos prominentes
De que ninguno ya se escandaliza;
Empero os engañais como inocentes,
Si con vosotros en horrenda liza
Pensais que han de cerrar; es gente astuta,
Y carece además de fuerza bruta.

Otras armas emplean las malvadas
Para domar los ímpetus viriles;
Armas seguras y mejor templadas
Tienen en sus encantos femeniles:
De Sanson el membrudo las taimadas
Así triunfaron y el sañoso Aquiles;
Al uno á llevar sayas obligaron,
Como un borrego al otro le esquilaron.

Alerta pues; ejemplos á docenas
Presentaria, fieles testimonios
Del poder infernal de esas sirenas
Con cara de ángel y obras de demonios.

¡Cuántos Ulises que huyan sus cadenas
Entre vosotros hay? ¡Pobres bolonios!
Circes, no Ulises, hay á maravilla,
Y temo que se vuelva la tortilla!

Tornad atrás la vista: batallando
Siempre y siempre hallareis, si no estais ciegos,
A esas malditas; siempre conspirando
Por estender los fueros mugeriegos,
Y siempre con el hombre reluchando
Ora á brazo partido, ora con ruegos;
Mas nunca el vencimiento las retrajo,
Ni la vergüenza de quedar debajo.

Hoy vuelven á la carga: mil señales
Sus proyectos diabólicos denuncian;
Y mienten mis narices colosales,
Ó aquesta vez de veras se pronuncian:
Las señas, como digo, son mortales
Y combates muy próximos anuncian,
Cual por el humo anúnciase la hoguera
Y por el silbo la tormenta fiera.

A vengar se preparan tanto ultraje
Y á cimentar su cara independendia,
Aboliendo el antiguo vasallaje
Y negando al varon toda obediencia;
No hay duda alguna; reparad el traje
Que llevan pretestando la decencia;
Reparad sus costumbres, y si miento,
Que entre sus garras me pongais consiento.

Voy á mostraros pues, hombres-rocines,
En qué descubro sus inícuos planes:
Ellas, como vosotros, corbatines
Usan, y camisolas y gabanes;
Ellas, sombreros, botas y botines
Llevan por insultaros, pobres Juanes;
Y para coronar tantos baldones,
Ellas ¡qué horror ! se ponen los calzones!!!

Ellas fuman tambien á la sordina,
Y escriben cual si fueran literatos,
Mientras que algun esposo en la cocina
Se entretiene en fregar ollas y platos;
Y tanto en *ellas* el afan domina
Y el hambre de imitaros, insensatos,
Que, las leyes honestas despreciadas,
Suelen montar algunas á horcejadas.

Por afrentaros mas, si esto era poco,
Y porque mas resalte la mancilla,
Hay muchas que se peinan á la *Fuoco*,
Tan solo por dejarse la patilla:
A tal extremo llega su descoco,
Que, contra fuero, muchas en la orilla
Se acuestan de la cama, sus maridos
Al ricon relegando envilecidos!

Decidme, pues, ahora, yo os conjuro,
Decidme, pues, zoquetes y simplones,
Si esto no pasa de castaño oscuro,
Ó si quiero asustaros con visiones:

De daros otras pruebas no me curo;
Pedidlas, si gustais, á las naciones
En donde se tolera y se consiente
Minar la sociedad públicamente.

Allí cual brujas, que despues de untarse
Con el negro menjurje del puchero,
Llegan en conciliábulo á juntarse
Para besar al diablo en el trasero;
Del mismo modo suelen congregarse
Esas malditas, y del orbe entero
A la faz, sin rebozo ni aprensiones,
Hablan de realizar sus ilusiones.

Grave es el mal, gravísimo á fé mia,
Y mucho temo, si seguís dormidos,
Que logren alcanzar con su osadía
Derechos hasta aquí desconocidos.
¿Qué será de ellas mismas aquel dia
En que los vuestros encontreis torcidos?
¿Qué será de vosotros?... Pero callo...
No lo diré, que peor es meneallo.

Alerta, sùs! Volemos al combate,
Que siendo con mugeres no me aterra,
Al paso que hallo ser un disparate
Lidiar unos contra otros en la tierra:
Arriba! preparad el acicate;
Y pues que esas endinas quieren guerra,
Sin temer sus agujas y alfileres,
Guerra, guerra sin fin á las mugeres.

Á UN AMIGO

QUE SALIÓ EN DEFENSA DE LAS MUGERES,
IMPUGNANDO LA ANTERIOR COMPOSICION TITULADA:

«Á ELLOS.»

A las plumas del cuervo tan oscuras
Blancas las alabó, tersas y puras
La zorra aduladora.
Ay de mí! cuántas zorras hay ahora!

(ANÓNIMO.)

En vano, Pepe, y hasta en hora mala
De punta en blanco, á fuer de caballero,
Y de austera virtud haciendo gala,

Paladin á la vez y misionero,
Al sexo *engañador* hoy te propones
Sostener contra el otro *verdadero*.

Haces, Pepe, muy mal, porque te expones,
Por causa tan perversa entrando en liza,
Al ódio y al rencor de los varones.

Y si no fuera mas que á su ojeriza!
Pero te expones, en verdad lo digo,
A llevar de seguro una paliza.

Quien, como tú, se pasa al enemigo
Con armas y bagajes, los rigores
Debe sufrir de un ejemplar castigo.

El que se aplica á simples desertores
Es poco para tí, pues tú mereces
La pena que se inflige á los traidores.

No porque en nuestros dias cien mil veces
Hayamos visto tráfugas medrados,
Y en lugar de cordel para sus nueces

Hallen empleos, cruces y entorchados,
No por eso menor es tu delito,
Ni viven siempre impunes los malvados.

Tiembla pues; y no creas que concito
Al vulgo contra tí; de nadie, Pepe,
Para dar una zurra necesito;

Y aunque tú sepas mas que el mismo Lepe,
No escaparás, amigo, te lo juro,
Sin llevar de mi mano un buen julepe.

En vano te oigo ya, viendo el apuro,
Rogar que te perdonen el pecado....
No hay perdon para tí, vate perjuro.

Bien empleado te está, muy bien empleado;
¿Quién te metió en camisa de once varas?
¿Quién te nombró de pobres abogado?

Ya que mis flacas fuerzas no apoyaras
Viéndome en lid con *todas*, amigote,
Correr la bola á su placer dejaras;

Pero dijiste para tu capote:
«Aquí les falta un gallo á las gallinas,»
Y parodiaste, Pepe, á D. Quijote.

Si con tan malas artes imaginas
Engañar al que llaman sexo hermoso,
Mucho desbarras, mucho desatinas.

Lo que consigues es hacer el oso;
Y mas lo harás, hipócrita, embustero,
Cuando el disfraz te arranque mentiroso,

Patente haciendo á todo el gallinero
Que abrigas criminales intenciones
Bajo capa de humano y justiciero.

Tú á las solteras, Pepe, das lecciones
Para que vivan siempre en celibato....
¡Pobres de ellas, si acojen tus sermones!

Lo que pretendes tú, pícaro gato,
Es tener con diabólicos manejos
Abundante manjar, bueno y barato.

Ya somos por acá perros muy viejos,
Y ya te conocemos lo bastante,
Y el busilis también de tus consejos.

¿Piensas que no me acuerdo, gran tunante,
Del horror que tenias al invierno
Solo por miedo al frío penetrante?

No há mucho que exclamas «¡Dios eterno!
Antes que verme con las piernas frías,
Prefiero un tizonazo en el infierno!»

Esto, Pepe traidor, esto decias,
Y ahora que te veo pronunciado
Ya comprendo el calor que preferias.

La incógnita por fin se ha despejado
Cuando en campeón ¡oh rancio anacronismo!
De las hijas de Adán te has declarado.

Declamas contra el férreo despotismo
Que por nuestro baldón pesa sobre *ellas*,
Y te olvidas del peso de tí mismo!

Pones también el grito en las estrellas,
La educación escasa lamentando
Y la crasa ignorancia de las bellas.

¡Ay Pepe, Pepe! tú el violon tocando
Debes estar; sinó, ¿cómo podía
Tu ingenio proseguir disparatando?

Si *ellas* supiesen mas, ¿quién las sufria?
Si *ellas* supiesen mas, como tú quieres,
El imperio del hombre concluia!

Si hoy, con saber tan poco, las mugeres
Nos estrechan así, ¿sabiendo tanto,
Podríamos con ellas? ¡Qué simple eres!

Si son capaces de engañar á un santo
Así como las ves, mas instruidas
Al mismo Lucifer dieran espanto.

¡Cuán poco, Pepe adulator, te cuidas
De nuestro porvenir! Tan solo tratas
De tenerlas, oh truan, agradecidas.

En amargos lamentos te desatas
Al ver afeminados los varones,
Cuyas figuras con verdad retratas.

No te faltan para ello mil razones;
Monos parecen ya mas que otra cosa,
Indignos de vestirse pantalones.

Empero no es bastante poderosa
Esta causa, lo digo aunque revientes,
Para tu desercion escandalosa;

Ni disculpa tampoco las dementes
Pretensiones del sexo que apadrinas
Contra nuestros derechos existentes.

Nada me importa, Pepe, que divinas
Supongas las mugeres; yo repito
Que son unas grandísimas indinas.

Ni pienses, bribonazo, que me irrito
Por todas las plegarias lisonjeras
Que dirijes, ansiando verme frito.

Lo que siento en el alma muy deveras
Es verte cometer yerros fatales,
Abandonando, infame, tus banderas
Y lidiando, traidor, contra leales.

ESPEDIENTE CONTRA EL CÓLERA.

ROMANCE.

Albricias, hermosas mias,
Albricias, que ya he encontrado
A costa de observaciones,
Experimentos y cálculos,
Á costa de mil insomnios
Y de pasar malos ratos,
Lo que Rasis y Galenos
Buscaran y siempre en vano.
Ya encontré, pues, el antídoto
Del *cólera-morbo-asiático*,
De esa diabólica plaga,
De ese maldito espantajo
Que tanto miedo os infunde
Y os causa tal quebranto.
Esos doctores insignes,

Esos hijos de Esculapio
Con todos sus aforismos,
Sangrías, friegas y cáusticos,
Con su alópata sistema,
Con su método homeopático,
¿Qué han hecho, qué por vosotras?
¿Qué han conseguido? Canario!....
Quizá apresurar la pérdida
De vuestras gracias y encantos.
Yo que ansiando seros útil,
No sosiego ni descanso,
Ni como, bebo, ni duermo
Desde el año *treinta y cuatro*;
Yo he observado esa epidemia,
Yo la he seguido los pasos
Desde Nueva Orleans á Méjico,
Desde el Tibet hasta el Cáucaso,
Desde el Vistula hasta el Sena,
Del mar negro hasta el Adriático.
Y he descubierto el secreto
Para atajar sus estragos;
Secreto con el cual solo,
Esceptuando algunos casos,
Me atrevo á salvar la cuarta
Parte del género humano.
¿Y en quienes, pregunto, en quienes
Puede mi amor acendrado
Emplear el preservativo
Que hace tamaños milagros?
Los hombres.... los abandono;
Fastídanme los muchachos;
Las niñas.... hay peste de ellas;
Las viejas.... váyanse al diablo

Con su charla y sus consejos,
Con su histérico y sus flatos.
Solo quedais, pues, vosotras,
Entre las hembras y machos,
Vosotras, hermosas mias,
Las de quince á cuarenta años.
Vosotras mi preferencia
Mereceis y mis cuidados
En medio el comun peligro,
En medio el comun quebranto.
No es mi específico nuevo,
Porque, francamente hablando,
Nada hay nuevo en este mundo,
Nihil novum, que dijo el sabio.
Ya hubo *cólera* en lo antiguo,
Y por salvar del contagio
A cincuenta hermosas jóvenes
Luz de la Grecia y ornato,
Acometió el buen Alcides,
Que era sin duda filántropo,
El mayor y mas difícil
De sus nocturnos trabajos.
Hércules hay todavia
Como en los tiempos de antaño
Que os pueden salvar, hermosas,
De ese monstruo despiadado,
De ese incansable judío,
A quien los griegos llamaron
En vez de *cólera-morbo*,
El *javali de Erimanto*.
No desecheis mis consejos,
Hermosas, si preservaros
Quereis del terrible influjo

De ese azote de los diablos.
El remedio mas sencillo
Y mas eficaz de cuantos
Han descubierto los hombres,
Es embarazarle el paso;
Con que así, queridas mias,
Así.... oponedle embarazos.
Y zurra, y dale; y caiga la que caiga,
Nada; adelante.... guerra á ese tirano:
Guerra y mas guerra; y que si viéne os halle
A Dios rogando, y con el mazo dando.

(1849)

JUAN CALLEJO. (1)

Ya que sobre la cruz de un campanario
Puso mi amigo y compañero Alejo
Al viajero inmortal y extraordinario,
Al poderoso *Indiano de Bendejo*;
Por no ser menos, aunque temerario
Parezca, yo tambien á *Juan Callejo*
Pondré en las astas de una res vacuna,
Sino puedo en los cuernos de la luna.

Algun lector dirá medio mohino:
«¡ Vaya un héroe que escoje este maldito
En parangon de un conde *Palatino*,
De un conde tan *corrido* y *erudito*!»

(1) Nuestro héroe es uno de esos personajes grotescos que suele haber en todas las grandes poblaciones y que llegan á adquirir cierta celebridad entre sus conciudadanos. El que es objeto de este panegírico, fué un pobre diablo que en clase de tambor fué al Norte de Europa con la division del Marqués de la Romana. Retirado del servicio militar, se dedicó á tamborilero, en cuya profesion llegó á hacerse famoso por la infernal desentonacion que siempre se observaba en sus inolvidables tocatas. Y hé aquí el titulo en que se funda toda su gloria.

Ni faltará quien diga: «es desatino
Cantar á un hombre que no vale un pito»...
Espérate, lector; precisamente
En el pito es mi *Juan* sobresaliente.

Si, señor, en el pito; gentes mil
Se le han visto tocar en Santander
Al compás de su ronco tamboril
Que no templara el mismo Lucifer:
Perdone el clarinete, y añafil,
Y perdonen Rossini y Mayeerber,
Que en instrumento y génio musical
Brillará *Juan Callejo* sin rival.

Su pito vence al cuerno de un serrano
En suavidad y melodioso acento,
Y al tocarle con una sola mano
Prueba la sencillez del instrumento;
Es *Callejo* un artista viejo y cano,
Pero en la ejecucion es un portento:
Sobre todo el *Fandango*, y no es bravata,
Le toca por debajo de la pata.

Y cosas mas difíciles aquí
Con gran facilidad tocaba yá,
Como el himno de *Vargas*, como el *Chuí*
Que fué á la carcel, donde preso está:
Todo el mundo le oyó, cual yo le oí,
La *Mulata*, el *Barrié* y el *Mutilá*,
Y tocar con muchísimo salero
Cierta mazourka y el *Tarintantero*. (2)

(2) Todos estos aires ó tocatas señalados con letra cursiva, fueron muy populares en Santander; y nuestro héroe, que en vez de oído, tenía una soberbia oreja, las repetía en su maldito instrumento completamente desfiguradas.

En todas las funciones populares
Nuestro buen *Juan Callejo* el alma era,
No celebró sus santos tutelares
Sin su pito la gente marinera;
No hubo tampoco fiesta en los lugares
De Cueto y Monte donde no estuviera,
Ni corrida de vacas, ni verbena
Que sin su pito pareciese buena.

No se quemó barrica ni pellejo
En noche de funcion, sin que tocára
Su tamboril y pito *Juan Callejo*,
Calado su *chapeau* de media vara:
De las tales hogueras al reflejo
Véanse danzar ¡ oh vision rara !
Como dos bellas ninfas de Castalia.
Manuela del Canton y *la Sandalia*. (3)

Mas ¡ oh antifilarmónica mania !
¡ Oh bárbaro placer de los mortales !
Cuando *Juan* mas seguro se creía
Un *granuja* le daba cuatro cales,
Y el *chapeau* de tres pisos le metía
Hasta cubrir los órganos nasales, (4)
Sin respetar su ciencia ni sus canas,
Como si fuera un *quidam* ó un *Juan Lanas*.

Siempre ingrata ó crüel toda nacion
Fué con sus hijos ínclitos; Atenas
Con Sócrates lo fué; con Escipion

(3) Dos hermosas deidades, ó barricas ambulantes, tan célebres en Santander por su vida desarreglada, y sobre todo por su asqueroso cinismo, como CALLEJO por su admirable talento para la música.

(4) Desde entonces dejó nuestro hombre de llevar sombrero.

Lo fué Roma y con mas de dos docenas;
Ingrata fué la España con Colon,
A quien hizo gemir entre cadenas;
Y sin buscar ejemplo tan añejo,
Esta ciudad lo fué con *Juan Callejo*.

Solo se premia el mérito extranjero,
Y cuando hay escepcion, es cosa cierta,
Lo hacemos porque salga verdadero
El antiguo refran de « A burra muerta »....
Hoy el pan nuestro buen tamborilero
Tiene que mendigar de puerta en puerta,
Cuando tambien desempeñó su oficio,
Y despues de veinte años de servicio.

Es, en verdad, sarcasmo sin igual
Que mientras *Juan* carece de sustento,
Se busque su retrato, pésia tal,
Como un mueble de adorno y lucimiento:
Buscar la cópia, y al original
Dejarle abandonado, es mucho cuento;
Es cosa de morirse uno de pasmo,
Y yo vuelvo á decir que es un sarcasmo.

Y aquí repito y pruebo que es muy cierto
El refran de la burra; al gran Cervantes
Estatua se le alzó despues de muerto,
Y de hambre se murió dos siglos antes.
Y daré la razon, á ver si acierto,
Porque los sábios mueren mendicantes:
Dios el dinero, perdonadme, oh ricos,
Como es paja, se lo echa á los borricos. (5)

(5) Dios nos libre de sentar esta opinion como absoluta. Afortunadamente pudieran desmentirnos muchas y honrosas escepciones.

Ingrata Santander, vuelve por tí;
Vuelve, ciudad injusta, por tu honor,
No permitiendo que perezca así
En la mendicidad tu hijo mejor;
Dale siquiera pan y chacolí,
Cómprale un nuevo pito y un tambor
Para que á la *Sandalia* y *Manuelita*
Tarrantamplan, tarrantamplan repita.

Verdad es que por falta de los dientes,
La burra á nuestro *Juan* se le escapaba
Mas de una vez, ó, en términos corrientes,
Que daba pifias y desentonaba;
Mas convienen autores diferentes,
Y lo confirman *Carnicer* y *Eslaba*,
En que á su pito célebre no llega
Ni gaita zamorana ni gallega.

Á LA MUERTE DE JUAN CALLEJO.

ENDECHAS.

Aquí yacen de Carlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor, quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

(FR. LUIS DE LEÓN.)

Descansa en paz, descansa,
Alma pura y tranquila,
Descansa yá, *Callejo*,
Sin temer las borrascas de la vida.

Larga fué tu jornada,
Largas fueron tus cintas;
Mas ya llegaste adonde
Terminaron del viaje las fatigas.

Moriste ¡ ay infelice !
Como vivir solías,
Pobre, desamparado
En una hedionda y mísera pocilga !

Todos te abandonaron
En la ocasion mas crítica,
A no ser tu patrona
Y tu compadre el bueno de *Torcida* (1)

Así premian los hombres
La virtud sin mancilla;
Del mérito y del génio
Este es el galardón en nuestros días.

¡Ay de aquel á quien cabe
Fortuna adversa y mísera
En este positivo
Siglo que nos tocara por desdicha !

Múerese un rico, y todos
Lloran ó se contristan;
Mas si un pobre se muere,
Ni una lágrima sola compasiva.

Al primero le entierran
Con funeral y misas,
Cuando al otro cuitado
Ni siquiera le cantan la vïjilia.

(1) Personaje de bastante nombradía en Santander, principalmente desde que se estableció en un portal y se dedicó á servir al público escribiendo CARTAS Y MEMORIALES.

Al uno le acompañan
Hasta la tumba fría,
Al otro le conducen
Solo cuatro *barruntas* (2) estantiguas.

Y esos cuatro sayones,
Esos hermafróditas (3)
Tus cuerpos profanaron
Dejándole caer; ¡ tal fué su chispa ! (4)

Pobre *Juan* ! Pobre amigo !
De la mansión empírea
Ves mi dolor acerbo
Y el llanto que humedece mis mejillas !

Ves que no soy ingrato,
Y que mi tosca lira
No olvida ni en la tumba
Al héroe que cantó mientras vivía.

Recibe cariñoso
Mi última despedida,
Mis lágrimas amargas
Y este recuerdo de mi musa indigna.

(2) Nombre que dá el pueblo á los conductores de los cadáveres.

(3) Eso al menos parecen por su traje, compuesto de un pingajo de lienzo blanco remendando toscamente el cuello de una señora, y una especie de leviton que les arrastra, el cual llevan ceñido al cuerpo con una correa.

(4) Histórico. Iban tan beodos los tales BARRUNTAS al conducir el cadáver de CALLEJO á su última morada, que le dejaron caer en el camino.

Á UNA RUBIA

(LA CÉLEBRE SANDALIA O....)

Niña del blondo cabello,
La de mórbida cintura,
La de tez cándida y pura,
La de alabastrino cuello,
La de enana dentadura;

La de los ojos de cielo,
La del rosado color,
La que causas mi desvelo,
La que eres acá en el suelo
La gloria y prez del amor;

La hermosa entre las hermosas,
La reina entre las discretas,
La emperatriz de las rosas

Que inspiras á los poetas
Sus cántigas amorosas;

La que mi ardiente pasion
Y febril exaltacion,
Desde que te ví, causaste;
La que tirana robaste
La paz á mi corazon;

Vuelve á mi pecho la calma
Que al verte rápido huyera,
Niña de faz hechicera,
La de cintura de palma,
La de blonda cabellera.

Vuélveme, SANDALIA hermosa,
La dicha y felicidad
Que de mi huyó presurosa
Al ver tu cara de rosa,
Al ver tu rara beldad,

Que yo, remontando el vuelo,
Cantaré tu amor divino,
Flor del cantábrico suelo,
La de los ojos de cielo
La del cuello alabastrino.

CONTRA LOS ALBUMS Y LAS COCAS.

Dos cosas, entre otras muchas,
Acaban con mi paciencia,
Que son vuestro *album*, mugeres,
Y vuestras *cocas* tremendas,

Unas direis que es capricho;
Mas concedido que sea,
Cada cual sus aprensiones
Tiene, y tambien sus rarezas.

Otras argüireis que es moda,
Y que siendo moda, es fuerza
Respetarla; la respeto...
Pero me *carga* de veras.

Y no faltará quien diga
Tampoco en tono de fiesta;
«¡Cosas de *Campo-redondo*!
Cosas tuyas! qué cabeza!»

Poco á poco, que mis cosas
No son, pardiez, tan excentricas,
Y estoy dispuesto á probároslo
Con razones que convenzan.

Suspended el veredicto
Hasta que oigais mi defensa,
Y entonces, si esta no es justa,
Lanzadme vuestro anatema.

Principiando por los *albums*,
No estrañeis los aborrezca,
Cuando son la mayor plaga
Que Dios envió á los poetas.

No les faltaba á los pobres,
Para alivio de sus penas,
Y para darse á los diablos,
Mas que este dolor de muelas.

Y es lo peor que la tal moda
Crece como mala yerba,
Y cunde por todas partes
Mucho mas que una epidemia.

Todas la rendís tributo,
Altas, bajas, niñas, viejas,
Solteras, viudas, casadas,
Hermosas al par que feas.

¿Y quiénes son los *paganos*
De tan maldita gabela?
Los vates, contra los cuales
Girais siempre vuestras letras,

«Hágame V. Don Fulano,
Soleis decir por tercera
Persona, porque á vosotras
Decirlo os causa vergüenza,

«Hágame V. el obsequio,
El gusto, el favor *et cætera*,
De honrar mi modesto *album*
Con su musa picaresca.

«Me gustan tanto sus cosas
Y tiene unas ocurrencias....
Vaya, es preciso que escriba
Aunque sea una cuarteta.»

Y no hay remedio ni escape,
Es preciso complacerlas,
Só pena de ser el blanco
De sus viperinas lenguas.

Malditas! si en mi estuviese,
En vez de odas ó cuartetos,
De buen grado os enviaría
Unas cuartanas bien ricias.

¿Qué dais vosotras en cambio,
Descorazonadas hembras?
Sofiones y.... aquellas otras
Que se comen en cuaresma.

Si al menos les concedieseis
El derecho aquel, *oh tempora!*
Oh mores! del feudalismo!
¡Oh feudos de la edad-media!

Si al menos, ya que otra cosa
No dieseis en recompensa,
Con quien canta vuestras gracias
Fueseis amables y atentas!

Pero nada de eso, nada;
Vosotras *tieras* que *tieras*,
Y el pobre vate entretanto
Que ensalce vuestra belleza!

Oh míseros tiempos estos!
Oh calamitosa época!
Pásmate, crinado Apolo!
Ruborizáos, Pimpléas!

¿Qué la divina poesía
Y qué son hoy los poétas?
¿Qué son ya los blancos cisnes
Que tanto amó Citeréa?

Son ¡ ay! miserables patos
Que todo el mundo desprecia.
Despues que prestan su *pluma*
Para adornar á las bellas.

Son unos muebles de lujo
Como otro mueble cualquiera,
Pebeteros de las damas
Que gustan mientras inciensan;

Pero, disipado el humo
Que su orgullo lisonjéa,
Ni recuerdo, ni memoria
Jamás de ellos se conserva.

No estrañeis, pues, que yo exclame,
Caprichosas hijas de Eva:
«Malditos sean los *albums*,
Malditos los *albums* sean!»

¿Y qué diré de las *cocas*,
De esas *cocas* estupendas,
Tan vacías, tan infladas,
Que llevais en la cabeza?

¿No la teniais acaso
De viento bastante llena,
Que pretendéis todavía
Parecer vanas y huecas?

¿No erais bastante mudables?
¿No erais bastante veletas,
Sin necesidad de jarcia
Para dar jiros y vueltas?

Si al fin esa moda infame,
Lejos de seros molesta
Y de parecer horrible,
Cómoda y graciosa fuera!

Pero todo lo contrario;
Para ser mala y perversa
Ninguna cosa le falta;
Porque todas las encierra.

Ella arruina sin sentirlo
Vuestras hermosas madejas
Y os trasforma en *calvinistas*,
Aunque no seais de Ginebra.

Ella os dá muy malos ratos,
Y os ocupa con las trenzas
Dos horas para formarlas,
Y dos para deshacerlas.

Por ella, aunque tengais sueño.
No podeis dormir la siesta,
A no ser apuntaladas
Como figuras de cera.

Ella, en fin, á la salida
Ó entrada de alguna puerta
Os hace andar de costado,
Si ha de colar la cabeza.

Empero no son las cocas
En sí, á pesar de lo féas,
Lo que á mi mas me fastidia,
Ni lo que mas me rebienta.

Lo que tolerar no puedo
Y me horripila y aterra
Es su maldita figura,
Es su diabólico emblema.

Y eso que no soy casado,
Dios mió! que si lo fuera,
No hay mas, cantado me habrían
El *gori gori* á estas fechas.

Que las llevais se me antoja
Como por burla y por befa,
Como diciendo á los hombres
De una manera indirecta:

«Miraos en este espejo,
Y llevadlo con paciencia,
Oh pacientísimos Juanes,
Oh pacientísimos bestias.»

Y ahora caigo en una cosa:
Que este símbolo concuerda
Con lo que dicen algunas
De vosotras, malas pécoras.

Algunas, al desposarse,
Dentro de la misma iglesia,
En presencia de los Santos
Y de Dios que las observa;

Cuando el cura les pregunta,
Aludiendo á su pareja,
¿Le recibís por marido?
Yo le *haré chivo*, contestan.

¿Y quereis que no me asuste
Y no dé el grito de alerta,
Al veros hacer alarde
De tan cornífera enseña?

Alerta! Y quede sentado,
Como axioma para *in sæcula*,
Que aquellas que gastais *cocas*
Sois todas unas *coquetas*.

Ved ahora si hay razones
Para que odio mortal tenga,
Mugeres, á vuestros *albums*
Y á vuestras *cocas* tremendas.

Mas si algunas de vosotras
No se dá por satisfecha,
Y no me absuelve de culpa,
Y mucho menos de pena;

La reparacion indique
Sin empacho ni vergüenza,
Que yo rendido á sus plantas
Daré la que le convenga.

LAMENTOS DE UNA VIEJA.

Era una noche del *tostado* Enero
En que, huyendo al calor que me abrasaba,
Y por gozar del fresco de la brisa
A un *florido* jardín que cerca estaba,
Sin ponerme zapatos ni sombrero,
Saltando de la cama fui en camisa.
Perdóname, Florisa,
Pues la culpa no es mía,
Que en estacion tan fría,
De amor achicharrado en el hornillo,
Con traje tan ligero y tan sencillo
Saliese como un gato á la inclemencia,
Mientras, hecha un ovillo,
Te hallabas tú entre mantas de Palencia.

Iba pues, como siempre, en tí pensando
Entusiasmado, embebecido, absorto

Por el fresco verjel, sin mas vestido
Que el negligé nocturno faldi-corto,
Alias camisa en castellano, cuando
Mis tímpanos hirió triste gemido.
Entonces el oido
Apliqué mas atento
Hácia un bajo aposento
De donde, al parecer, la voz salía;
Sentéme al pié de una violeta umbría
Que entre todas las plantas descollaba,
Y escuché cual decía
Una muger que así se lamentaba:

«¡Triste de mí! que en solitario lecho
Suspiro, como viuda tortolilla
Que allá en el fondo de su yerto nido
Dia y noche sin fin la pobrecilla,
Ayes lanzando del amante pecho,
La ausencia llora de su bien querido!
Vano mi llanto ha sido;
Tórtola solitaria,
Mi amorosa plegaria
Jamás fué oída de la cipria diosa
Siempre conmigo esquiva y desdenosa!
Jamás propicia se mostró á mi queja
La deidad caprichosa!....
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«Dichosas las que en brazos de sus dueños
Se duermen ¡ ay ! al olmo remedando
Y la vid en amante compañía!
Felices las que esperan, alternando

Entre caricias y dorados sueños,
Renovar sus placeres otro día !
Crece la pena mía
Y mengua la esperanza
De disfrutar bonanza
En el revuelto mar de mi deseo;
El fuego celestial de Prometeo
En mí se apaga, sola, sin pareja....
¡Oh malogrado empleo !
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«Otras, á competencia, mil amantes
Ven á sus piés, y encuentran ¡ay! poetas
Que cantan su beldad idolatrada;
Y mientras que volubles y coquetas
Cámbian de inclinacion como de guantes,
Yo me pudro, de todos olvidada.
Ni una sola mirada
Para mí cariñosa !
Ni una flor mentirosa,
Pues, aun siendo mentira, es agradable !
Con ser tan derretida y tan afable,
Hasta el *pollo* mas ruin de mí se aleja....
¡Oh suerte miserable !
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«Dó quier vuelvo los ojos anhelante,
A mi pasion buscando algun consuelo,
Un nuevo torcedor allí me espera,
Pues mientras el vendado rapazuelo
Huye de mí, burlándome constante,
Escenas del amor hallo dó quiera:

Mátame la dentera
Que su vista provoca,
Y agua toda mi boca
Hácese al contemplar escenas tales!
Cuando felices son tantos mortales,
Muda y terrible soledad me aqueja
En noches tan glaciales!
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«No hay placer sin amor, no hay ser viviente
Que sus cadenas deliciosas huya,
Antes gustoso en ellas se aprisiona:
El bruto mas feroz busca su cuya;
Corre en pús de la vaca el toro ardiente,
Llama ruiendo el leon á la leona;
Busca el mono á la mona,
A la yegua el caballo,
A la gallina el gallo,
Y tras la loba corre el lobo fiero;
Y siendo todo así, no hay un carnero
Para esta pobre y olvidada oveja!....
Desesperada muero!
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«Maldito amor! Presente á mi deséo
Hállase con sus dulces fruiciones
A todas horas, por mayor tormento!
Solo véo en la tierra conjunciones,
Conjunciones tan solo cuando leo;
Y si por divertir el pensamiento,
Dirijo al firmamento
Los ojos vacilantes,

En los astros brillantes
Conjunciones tambien hallo, cuitada.
La imagen de la dicha idolatrada
Me sigue á todas partes, y me deja
Mas y mas contristada !....,
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!

«Feliz, feliz mil veces la que tiene
Quien caliente sus piés en blando lecho,
Y no se encuentra, como yo, afligida
Tiritando de frio y de despecho
Al ver ¡ suerte fatal! que nadie viene
Con su calor á darme nueva vida!
Nadie, nadie se cuida
De mis males ¡ ay triste!
Nadie al reclamo asiste
De mi voz sofocada por el llanto!
Mas ¿ quién há de acercarse sin espanto
A un conjunto de huesos y pelleja?
!Mortal es mi quebranto!
¡Ay infeliz de la que nace..... vieja!!!»

Aqui dió fin á sus lamentaciones
La arrugada, castísima doncella,
Flor cuyo aroma se perdió en el tiesto,
Por desoir el mundo su querella,
Que es caprichoso el mundo y muy bribones
Los hombres que le habitan, por supuesto.
Meditando sobre esto
Estaba embebecido
Y lo mal repartido
Que todo se halla, cuando por oriente

Ví asomarse la aurora refulgente;
Y algo templada mi ardorosa llama
Con el nocturno ambiente,
Paso ante paso me volví á la cama.

CONTRA LA PLAGA DE POETASTROS,

QUE, ADEMAS DEL CÓLERA, SE HA SERVIDO ENVIARNOS EL SEÑOR,

PARA PROBAR NUESTRA PACIENCIA.

ODA.

Musas, que por las verdes arboledas
Y los floridos valles
Vagais de la pética Montaña,
No vengais, no, de Santander al puerto,
Antes huid veloces
Sino quereis morir de un par de coces.

Y vosotras del mar, lagos y rios
Almas divinidades,
Rúbias ondinas, sílfides, nereidas,
Si á los palacios de cristal en donde
Morais, confuso y lento
El eco llega de mi rudo acento;

Bajo el movable techo de las aguas
En las grutas mas ondas
De un chapuz al momento zambullios:
Cuidad tambien de no saltar á tierra
Si temeis, por ventura,
A la gente de casco y herradura.

Aqui hay jumentos ¿lo entendeis? jumentos
Estupendos, atroces,
Jumentos como nunca se *pensaron*,
Que *cargan* asnalmente y se distinguen
De los borricos mudos
Por lo muy zanquilargos y orejudos.

Atrás, atrás, que á rebuznar se aprestan;
Y lo hacen con tal brío,
Que á quien los oye súbito ensordecen;
Atrás, repito, que tambien levantan
Las patas formidables,
Y sus patadas ; ay ! son incurables.

Sus rebuznos, del eco repetidos,
Al trueno restallante
En fragor y rimbombe sobrepujan;
Si los oís, oh Piérides sagradas,
Y no moris de susto,
Perdido habeis el tímpano y el gusto.

¿Para cuándo sus flechas vengadoras
Guarda el crinado Apolo,
Y sus tremendos rayos el Tonante,
Que tal raza de vates no exterminan ?
¡Nadie del cielo viene
A defender las hijas de Hipocrene ?

Huid queridas Musas presurosas,
Huid de las terribles
Coces de tan impíos poetastros,
Que mudos y paciendo estar debieran,
Pero en estos fatales
Tiempos hablan tambien los animales.

Huid, oh sácras vírgenes, y el paso
No detengais veloce
Hasta pisar la cumbre del Olimpo;
Mirad que son capaces esos monstruos
En su torpe licencia
De ofenderos con bárbara violencia.

Huid tambien vosotras, oh deidades
Que las diafanas ondas
Habitais de las linfas cristalinas;
Huid hasta que libres de esa plaga
Pestífera quedemos
Y el cántico de gracias entonemos.

AMOR PLATÓNICO.

SONETO.

Mas quiero de tí, oh Paca jorobada,
Un pernil de jamon ó de cecina,
Que un beso de la esbelta Florentina,
Si ha de estar mi barriga excomulgada;

Mas quiero merendar una empanada,
Un pichon ó perdiz en tu cocina,
Que la pava pelar con Serafina,
Aunque está de mil gracias adornada.

Tu abundante despensa dame abierta
Y serás mi odalisca y mi sultana;
Que en casa de bucólica desierta,
Aunque Vénus la habite soberana,
Entra rabiosa el hambre por la puerta
Y se arroja el amor por la ventana.

(1842.)

Á LA MUERTE DE MILORD.

SONETO.

Yace en las frias ondas de Neptuno,
Nadando cual podrida calabaza,
El infeliz *Milord*, perro de caza
De gran talento, y majo cual ninguno.

Jamás reconoció rival alguno
Para comer de sopas una taza
Y un pan de municion; era su raza
La mejor del ejército perruno.

Murió bajo el estado escepcional
Que le pusieron pérfidos doctores....
Malogrado *Milord* ! pobre animal !

Murió sin dar al mundo sucesores....
Llorad, perras doncellas, caso tal,
Llorad vosotros todos, cazadores.

POESÍAS VARIAS.

Á INGLATERRA.

Allá sobre rocas del mar se levanta,
Mecida del Bóreas, en yerta region,
La vieja pigméa, la nueva giganta,
La Roma moderna, la antigua Albion.

Sus pardas riberas Océano baña
Y azota sobérbio con ronco fragor;
Oscura neblina su atmósfera empaña
Y veda los rayos del sol creador.

Su tierra es maldita, son hielo sus flores,
La noche su dia, su luz la del gás;
Y, en vez del acento de alados cantores,
Allí del martillo se escucha el compás.

Ni gratas esencias, ni aromas fragantes
Allí se respiran, ni hay otra estacion
Que frígido invierno sin dias brillantes,
Sin otros perfumes que olor de carbon.

Los dones preciosos nególe natura
Que en otras naciones sembró liberal;
Nególe riquezas, nególe hermosura....
¿Qué encierra su suelo que agrade al mortal ?

Ostente en buenhora sus vastos talleres,
Sus puertos, sus naves, su gas, su vapor....
¿Qué miran los ojos que brinde placeres
Y alivie del alma el acerbo dolor ?

¿Qué miran que al punto no encuentre el humano
Sus frágiles obras, su mísero afán,
Y el justo castigo que Dios soberano
Impuso á la raza proscrita de Adán ?

¿A quién allí halaga la dicha risueña ?
¿Qué allí significa la voz *libertad* ?
Con ella el britano solícito sueña,
Y esclavo le encuentra la triste verdad.

¿Qué importa que sea del mar la señora,
Y extraños países domine Albion,
Si negra miseria sus hijos devora,
Si oprime sus pechos la torpe ambicion ?

¿Qué importa que al uno y al otro hemisferio
Se extienda, y del Norte al opuesto confín ?
Vapor es su fuerza, y el *agua* su imperio....
De Albion la grandeza mentira es al fin.

Gózate, Albion, en buenhora
De tu mentida grandeza;
Gózate, altiva Señora,
De tu brillante pobreza
Y dicha fascinadora.

Gózate mientras tu sino
Te lo permite; mas cuenta
Que está tu fin muy vecino
Y cercana la tormenta
Del inconstante destino.

No allá en tus playas sombrías
Te envanezcas altanera
Ni demasiado te engrías;
Mira lo que España era
Y lo que es en estos días.

Ni tanto la erguida frente
Levantes hoy, Gran-Sultana,
Apoyada en el tridente,
Porque tu serás mañana
Esclava del continente.

Tú ¡ infeliz ! á las naciones
Tu flaqueza has revelado
Con tus necias pretensiones,
Con tu afan desmesurado
De acrecentar posesiones.

Porque tus grillos fatales
Al intentar imponellas,
Hacen ver á los mortales
Lo mucho que valen ellas,
Y lo poco que tu vales.

Dígalo el suelo que Gama
Y sus invictas falanges
Ilustraron con su fama,
Dígalo llorando el Ganges
Hollada la ley de Brama;

Díganlo las celebradas
Chinescas altas almenas
Con tu cañon derribadas,
Y sus gentes ahuyentadas
Al ruido de tus cadenas.

Testigo de tu ambicion
Lusitania puede hablar;
El mundo del gran Colon,
Síría, Malta y Gibraltar
A fé que testigos son.

Testigos son infinitas
Islas del mar Océano
De los planes que meditas,
Y de tu trato inhumano
Y violencias inauditas.

Entre ellas cón honda pena
Gime, de horror poseida
Y enlutada, *Santa-Elena*,
Y bárbara te apellida,
Y tu homicidio condena.

Y por sus playas errante,
De augusta, imperial diadema
Ceñida la sien brillante,
La sombra de héroe gigante
Te lanza fiero anatema.

Y aquesta triste verdad
Te predice desde allí:
«Nacion sin fé ni amistad,
Pues no la hubiste de mí,
Tampoco hallarás piedad.

«Que del mundo la indolencia
Se tornará en cruda saña
Contra tu injusta violencia,
Y es, pese á tí, Gran Bretaña,
Efímera tu existencia.»

Inconstante es, Albion, el elemento
Dó estriba tu potencia decantada,
Tu grandeza;

Y un dia llegará que turbulento
Ensaye en tí su furia represada,
Su braveza.

Y entonces destrozados tus navíos,
Roto el cetro del mar, sin posesiones,
¿Qué en tu suelo

Te queda? Tristes rocas y bajíos.
Y el escarnio de todas las naciones
Por consuelo.

Entonces, pobre Albion, no habrá una mano
Que sostenga tu mísera caída;
Pues advierte

Que esta es la condicion del pecho humano,
Y que debes tener, trás mala vida,
Mala muerte.

¿Qué te valdrán entonces tus blasones,
Tus carriles, tus fábricas, tus puertos,
Dime? ¡ay triste!

Para mostrar, cual rudas inscripciones
Sobre las tumbas frías de los muertos,
Lo que fuites !

Nadie entonces, Señora, cual hoy día,
Por verte arrostrará la saña fiera
De mar brava;

¿Qué digo? Nadie habrá ; crüel profecía !
Que al contemplarte mísera, te quiera
Por esclava.

A tus lúgrubas playas solitarias
Nadie irá que contigo se lamente
De tu cuita;

Que el navegante, sordo á tus plegarias,
Te mirará cual tierra pestilente
Y maldita,

Albion, Albion, en fragil elemento
Se funda tu potencia decantada
Y riqueza,

Y, porque estriba sobre mal cimiento,
A tierra vendrá un día derrumbada
Tu grandeza !

(1842)

Á LA ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

¡Quién habrá que de hoy mas al proceloso
Mar del mundo se entregue
El aura popular acariciando?
Príncipes y monarcas de la tierra,
¡Ay de vos algun dia!
¡Ay quien del pueblo en la constancia fía!

¡Ay de vosotros los que el vano incienso
Del poder aspirando,
Regís con injusticia las naciones!
¡Acaso vuestro cetro abominable
Mas sólido y robusto
Será que el suave y paternal del justo?

Ved del manso JESUS, del inocente
Cordero sin mancha,
Libertador del pueblo esclavizado,
El victorioso triunfo: hoy le recibe
Jerusalén gozosa
Como una madre tierna y cariñosa.

«Bendito sea quien de Dios en nombre
Se digna visitarnos,
De júbilo extasiado el pueblo clama;
Honor y gloria de David al hijo,
¡Hosanna en las alturas
Al Mesías de nuestras Escrituras!»

Así espresa este día su alborozo
La nación israelita,
El triunfo del SEÑOR solemnizando;
Bate sus palmas, y olorosas flores
Arrójale á porfía.....
¿Mas quien del pueblo en la constancia fía?

¡Ay! cuan en breve se verá trocada
La bonanza en tormenta!
¡Ay! cuan en breve, por el pueblo mismo,
Al hombre Dios, al salvador del mundo,
Al celestial cordero
Enclavado vereis en un madero!!!

(1849.)

Á D.^a VICENTA GARCÍA MIRANDA,

CON MOTIVO DE SU COMPOSICIÓN TITULADA:

LA POETISA DE ALDEA.

Si las flores aldeanas
Que arrulla y mece la brisa
Entre malezas tiranas,
Son tan puras y lozanas
Cual tú, dulce poetisa;
Bien hayan, por Dios, las flores
Del campo, bien hayan, bien,
Pues muestran tales primores
En fragancia y en colores;
Bien hayan ellas, amen.
Ya pueden al blando arrullo
Del aura leve y sùtil

Desabrochar su capullo

Y decir con noble orgullo:

«Somos la gala de Abril;

«Y aunque entre espinas crüeles

Nacemos y sin cultura,

De las rosas y claveles

Que ostentan ricos vergeles

No envidiamos la hermosura.

«Jugetes somos del viento

En invierno y en verano,

Mas en nuestro apartamento

No emponzoña nuestro aliento

El hálito cortesano.

«Sufrimos toda inclemencia

En nuestra ruda morada;

Mas ganamos en conciencia,

Que despues de acrisolada

Es mas pura nuestra esencia.»

Todo esto las aldeanas

Flores pueden orgullosas

Decir á las cortesanas,

Si son, como tú, galanas,

Si son, como tú, graciosas.

Así que, hermosa, no llores

Por vivir entre zarzales,

Cuando reina de las flores

En perfumes y colores

Entre todas sobresales.

Prefiere tu soledad

Y pacífica mansion

A la opulenta ciudad,

Donde todo es vanidad

Y mentirosa ilusion.

Sin verde pompa y grandeza,
Muerta está naturaleza
Entre sus pálidos muros,
Y para mayor tristeza
Sus céfiros son impuros.

No cambies, dulce, Vicenta,
Por la ciudad opulenta
Tu solitaria morada,
Dó, si de espinas cercada,
Estás de engaños exenta.

Por el pensil cortesano
Ay! no tu campo abandones;
No rompas, no, las prisiones
De ese campo tan lozano
Que alegras con tus canciones.

En su rico pavimento
Naturaleza te inspira
Cuando dar quieres al viento
El tierno y sonoro acento
De tu melodiosa lira.

Del campo en la verde alfombra
Y de flores coronadas
Están las musas sagradas,
Que gustan de fresca sombra,
De arroyuelos y cascadas.

El campo y la selva umbría
Apolo esmaltó á porfía
De jazmines y violetas,
Y allí es do van los poetas
A beber la poesía.

Su aroma allí respirando
Y estático contemplando
De la creacion las galas,

Desplega el génió sus alas
Y sube al cielo volando.

Cesen, pues, tus quejumbrosos
Acentos, dulce cantora,
Y no envidies los suntuosos
Pensiles tan orgullosos
De la corte engañadora.

HIMNO

EN ACCION DE GRACIAS AL TODO-PODEROSO,
POR EL FELIZ RESTABLECIMIENTO DE NUESTRA ADORADA REINA,
DESPUES DEL CRIMINAL ATENTADO CONTRA SU VIDA.

CORO.

*Himnos mil de alabanza este dia
Entonemos al Dios de Israel,
Himnos mil por la vida preciosa
De la angélica Reina ISABEL.*

Negro monstruo el averno brotára
De ominosa discordia sediento,
Monstruo infando, alevoso, cruento
En la patria del Cid y Guzman.
Blande impío el puñal asesino,
Ante un ángel postrado de hinojos;

Arde fuego siniestro en sus ojos,
En su pecho el furor de Satán.

*Himnos mil de alabanza este dia
Entonemos al Dios de Israel,
Himnos mil por la vida preciosa
De la angélica Reina ISABEL.*

Tal se lanza rasgando el espacio
Por la bóveda azul, de repente,
Sobre mansa paloma inocente
Ráudo sacre, cual flecha veloz:

Tal de un rápido salto á su presa,
Descuidada de vil asechanza,
En la espesa enramada se lanza
El carnívoro tigre feroz.

*Himnos mil de alabanza este dia
Entonemos al Dios de Israel,
Himnos mil por la vida preciosa
De la angélica Reina ISABEL.*

Sin piedad de su patria infelice,
Sin piedad de la régia hermosura,
En un pecho de amor y ternura
Clava el monstruo el horrendo puñal;

Mas el ángel custodio, que vela,
Revolando en su torno aparece,
Y á la tierna ISABELA guarece
Del mortífero golpe infernal.

*Himnos mil de alabanza este dia
Entonemos al Dios de Israel,
Himnos mil por la vida preciosa
De la angélica Reina ISABEL.*

Gloria eterna al SEÑOR, que los votos
De su pueblo escuchára clemente,
Al SEÑOR, cuya diestra potente
Ha embotado el acero traidor;
El de España los males ahuyenta,
De ISABEL protegiendo la vida;
El confunde al atroz regida....
Gloria pues, gloria pues al SEÑOR.

CORO.

*Himnos mil de alabanza este día
Entonemos al Dios de Israel,
Himnos mil por la vida preciosa
De la angélica Reina ISABEL.*

AL SOL.

SAFICO-LEONINOS.

Almo destello de otro Sol mas grande,
Que el orbe inundas con tus rayos de oro,
¡Cuánto te adoro, fecundante númen,
Padre del día!

Lúgubres ecos el silencio turban,
Hórridas sombras con luctuoso velo
Cubren el suelo mientras en los brazos
Duermes de Tétis.

De su primor entonces despojada
Y de su gala espléndida natura,
Todo es tristura y lobreuez, del hondo
Tártaro imágen.

Mas luego tornas á surcar la esfera,
Y del mortal con inefable encanto,
El negro manto de la noche rasgas
Caliginosa.

Al ver tu disco en el rosado oriente
Ledas gorgéan las canoras aves,
Y en trinos suaves sus arpadas lenguas
Himnos modulan.

Grato susurro en la floresta umbría
Levanta el aura matinal; collados,
Valles y prados sobre el verde césped
Brindan aljófár.

Abren su cáliz á tus dulces besos
Las olorosas matizadas flores,
Y sus colores y fragancia ostentan
Enamoradas.

Natura toda de placer sonríe
A tu presencia, oh SOL vivificante,
Cual tierna amante contemplando el rostro
Del ser querido.

Cuando en Abril y el apacible Mayo
Hácia el ocaso la carrera tiendes,
Y ya descienes á dorar las cumbres
De otro hemisferio;

¡Cuán seductora y bella, cuán galana
Muéstrase entonces á su Délio amado,
Porque prendado de su rica pompa
No la abandones !

Aúreos celajes, árboles frondosos,
Céfiros, fuentes, flores y verdura....
¡Cuánta hermosura, cuánto lujo espléndido,
Cuánta delicia !

Tu disco, empero, sin cesar prosigue
En raudo giro la eternal carrera,
Por donde quiera al paso derramando
Dulce consuelo.

Ay ! nunca falten á mis tristes ojos
De tu esplendor los vívidos raudales !
Ellos mis males bárbaros mitigan,
Ellos mis penas.

Con su silencio, protector del crimen,
Ame la noche tétrica el malvado,
Ó el desvelado rondador que logra
Hurto amoroso.

Yo no; que todo mi placer se cifra
En verte, oh padre de la luz querido:
Triste, aflijido, si te ausentas, lanzo
Ayes dolientes.

Fulgido Sol, antorcha de los orbes,
Sacro fanal que el universo admira,
Otro con lira mas templada y dulce
Cante tus glorias.

Tosca, sin estro, sin furor entéo,
Solo ¡ ay ! te ofrece tímida y confusa,
Mi triste musa en tu loor aqueste
Corto tributo.

PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

Gracias por la preferencia
Que dás, hermosa ROSARIO,
A mi desdichada musa
Indigna de honor tamaño.

Tu has querido que yo fuese
El vate privilegiado
Que tiznase con su péñola
La primer hoja de tu *album*.

Favor es que no merezco,
Habiendo mas dulces bardos;
Mas puesto que lo has querido,
Gracias, hermosa ROSARIO.

Magüer de tal preferencia,
Permíteme sin embargo
Quejarme de mi destino
Que es, por cierto, bien tirano.

Sucede que, aunque el primero
Llegue á un rabanal, canario !....
Siempre para mí las hojas !
Para los demás los rábanos,

Por esta y otras razones
Casi estoy desesperado,
No tengo ya humor maldito
Y me voy quedando flaco.

¿Qué te diré pues, hermosa,
Para salir del barranco ?
Que eres muy linda ? Pero esto
Te lo dirán mas de cuatro.

Hablar de amor no me es lícito,
Porque es venenoso mi hálito,
Venenosos mis acentos,
Venenoso mi contacto.

Los *cuentos* son ya millones,
Y así no puedo contarlos,
Porque suenan mal en boca
De quien no *cuenta* un ochavo.

Nada diré de batallas,
Porque soy hombre muy manso;
Ni de ferias, ni de fiestas,
Porque no soy calendario.

Filosofar necesito
Para salir de este paso,
Filosofar me conviene....
Pues vamos filosofando.

Reflejo de nuestros días
Son las páginas de un *album*;
Las blancas son *ilusiones*,
Las escritas *desengaños*.

Es, pues, nuestra vida un libro
Que hoja por hoja pasamos,
Caminando hácia la tumba
Segun las vamos doblando.

En este corto volúmen
Váriamente encuadernado,
Nuestro *pasado* es lo *escrito*
Nuestro *porvenir* lo *blanco*.

Nadie felice se cree,
Porque el corazon humano
Es abismo que no llena
Lo *presente* ni *pasado*.

Hácia el porvenir corremos
Cual desbocado caballo,
Creyéndole siempre rico
De placeres y de encantos.

Mas vánse pasando fólíos,
Y solo nuevos engaños
Recojemos ¡ ay ! que al punto
Con negra tinta grabamos.

A correr tornamos luego
En pós del sueño dorado;
Mas nos sorprende la muerte
En la mitad del estadio.

Nunca pensamos que el libro
Se ha de acabar ¡ insensatos !
Escribimos, y nos falta
Al mejor tiempo lo *blanco*.

Asi que escribir debemos
Con mucho pulso y despacio
De nuestro libro las hojas,
Y siempre filosofando.

Vivamos, pues, precavidos
Para no sufrir un chasco;
Que es muy cierto lo que dije
Antes, hermosa Rosario:

Reflejo de nuestra vida
Son las páginas de un *album*,
Las *blancas* son *ilusiones*
Las *escritas*, *desengaños*.

(1849)

UN CONSEJO Á LAS NIÑAS.

Dulces letrillas eróticas
A sus amores elásticos
Dediquen los vates célibes
Que Dios confunda en el Tártaro;

Y celebren de sus vírgenes
En buenhora el rostro cándido,
El breve pié, el talle mórbido,
Los ojos y hasta los párpados.

Mas yo, que bajo la férula
Vivo del yugo eclesiástico
Y en matrimonio legítimo
Segun certifica el párroco;

Fuera un bribon, fuera un pérfido
Y al pueblo diera un escándalo,
Si echase flores á sílfides
Que se han de comer los zánganos,

Además, soy algo tétrico,
Con ribetes de misántropo,
Mucho mas grave que un dómine
Y mas frío que un carámbano,

Soy tambien un poco díscolo,
Estrambótico y maniático,
Y padezco en ciertas épocas
Fuertes *splines* británicos.

Soy, por no andar en retóricas,
Digresiones ni preámbulos,
Positivo hasta los tuétanos,
Y, en fin, el hombre mas clásico.

Así me quiso mi cónyuge,
Y hasta los postreros hábitos,
El mismo seré, el mismísimo,
Pese á todos los románticos.

Y pues no soy á propósito
Para echar requiebros plácidos
Ni flores que, aunque odoríferas,
Marchita muy luego el ábrego;

Atendiendo á que sois *frigiles*
Ya que es la vida un relámpago,
Un consejo os daré, oh jóvenes,
Porque tengo gusto en dároslo.

Y es que nunca jamás nísperas
Seais con el sexo másculo,
Ni coquetas, cebo insípido
De que huyen todos los pájaros.

Que elijais nóvio sin rémora,
Pues siendo tiernos los rábanos
Sientan mejor al estómago
Que no los secos espárragos.

Si os digere alguno «quíereme,»
Conducidle al santo tálamo;
Que en este siglo de fósforos
Lo positivo es lo válido,

Esta sea vuestra réplica,
Sin mas cuentas ni mas cálculos;
No haya un *envite* sin *órdago*,
Ni un *truco* sin *juega* y vámonos.

Casáos pues, lindas prójimas,
Delicia del suelo cántabro,
Y hacerlo todas en miércoles
Antes que esperar al sábado.

Creedme; yo soy empírico,
Quiero decir que soy práctico,
Y así definiendo impertérrito
El matrimonio seráfico.

¿Dónde hay vida mas pacífica?
¿Quién es el alma de cántaro
Que en este valle de lágrimas
Quiere caminar sin báculo?

Así pues, casaos súbito
Con mozos, viejos ó párbulos
Antes que os sorprenda el féretro
Y halleis eternos obstáculos.

Si teneis este propósito,
Ponedle por obra..... y ánimo,
Que es propio de pechos tímidos
Reparar en pelos y átomos.

Unid, unid vuestro género,
Aunque rabien los gramáticos,
Unid el *junges que femina*
Con el *máscula sunt maribus*.

Mas todo por medios licitos,
Segun ordena el decálogo,
No por los que son impúdicos,
Resbaladizos y anárquicos.

No os cureis sencillas tórtolas,
De los amores fantásticos;
Casáos y vida de ángeles
Disfrutareis, voto al chápiro.

Ya os he dicho que esta brújula
Entiendo, porque soy náutico,
Y que el matrimonio es piélagos
Serenos, pese á los náufragos.

Aquí pondría un epítome,
Ó mejor dicho un catálogo,
De muchas que han sido mártires
Por dar crédito á otro oráculo.

Es el maridaje antídoto
De vuestros males, y es bálsamo,
Ya temperamento frígido
Tengais, ya tibio, ya cálido.

Con que boda, boda, oh jóvenes;
Yo que os lo aconsejo impávido,
Entonaré con mi cítara
Los cantos epitalámicos.

Y basta, basta de esdrújulos
Difíciles y tiránicos,
Que se concluye el depósito
Y se me borra mi cálamo.

EL DOS DE MAYO.

HIMNO

DEDICADO Á LA BRIGADA DE ARTILLERÍA
DE LA MILICIA NACIONAL DE SANTANDER.

CORO.

*Acudid á la tumba del libre,
Y sobre ella, españoles, jurad
Guerra eterna á execrables tiranos,
Guerra eterna sin tregua ni paz.*

Gloria y prez á los bravos que oyendo
De la patria ultrajada la voz,

A lidiar se aprestaron por ella
Inflamados de bélico ardor;
Y rompiendo la infame coyunda
En que esclava y opresa gimió,
Alto ejemplo de esfuerzo indomable
Ofrecieron al pueblo español.

*Acudid á la tumba del libre,
Y sobre ella, españoles, jurad
Guerra eterna á execrables tiranos,
Guerra eterna sin tregua ni paz.*

Arrogante y soberbio sus leyes
Ya dictaba el Atila francés
Domeñadas creyendo de España
La pujanza y la noble altivez;
Mas despiertan por fin los leones,
Y al tirano del Tajo al Oder
Arrancaron el cetro ominoso,
Y sus lauros sangrientos con él.

*Acudid á la tumba del libre,
Y sobre ella, españoles, jurad
Guerra eterna á execrables tiranos,
Guerra eterna sin tregua ni paz.*

Gloria pues á los héroes de Mayo
Que arrostraron la muerte en la lid,
Prefiriendo á doradas cadenas
Como libres y buenos morir.

A la sangre preciosa vertida
Del ilustre DAOIZ y otros mil
Se mezcló la del bravo VELARDE
Generoso, inmortal paladin.

*Acudid á la tumba del libre.
Y sobre ella españoles, jurad
Guerra eterna á execrables tiranos,
Guerra eterna sin tregua ni paz.*

Loor y prez á los héroes gloriosos
Que de Mayo el terrífico Dos
Conquistaron eterno renombre
De la patria arbolando el pendon.

Y ojalá que su ejemplo imitando
El indómito pueblo español,
Se alce siempre sañoso y tremendo
Contra todo tirano opresor.

CORO.

*Acudid á la tumba del libre,
Y sobre ella, españoles, jurad
Guerra eterna á execrables tiranos
Guerra eterna sin tregua ni paz.*

(1855)

Á LOS EMINENTES ACTORES

D. JULIAN ROMEA Y D.^a MATILDE DIEZ,

DESPUES DE SU ÚLTIMA REPRESENTACION EN ESTA CIUDAD.

SONETO.

Cuando la noche con luctuoso velo
Del astro esplendoroso y rutilante
La luz oculta, puéblase al instante
De pavorosa lobreguez el suelo:

Mudo silencio, funerario duelo
Reinan, hasta que el sol vivificante
Con torrentes de lumbre coruscante
Torna otra vez á iluminar el cielo.

Así de Santander muda y luctuosa
La escena quedará con vuestra ausencia,
Astros hermosos, gloria de Talía,

Hasta que vuelva tras la noche umbrosa,
Como fulgente sol, vuestra presencia
A darla nuevo encanto y alegría.

LA PRIMAVERA.

SONETO.

Brotan las flores, ríe la pradera,
Cálmase el ponto, y las veleras naves
Mecidas por los céfiros süaves
Le alejan de la cántabra ribera.

Remonta el sol su fúlgida carrera,
Y en varios tonos y distintas claves
Con dulces trinos las canoras aves
Saludan á la hermosa primavera.

Salve, mil veces, estacion florida.
Que la primera edad fresca y lozana
Así reflejas de la humana vida;

Mas ¡ ay ! que todo pasa, y de tu vana
Pompa y belleza que al amor convida,
Solo un recuerdo existirá mañana !

Á LA AMISTAD.

SONETO.

Risueños campos de la patria mía,
Donde nací, del céfiro arrullado,
Un tiempo, que recuerdo contristado,
En contemplaros yo me embebecía.

Entonces ¡ ay ! de paz y de alegría
Mi corazon hallábase inundado;
Entonces un amigo idolatrado
Vuestro encanto á mis ojos acrecía !

Ya, ¿ qué sois ? vana pompa de hermosura,
Virgen que amor no inspira, aunque galana,
Vida sin ilusion, flor inodora:

Yo perdí la amistad mas fina y pura,
Y la belleza vuestra tan lozana,
Faltando aquella, ya no me enamora.

(1839.)

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II,

EN EL DIA DE SU PROCLAMACION Y JURA.

SONETO.

Alzate á embellecer el s6lio hisp6nico,
Inclita rama, v6stago cat6lico;
Sube, de paz y amor tallo simb6lico,
Al trono que asedi6 poder tir6nico:
Bastantes males ¡ay! con terror p6nico
En Espa6a sembr6, n6men diab6lico,
Lanz6ndonos del cruel bando *apost6lico*
Sin compasion al *franco y al brit6nico!*
Escucha solo, pues, la gloria ib6rica,
Gloria que se anubl6 desde el pol6tico
Varon que la elev6ra hasta el pin6culo;
No indigna t6 ser6s de trompa hom6rica
Dando vida 6 este reino paral6tico,
D6ngel de nuestra dicha propugn6culo.

SONETO.

Yo ví, soñando, en vaga lontananza
El destino que aguarda el pueblo hispano;
VÍ un sanguinoso y bárbaro tirano
A un ángel perseguir con ruda lanza:

VÍ que acosado el ángel se avalanza
Y se guarece á un árbol muy lozano,
Dó halló su salvacion, del inhumano
Enemigo burlando la esperanza.

VÍle despues alzar bajo el frondoso
Árbol, un régio trono, agradecido,
Y en él sentarse con divino encanto;
Era el tirano un PRÍNCIPE ambicioso,
ISABEL era el ángel perseguido,
Y era la LIBERTAD el árbol santo.

(1838.)

CON MOTIVO DE LA ESTANCIA EN SANTANDER

DE LA DISTINGUIDA POETISA, LA EXCMA. SEÑORA

D.^a GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

SONETO.

Diz que el cántabro piélago levanta
De su profundo seno entumecido
Prolongado y horrisono bramido
Que á las tímidas Piérides espanta;

Y diz que en ellas la pavura es tanta,
Tal el terror al áspero mujido,
Que el suelo montañés siempre florido
Jamás hollaron con su leve planta.

¡Calumnia sin igual, debida solo
A la mordaz envidia roedora!

Calumnia que de hoy mas probada queda:

No huyen las hijas del crinado Apolo
Del suelo montañés cuando en él mora
La inspirada y sin par AVELLANEDA.

(1855.)

TESTAMENTO DEL AÑO DE 1848.

En el nombre de Saturno,
Planeta y deidad pagana,
Que ha presidido mi vida
Y me ve dar las boquedas;

Yo, año de CUARENTA Y OCHO
Sobre MIL mas y otra cáfila
De OCHOCIENTOS, de la era
Que apellidamos cristiana;

Estando por mis achaques
Y vejez postrado en cama,
Que son compañeras íntimas
La vejez y maturrangas;

Antes de irme al otro barrio,
Antes de estirar la pata,
Quiero hacer mi testamento
Segun costumbre y usanza.

Es mi voluntad primera
Que nadie vierta una lágrima
Por mi muerte, ya que en vida
A los hombres causé tantas,

Nadie por mí vista luto,
Ya que tambien fui la causa
De tanto fúnebre traje
Como en el dia se arrastra.

A mí sucesor encargo
Que, en cambio, ponga de gala
Todo la tierra, cubriéndola
Con unas cuántas nevadas.

Este es el CUARENTA Y NUEVE
A quien nombro á raja-tabla
Universal heredero
De mis bienes y mis trampas.

Nombro por mis albacéas,
Como amigos de confianza,
Al pico de Tenerife,
Y al puerto de Guadarrama.

En mi tiempo ha dado el mundo
Mas vueltas que una campana,
Unos ganan y otros pierden,
Unos vienen y otros marchan.

Haré, pues, una reseña
De pérdidas y ganancias
Muy ligera, pues las horas
De mi vida son contadas.

Principiando por lo sério,
Dejo á *Cabrera* en España,
Que siempre y en todas partes
Tiran al monte las cabras.

Item deajo todavía
Del leopardo entre las garras
A Gibraltar, cual si fuese
Una prenda de su patria.

Item deajo establecida
Una República en Francia,
Y de Presidente un vástago
Del héroe que en paz descansa.

Dejo al ex-Rey Luis Felipe
Tras el Canal de la Mancha,
Y escribiendo unas memorias
Al Ex-Emperador de Austria.

Dejo á mi fallecimiento
Reuelta toda la Italia,
Y sin saber hasta donde
Podrá llegar la borrasca.

Dejo á Nápoles peleando
Con la rebelde Trinacria,
Y en muy malas relaciones
Con la vecina Toscana.

A Cerdeña echando el ojo
A Milan, Peschiera y Mántua;
Y á Venecia combatiendo
Contra las rapantes águilas.

Dejo á Roma derribando
Con demócrata palanca
El sόlio de los Pontífices,
Y prófugo dejo al Papa.

Además, *constituida*
Dejo toda la Alemania
Y barajando á sus hijos
Sobre hacerla verde ó blanca.

Dejo la guerra en Hungria,
Dejo á Viena bombardeada,
A Ibrahin en los infiernos
Y á Abd-El-Kader en las Galias.

Dejo al Sultan en Bizancio
Durmiendo con las sultanas
Y á Schamil haciendo treguas
Con las legiones cosacas.

Dejo como hallé á Polonia,
Es decir, que queda esclava,
Y dejo al Czar conjurando
La maldita propaganda.

Item dejo á la Inglaterra
Con su política sábia,
Calentándose á la lumbre
De las hogueras estrañas.

Dejo en Escocia la peste,
Dejo á la mísera Irlanda
En insoportable yugo,
Con *cólera* y sin *patatas*.

En América un Imperio
Dejo, y Repúblicas varias
Tragándose unas á otras
Como los perros de Triana,

Que empezaron por morderse,
Y concluyeron la zambra
Por comerse el uno al otro,
Quedando, tal fué su rabia,

En prueba de que ambos fueron
Perros de soberbia raza,
Solamente los dos rabos
Sobre el campo de batalla.

De Asia y Africa quisiera
Decir algunas palabras,
Pero asuntos importantes
Me llaman á la Montaña.

Dejo en Santander mil cosas,
Mas tambien dejo mil faltas
Que llenará mi heredero,
Pues las dejo como cargas.

Dejo calles sin aceras
Y de siete pisos casas
Con pared de panderete
Donde mas el Sur alcanza.

Dejo el lazareto en... Vigo,
Los Mártires en Miranda,
Y anclada siempre en bahía
Una magnífica *draga*.

Dejo caminos de hierro
En Bélgica y en Holanda,
Que el de Alar á Santander
No hace, por lo visto, falta.

Dejo algunos mozalvetes
Contando sus calabazas,
Y á muchos enamorados
Que nunca aciertan la casa.

Dejo á muchas preguntando
Cuando llega la fragata
Con el rico cargamento
De los indianos de marras.

Tambien dejo algunas tías
Vistiendo santos y santas,
Que desearían ser monjas
Porque madres las llamarán.

A otras dejo lamentando
Sus esperanzas burladas,
Porque las dieron *capote*
Cuando esperaban *casaca*.

Dejo á *Gerónimo* muerto,
A *D. Lorenzo* en la jaula,
Y á *Mingo* hecho un gastador
Luciendo su luenga barba.

A la *Sandalia* y *Rejona*
Las dejo echando las cartas,
Y á *Callejo* retratado
En la piedra litográfica.

En fin, deju muchas cosas
Sin mencion, porque me faltan
Ya las fuerzas y no puedo
Articular mas palabras.

Dijo; y á mi el escribano
Me mandó que autorizára
El testamento presente
Con todas sus zarandajas.

En su virtud, y testigos
La Catedral y Atalaya,
Da fé de todo y lo firma
Un gato de Sobremazas.

(1848)

TESTAMENTO DEL AÑO DE 1849.

Próximo á partir del mundo,
Dando el prostrimer aliento,
Como le diera mi padre
Y le dieron mis abuelos;

Tiritando ya de frío
Y nevados mis cabellos,
Gala de todo el que llega
A la estacion del invierno;

Postrado de enfermedad
Contra la cual no hay remedio,
Porque jamás se encontró
Para curar á los viejos;

No habiendo cosa mas cierta
En este pícaro suelo
Que la muerte, y mucho mas
Para mí que la estoy viendo,

Estando en mi sano juicio
Y cabal conocimiento,
Unico que han respetado
Las injurias de los tiempos;

Yo, año de CUARENTA Y NUEVE
Sobre otros MIL y OCHOCIENTOS,
Quiero arreglar mis negocios,
Quiero hacer mi testamento.

A fuer de cristiano rancio
Y católico, confeso
Que creo cuanto es creible,
Cual si fuese el Evangelio.

Declaro, por lo que valga,
Que estoy casado en secreto
Con la luna, mala pécora
Que me ha llenado de cuernos.

En eso habrá consistido
El que haya gastado un génio
De doscientos mil demonios,
Que son demonios los celos.

He sido malo, muy malo,
Sanguinario, pendenciero,
Abogado de injusticias
Y enemigo de los pueblos.

De todo lo cual me pesa
Y de veras me arrepiento,
Aunque no tenga ya cura
El mal que pueda haber hecho.

Por andarse á picos pardos
Mi esposa, solo un engendro
Dejo, que vendrá á este mundo
Al quedar yo patitieso.

Este quiero que se llame
El año CINCUENTA, y quiero
Que me suceda en los bienes
Como en las trampas que dejo.

Es tambien mi voluntad
Nombrar por cabezaleros
Al cabo de Finisterre
Y á los montes Pirineos.

Nombro asimismo al dios Marte
Por tutor de mi unigénito,
Para que arregle á sablazos
Lo que no puedan consejos.

Que he sido muy malo he dicho
Antes, y en este concepto
Cuanto por acá dejare
Será mas malo que bueno.

Vete apuntando, escribano,
Vete, notario, escribiendo
El sumario de las cosas
De que al presente me acuerdo.

Dejo la España tranquila,
Pero llena de guerreros,
Sin los que hay por esos mundos
Que ya no cabian dentro.

La dejo ansiosa esperando
El feliz alumbramiento
Que ha de dejar en tinieblas
A muchos que ya son *tuertos*.

Dejo á Portugal en Babia
Muy finchado y satisfecho,
A su rey D. Sebastian
Esperando siempre crédulo,

Como aguardan al Mesías,
Que no vendrá, los hebréos,
Y como esperan en vano
Al rey Artus los isleños;

Pero con la diferencia
Que ha de venir el primero
Montado en caballo blanco,
Y Artus en forma de cuervo.

Dejo á Francia haciendo el oso
Y bombardeando los pueblos
Que quieren ser sus hermanos
Y tener sus mismos fueros.

Dejo á Roma subyugada
Por los soldados de Breno,
Y esperando de rodillas
Al sucesor de S. Pedro.

Dejo la hermosa Venecia
Y todo el Lombardo Véneto
Entre las rapantes garras
Del águila del Imperio.

A Turin dejo cual toro
A quien, al ir embistiendo,
Le plantó un par de garrochas
Un diestro banderillero.

Dejo la mísera Hungría
Aprisionada con hierros,
Y sus mas valientes hijos
Ahorcados por el pescuezo.

Dejo al Áustria en otra guerra
Con sus súbditos los sérvios,
Que le presentan las uñas
Revelándose traviesos.

Dejo á *Kossut*, á *Manini*
Y al Triunvirato dispersos,
A *Bem* luciendo el turbante,
Y á *Garibaldi* en Marruecos.

Dejo á los bárbaros turcos
Dando, con ser unos *perros*,
Lecciones de humanidad
A los *cultos* nazarenos,

Dejo á *Parker* con su escuadra
Rondando los Dardanelos
Y esperando viento en popa
Para llegar al mar Negro.

Dejo la Alemania entera
Reuelta, ni mas ni menos
Que la historia nos la pinta
En los tiempos de Lutero:

Unos quieren la reforma
Y la unidad del Imperio,
Otros beben y se callan,
Y otros lidian con el sueco.

Dejo á Prusia convocando
Una Dieta con empeño,
Porque espera mejorar
Con el régimen *dietético*.

Dejo la astuta Inglaterra,
Mientras arden otros reinos,
Después de dar combustibles
Calentándose á su fuego.

Dejo á Irlanda sin patatas,
A Polonia sin derechos,
Y á los Estados-Unidos
Pensando en Cuba y en Méjico.

En los desiertos del Africa
Muchos *coléricos* dejo,
Y Kabilas cavilando
Como echar los forasteros.

En fin, dejo todo el mundo
Hecho una trampa, un infierno
Y sin saber ni él ni yo
Como saldrá del enredo.

Empero, antes de cerrar
Este público instrumento,
Quiero hablar de Santander
Y decir lo que aquí dejo.

Dejo muy adelantado
El magnífico proyecto
De construir, Dios mediante,
Su gran camino de hierro.

Dejo ciertos pajarracos
Cuya *vista* es un secreto,
Pues véen, si se les antoja,
Y sino; se quedan ciegos.

Dejo entre gentes piadosas
Y cultas á un extranjero,
Que era cristiano á mas de hombre,
Sepultado como un cerdo.

Dejo una cárcel *mezquina*,
Y sin duda no están presos
Por eso tantos ladrones
Que andan por la calle sueltos.

Un *dragon* con seis *gandules*
Anclado en bahía dejo,
Que limpia muy bien los *fondos*,
Esto es, los fondos del puerto.

Item dejo en la Coruña
El depósito de géneros
Que ha de venir de Galicia
Cuando venga el lazareto.

Item deajo, entre otras cosas
De que acordarme no quiero,
Muchísimas calabazas
Y fastidiosos polluelos.

Dejo niñas que, aburridas
De esperar al himenéo,
Se entretienen y consuelan
Con jugar á los *estrechos*.

Dejo á muchos explotando
La mina de un nuevo juego,
Que es representar charadas
Sin malicia y sin objeto.

Hechas unos basiliscos
Muchas conjuradas deajo
Contra un *duende*, y si le pillan
Me le pondrán como nuevo.

Dejo amigos de las artes
Y amigos de ir por el *medio*,
Preparando ya los ánimos
Para fundar un Licéo.

Dijera muchas mas cosas;
Pero las paso en silencio,
Porque ya alzó contra mí
Su guadaña el esqueleto.

Contra su atroz despotismo
No hay mas que humillar el cuello;
Mándame que calle y muera,
Y callo y me doy por muerto.

Muerto nuestro testador,
Se concluyó el testamento,
Como dicen que la rabia
Acaba en muriendo el perro.

Así pues, y porque siempre
Tenga esta escritura efecto,
En presencia de testigos
A quienes conozco ha tiempo,

Que son los chopos del Alta
Y la farola de Cueto,
Yo, el consabido escribano,
Doy fé y lo firmo muy sério.

TESTAMENTO DEL AÑO DE 1851.

En el nombre sacrosanto
De Dios todo poderoso,
Que es, aunque trino en personas,
Un Dios verdadero y solo;

Yo, AÑO DE CINCUENTA Y UNO,
Del siglo decimonono,
Estando postrado en cama
Y ya con la muerte al ojo;

Teniendo por cosa cierta
Que de esta vez *me las toco*,
O, como suele decirse,
Que me llevan los demonios;

Quiero ordenar mis asuntos,
Quiero arreglar mis negocios,
Quiero, en fin, mi testamento
Hacer como le hacen otros.

Así pues, dando principio,
Aunque paso por católico,
Dejo en duda mis creencias
Y adivínelas el prójimo.

Para cumplir mis postreras
Disposiciones, *in solidum*
A *Somosierra* y *Cabarga*
Por mis albaceas nombro.

Declaro que estoy preñado
Sin saber de quien, ni como;
Tan solo se que la vida
Ha de quitarme el cachorro.

CINCUENTA Y DOS llamarase
Este parricida mónstruo,
Quien despues que yo rebiente
Será mi heredero póstumo.

De bienes, males y trampas
Abundante patrimonio
Le dejo; no será bueno,
Pero pequeño tampoco.

Hé aquí en sucinto inventario
La suma de los tesoros
Que dejo acá por herencia
A mi querido retoño.

Comenzando por lo malo,
Es decir, por lo mas gordo,
Dejo, entre blancos y negros,
Hecho un Babilonia el globo.

Dejo al autócrata ruso
Fraguando planes diabólicos
Y siendo con sus esclavos
De la Europa libre el coco.

Dejo á la Prusia y al Austria
Apuntalando sus tronos,
Y apagando dentro y fuera
Todo gérmen demagógico:

Dejo á la Francia metida
En un sombrero tricornio,
La Francia republicana
Del año CUARENTA Y OCHO.

La Francia de las *barricas*,
De *socialistas* y *rojos*,
Enemiga de sombreros
Cuanto amiga de los *gorros*.

Al sobrino de su tío
Le dejo echando el antejo
Hacia la encumbrada senda
Que conduce al Capitolio.

Ya le han calzado las botas
Siete millones de votos,
Y sino se las pusieran,
El se las pondría solo.

Dejo oprimida la Italia
Por galos y por teutónicos,
Y la Polonia y Hungría
Entre las uñas del lobo.

Dejo la astuta Inglaterra
Con un *splin* del demonio
Y deseando á sus vecinos
Barricadas y trastornos.

A los anglo-americanos
Los dejo llorando á coro
El sangriento desenlace
Del drama que saben todos.

Empero mas que la muerte
De *Lopez* y sus consocios,
Sienten ¡oh filantropía!
La pérdida de sus *bonos*.

Dejo muchos españoles
En cueros y sin un óbolo
En Nueva-Orleans, dó saqueados
Fueron de un bárbaro modo;

Y mientras ellos maldicen
De su patria el abandono,
Esta rompe las cadenas
De los causantes del robo.

Dejo á Portugal en marcha
Y apartando poco á poco
De un ilustrado progreso
Los maléficos estorbos.

Tristi-gozosa, agri-alegre
La España dejo á mi óbito,
Cantando á un tiempo *aleluyas*,
De profundis y *responsos*.

Por una parte bendice
A Dios que oyera sus votos,
Dándola un vástago tierno
Que ocupe al hispano sólio.

Y por otra se lamenta
Viendo agobiados sus hombros
Con cargas insoportables,
Con tributos onerosos;

Viendo cerradas sus Córtes
Y los mas árduos negocios
Arreglados por decretos
Que solo emanan del trono;

Viendo el atrasado y mísero
Estado en que yace todo,
Encadenada la prensa
Y el mando hecho patrimonio;

Y viendo que antes de mucho,
Sino se remedia pronto,
Volverán ; tal va la cosa !
Los de los pescuezos gordos.

Por esto digo y repito,
Y creo no me equivoco,
Que á mi muerte queda España
Llorando de rabia y gozo.

Otras muchas cosas dejo
En ella, que no menciono
A pesar de lo estupendas,
Por estar mi fin ya próximo.

Sin embargo, aprovechando
De vida el último soplo,
Diré lo que en la Montaña
A mi sucesor endoso.

Dejo en Santander, la *bella*,
Mucho, muchísimo *lodo*;
Quizás me comprenda alguno
Por mas que parezca romo.

Dejo tambien ciertos entes
Que ayer salieron del polvo,
Y hoy se juzgan hombres grandes
Cuando son grandes bolonios.

Los dejo pues muy inflados
Y tan llenos de amor propio,
Que el mejor dia revientan
Como el sargento Bartolo;

Con la diferencia sola
Que aquel militar famoso
Reventó de puro feo,
Y estos revientan de tontos.

Dejo tambien un poeta
Tan seductor, que si Apolo
No guarda bien á sus hijas,
Se queda sin ellas pronto.

Tras la casa de la Aduana
Dejo una *fuelle-deposito*
Que es el pasmo de las gentes.
De las artes un aborto.

La fama de este edificio,
De este engendro tan redondo
Llegará, aunque le derriben,
A los siglos mas remotos

Dejo la ciudad sin plano
Despues de tantos insomnios
Como ha costado á un ingenio
Trabajo tan enojoso.

Dejo cierta cosa oculta,
Y denunciado un periódico
Por solo haber repetido
Lo que han dicho tantos otros.

Dejo.... dejo.... Aquí el enfermo
Llegaba, cuando un soponcio
Le acometió tan terrible,
Que se quedó como un tronco.

Murióse, y siendo testigos
El Puente de Héras y Mogro,
Da el gato de Sobremazas
De todo fé y testimonio.

TESTAMENTO DEL AÑO DE 1856.

Sepan cuantos esta carta
Leyeren, como yo el hijo
Y universal heredero
Del año cincuenta y cinco;
Agoviado por los dias,
Puesto que tengo cumplidos
Ya, si la cuenta no marra,
Trescientos sesenta y pico,
Debiendo largarme pronto
Y en el insondable abismo
Del tiempo hundirme, cual hoja
Que arrebatara el torbellino;
Antes, pues, que de la parca,
Cuya horrenda faz atisbo,
Al fatal tijeretazo

Quede patitioso y frio,
Valga por lo que valiere
Ante el notario infrascrito
Ordene mi testamento
Al cual asi doy principio.

Primeramente declaro
Del mundo á la faz, que he sido
Revoltoso, ruin, voluble
Y tan escaso de juicio,
Que he de pasar, si otra cosa
No dispusiere el destino,
Por el año mas funesto
Entre todos los del siglo.
Especialmente la España
No olvidará mis caprichos,
Locuras y devaneos,
Veleidades y estravíos.
Nunca mostré consecuencia
Ni fijeza en mis principios,
Imitando la conducta
De mil farsantes políticos.
Tal vez fuera *socialista*,
Tal vez *demócrata* he sido,
Hora *progresista puro*,
Hora *entreverado ó misto*,
Ya furibundo *potaco*,
Ya amante del despotismo.
Tildanme de miserable,
Tacaño, avaro y mezquino,
Y con razon, lo confieso
En este momento critico.
Empero como en el mundo
Desde los tiempos antiguos

No hay mal que temprano ó tarde
 En provecho y beneficio
 De alguien no redunde, mientras
 Que los mas á voz en grito
 Me motejan y maldicen,
 De algunos soy bendecido.
 Hecha esta salva ó prefacio,
Avant propos de los gringos,
 Paso á decir lo que dejo,
 Ya que llevarlo conmigo
 Me es imposible, y de veras
 Que siento el tormento mismo
 Que solterones avaros
 Cuando sufren el martirio
 De abandonar para siempre
 Sus *patacones* queridos.
 Mas ya que partir sin nada
 Al otro barrio es preciso,
 Obedeciendo al impulso
 De mi carácter maligno,
 Todo lo bueno lo dejo
 Enterrado ó escondido.

Dejo el mundo hecho una bola
 Que en el espacio infinito
 Rueda sin cesar un punto,
 Y dejo en él asimismo
 En guerra y discordia eterna
 A sus habitantes míseros.

Dejo el imperio celeste
 Bajo el férreo despotismo
 De estúpidos mandarines;
 Pero ya empiezan sus hijos
 A sacudir de sus cuellos

Yugo tan cruel, y está visto
Que hay en el mundo, á Dios gracias,
Mas naranjos que los chinos.

Por pura filantropía,
Pues no existe otro motivo,
Quedan ingleses y persas
Declarados enemigos
Y cerca de andar á *trompis*
En las orillas del Indo.

Dejo á Rusia reponiéndose
De los reveses sufridos
En su lid con los *aliados*
En las costas del Euxino,
Y acechando coyuntura
De hacer un flaco servicio
A su rival orgullosa
En los índicos dominios.

Dejo la Puerta Otomana
Podrida y fuera del quicio,
Tanto que al primer empuje
A tierra vendrá de fijo,
Sin que evitar su caída
Puedan troyanos ni tírios.

Dejo á Prusia en un ruidoso
Y peliagudo litigio,
Y hablando gordo, pensando
Que han de asustarse los suizos;
Pero estos dicen *veremos*
Quien es mas guapo tranquilos.

A Fernando, Rey de Nápoles,
Dejo levemente herido
Y haciendo su santo gusto,
Sin que puedan impedirlo

Los fieros y las bravatas
De Albion, que un papel ridículo
Hace siempre cuando encuentra
Hombres en vez de chiquillos.

La Italia, Hungría y Polonia
Quedan lanzando suspiros,
Y gemirán siendo esclavas
Desde aquí hasta el Ante-Cristo.

Dejo al austriaco aguilucho
Las garras y el corvo pico
Afilando, y al Piemonte
Mirándole de hito en hito,
Y por verle alicortado
Haciendo votos continuos.

Jugando al *tira y afloja*
Dejo al sobrino del tío,
Y aguantándose á la capa;
Que está el mar embravecido,
Feo el *caris*, y él se precia
De buen piloto y marino.
Déjole en *cordial entente*
Y aliado fiel ¡oh prodigio!
De quien ha sido hasta ahora
Su natural enemigo;
Mas, ya se vé, un hombre honrado
Hace cualquier sacrificio
Por quebrantar las cadenas
De los pueblos oprimidos.
Dígalo sino la Italia
De los célebres triunviro;
Dígalo sino Turquía
Donde aun rigen los principios
Libérrimos de Mahoma,

Que en el siglo en que vivimos
Son, á mas de repugnantes,
Un monstruoso anacronismo.

Dejo un nuevo Presidente
En los Estados-Unidos,
Anexionista famoso,
El cual de los *yankees* ídolo
Es por sus aspiraciones
Sobre Cuba y Puerto-Rico.

Dejo á Méjico dejada
De la mano del Altísimo,
Y dejo á sus naturales
Casi casi convencidos
De que fueran mas felices
Con sus señores antiguos.
Por eso sin duda alguna
Andan buscando motivos
Para ver allí de nuevo
Los *leones* y *castillos*.

Dejo al Portugal *finchado*
Por tener un Pedro quinto,
Jóven digno de su suerte,
Y por sus virtudes digno
De un cetro mas poderoso
Y de mas altos destinos.

Pero hablemos ya de España,
La nacion que mas estimo
Y á quien he mirado siempre
Con particular cariño.
Es un pais tan lozano,
Fértil, delicioso y rico,
Que, á no ser por los gorriones
Que se comen todo el trigo,

Y por otras muchas plagas
Mayores que las de Egipto,
Fuera para los mortales
El terrenal paraíso.

Dejo al frente del gobierno
Al héroe de *Ardoz*, perínclito,
El cual á salvar la patria
Corrió despues del peligro,
Y á cojer de la victoria
El fruto, que ya obtenido,
Perdieron por su torpeza
Los héroes *vicalvarinos*.
Pero quizás ya se fragua
En la region del Olimpo,
El rayo que le haga polvo
Ó le vuelva al ostracismo,
Segun que de la tonante
Deidad sea el albedrío.
Dejo entonada la Hacienda
Y entonados los ministros
Desde que se celebrára
El empréstito *mirífico*.

Dejo á muchos predicando
Contra el *parlamentarismo*,
Para que al fin haya Córtes
Como el año *veinticinco*;
Y dejo tambien algunos
Aun mas descontentadizos
Encomiando las bondades
Del célebre Santo-Oficio,
Azote de los herejes
Y terror de los impíos.
Pero si bien de la España

Queda por tantos motivos
Turbio y cargado de nubes
El horizonte político;
En lo demás, á fé mia,
Tanto les dejo á sus hijos,
Y está su futura suerte
Bajo tan buenos auspicios,
Que sino rabian los pobres,
Serán mas duros que un risco.
Ninguna industria, gabelas
Insoportables, carísimos
Los primeros alimentos,
Exánimes los bolsillos,
La sementera mediana,
Las trojes pobres de trigo,
El cólera *aclimatado*,
En las viñas ol *oidium*,
El invierno riguroso,
Poco paño y mucho frío;
Todo esto dejo, y por cierto
Que no es legado tan chico,
Pues de haber sido tan pródigo
Hasta yo mismo me admiro.

Item dejo, entre otras cosas,
Para diversion, alivio,
Comodidad y regalo
De viajeros infinitos,
Sino caminos de hierro,
Los *Hierros* en los caminos.

Dejo en la noble Montaña
Media cosecha de mijo
Y nada mas, pues las otras
Carecen de vocativo;

Empero la dejo en cambio
Mucha agua, en lugar de vino,
En vez de patatas, piedras,
Y en vez de grano, granizos;
Con lo cual, y con dejarles
Un excelente apetito,
Por no llamarle otra cosa,
Quedan sus hidalgos hijos
Mas que los galgos ligeros,
Y mas que los linceos listos.

Dejo á Santander tomando,
A pesar del mucho frío,
Baños de mar, y la dejo
A manera de un anfibio.
La dejo seca en el agua,
Pues las fuentes y los rios
Los tienen sus habitantes
Solo en piernas y apellidos.
Dejo en ella, amen de muchas
Maravillas que no cito,
Sin luz el nuevo alumbrado,
Los concejales postizos,
Inflados los miriñaques
Como velas de navío,
De moda las uñas largas
En las criadas de servicio,
Los besugos á ocho reales,
A patadas los borricos,
A centenares los tontos,
Muy abundantes los primos,
El talento despreciado,
Regalados los chiquillos,
Casi dadas las mugeres

Y de sobra los maridos.
Dejo las obras del puerto
Sicut erant in principio,
Esto es, lo mismo que estaban
En tiempo del rey Perico;
Mas se harán seguramente
Antes del fin de los siglos,
Pues que ha mandado se forme
Nuevo expediente el Ministro.
Item dejo colocados
Del telégrafo los hilos
Como cuerdas de arpa vieja
Que carecen de sonido.
Dejo la prensa periódica
Prensada con un tornillo
Tan terrible, que á la pobre
No la queda ni un respiro.
Dejo bailando á los pollos
En los salones del Suizo;
Mas no es mucho que ellos bailen
Cuando bailan los Ministros.
Dejo perfumado el Muelle
Con dolores esquisitos
Que á todas horas despiden
Las flores de culantrillo.
Otras muchas cosas dejo,
Pero todas las omito,
Porque, además de que fuera
Enumerarlas prolijo,
Siento ya que de mi vida
Va á cortar la parca el hilo;
Con que así, punto redondo,
Y abur, que yo me despido,

Fuese, lectores, el año
De CINCUENTA Y SEIS maldito:
Llevóle el diablo sin duda;
Mas de ser cierto y verídico
Que tal fué su prostrimera
Voluntad, siendo testigos
El campanario de Cueto
Y el peñasco de Castillo,
Ambos á cual mas prudentes,
Doy fé.—*El gato consabido.*



FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo.	I
Las armas de Aragon en Oriente.	3
Á mi Patria.	39
Á la primera defensa de Zaragoza.	45
Á España.	55
Á S. M. Doña Isabel II el día de su proclamacion y jura en la Ciudad de Santander por Reina Constitucional de las Españaas.	61
Á los antiguos Cántabros.	67
Á la solemne inauguracion del ferro-carril de Isabel II.	75
Para el album de dos novios.	85
Á la señora doña Jesusa Mier y Terán de Cárrias.	89
Á la temprana y sentida muerte de la señorita Doña Alejan- dra Huidobro y Alpanseque.	95
Á la muerte de D. Gerardo de la Pedraja.	97
Á la muerte de una linda jóven montañesa llamada Rosa.	101
Á Florisa.	105
Al Amor.	109
Abenamar.	111
Á una enlutada.	117
El Amor herido.	121
Para el album de la señorita Doña Carolina Zalabardo y Pastor.	125
Á un clavel.	127
Á mi amada en su cumple años.	129
Á los ojos de Amelia.	135
Á Florisa.	135
Bando sobre locucion.	139
Á ellos	147
Á un amigo que salió en defensa de las mugeres impugnando la anterior composicion.	155
Expediente contra el cólera.	161
Juan Callejo.	165
Á la muerte de Juan Callejo.	171

Á una rubia (La célebre Sandalia O.).	175
Contra los albums y las cocas.	177
Lamentos de una vieja.	185
Contra la plaga de poetastros que, además del cólera, se ha servido enviarnos el Señor para probar nuestra paciencia.	191
Amor platónico.	195
Á la muerte de Milord.	197
Á Inglaterra.	201
Á la entrada de Cristo en Jerusalen.	207
Á Doña Vicenta Garcia Miranda.	209
Himno en accion de gracias al Todo-poderoso por el feliz restablecimiento de nuestra adorada Reina despues del criminal atentado contra su vida.	215
Al Sol.	217
Para el album de una señorita.	221
Un consejo á las niñas.	225
El dos de Mayo.	229
Á los eminentes actores D. Julian Romea y Doña Matilde Diez.	235
La Primavera.	235
Á la Amistad.	257
Á S. M. la Reina Doña Isabel II. en el dia de su proclamacion y jura.	259
Soneto.	241
Con motivo de la estancia en Santander de la distinguida poetisa Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.	245
Testamento del año 1848.	245
Testamento del año 1849.	255
Testamento del año 1851.	265
Testamento del año 1856.	271



4

10

LIBRARY OF THE
MONTANA STATE UNIVERSITY
MONTANA

EGOS
de la
MONTAÑA

4.299

LIBRARY OF THE
MONTANA STATE UNIVERSITY
MONTANA